

PATRICIA GELLER

# CULPABLE

EL PELIGRO EMPIEZA  
CUANDO EL JUEGO TERMINA



zafiro<sup>♥</sup>

Título original: *Culpable*

© Patricia Geller, 2015

Diseño/retoque portada: Sandra Gligorijevic y PhotoAfrica

Editor digital: Hiacynt

ePub base v2.1

Esta nueva aventura quisiera dedicársela a todas  
y cada una de las personas que han apostado por mí.  
A los que me apoyan y me regalan su incondicional  
cariño diariamente, sin esperar nada a cambio.  
Sois increíbles

# 1. ¿El principio del fin?

Viernes, 5 de julio de 2013

Me duele la cabeza, me duele demasiado como para seguir aquí.

Disimuladamente, salgo por la puerta trasera de la casa de mis padres, de camino al porche. Paso por delante de mi familia, de mis amigos y de los que me acompañan en general en esta deslumbrante fiesta que me han preparado. Nadie me presta la suficiente atención durante mi escapada... Ni siquiera él.

Pero tampoco me extraña, dadas las circunstancias.

Ya fuera, me apoyo contra la pared y me bebo la cerveza de un solo trago. «Uno, dos, tres, cuatro...», empiezo a contar interiormente. No puedo evitar sentirme mal al recordar cómo, dos años atrás, las cosas eran tan diferentes: recién llegados de nuestro espectacular viaje, estrenando la casa de mis sueños y con el amor de mi vida. Era perfecto.

¿Qué nos está pasando?

Hoy miro desde la lejanía aquellos días y, sin darme cuenta, detecto signos de lo que vendría más adelante: él anteponiendo su superioridad y deseos, manteniéndome complacida de cualquier manera sin necesidad de involucrarse, como debería, en nuestra relación. Entonces no lo quise ver, pero hoy, desde la distancia, parece tan evidente...

—Ya estoy en casa —me dijo al llegar del trabajo.

Yo corrí y salté a sus brazos como una adolescente entusiasmada con un nuevo capricho. Jesús me abrazó y, sonriendo, me soltó con delicadeza. Iba de trajeado, impecable; es muy meticuloso con su apariencia. Su trabajo

tampoco le permite ir menos elegante, ya que es el director de una sucursal bancaria.

—¡He tenido más de cien comentarios en la página web! ¿Puedes creerlo? —le conté emocionada. Me agarré de su brazo y lo empujé hasta cruzar la sala. Después, lo obligué a sentarse frente a mi ordenador—. Los zapatos de tacón que me trajiste de París han sido todo un éxito, ¡mis seguidores quieren más consejos de moda!

—Pues llama y pídete otro par —me propuso y se levantó. Se desanudó la corbata y se dirigió hacia su portátil—. De todas maneras, esa tontería tuya con la moda te quita mucho tiempo.

—Jesús... —me quejé mientras colocaba la mesa plegable para que se acomodara. Me arrodillé y le quité los zapatos, encantada de llevar una vida así—. Adoro aconsejar a la gente, hacerme fotos y subirlas para que opinen al respecto y crear tendencia.

—Aisha, haz lo que te apetezca, cielo. —Me sonrió y me pidió que le acercara su maletín. Al abrirlo rebuscó en él y sacó su tarjeta de crédito—. Compra lo que quieras, un día te aburrirás de esta afición.

Le mordí la oreja y él gimió, despertando mi deseo.

—Te quiero —susurré—. Demasiado.

—Y yo —murmuró con los ojos entrecerrados—. Cariño, qué caliente me estás poniendo. Ven aquí y deja que te...

Ya no hubo nada más. Sólo besos, sexo... aunque no tanto como esperaba.

«Deja de atormentarte», me amonesto, desechando el recuerdo. Suspiro y miro hacia dentro; allí hace calor y los invitados se abanicán mientras se divierten. Vuelvo a entrar y, con tristeza, descubro que nadie me ha echado de menos o, si se han percatado de mi ausencia, lo disimulan muy bien. ¿Qué hago? ¡Me integro!

Con la fiesta en pleno apogeo, me pongo a bailar con mi hermana Eli y de reojo sigo mirando a Jesús, mi marido. El resto de mi familia no intuye nada fuera de lo común entre nosotros y lo tratan como siempre: con un cariño que despunta por encima del resto.

Lo sacan a bailar y bromean con él sin cesar. Mis padres lo adoran y se lo

hacen saber en cada gesto de atención que le dedican; algo que no ocurre conmigo. ¡Increíble! Tampoco me extraña... Jesús los consiente más que a los suyos. Cada semana tienen un nuevo capricho y los encandila.

Reflexiono al repasar las caras de mi alrededor. ¿Para qué engañarme? Tenía la esperanza de que esta reunión nos serviría para acercar posturas y parece que me he equivocado, ¡pero que muy mucho! Sus ojos están muy lejos de los míos; su comportamiento, pensativo, continúa alejándolo de mí. Me hago la tonta, fingiendo disfrutar de mis amigos.

Hoy es mi cumpleaños y no quiero fastidiarlo con mis boberías. Me han organizado un pedazo de fiesta sorpresa, con cáterin incluido... y he tenido que soplar las treinta velas, recordándome que ya no soy, precisamente, una niña como para montar un pollo.

—Qué calor, por Dios bendito —se queja mi hermana, abanicándose con la mano—. ¿Vamos mañana a la playa? Aprovecha las mañanas, ahora que puedes.

—No sé, te aviso temprano.

—¿Estás bien? —digo que sí, moviéndome con más ritmo. ¡Soy la puta ama a la hora de disimular problemas!—. Te veo un poco absorta y con lo que tú eres...

—El cansancio. —Sonrío—. Venga, ¡a tope!

En las siguientes horas, y de manera sigilosa, no aparto la mirada de Jesús. Sinceramente, esta distancia me está matando y no me atrevo a acercarme; no sé por qué no lo hago de una puñetera vez. O quizá sí lo sé: por miedo a su rechazo, a que no le importe no aparentar, a que revele su sequedad frente a los míos y nuestro supuesto idílico matrimonio esté en boca de todos...

Al espiarlo, en una de éstas, veo que coge su móvil y, tras mirar repetidas veces a lado y lado, escribe muy rápido y lo vuelve a guardar en el bolsillo del pantalón ceñido que lleva; es tan apretado que se le marca el paquete... que en un descuido suyo veo agitarse. ¿Por qué...?

Me he perdido el motivo de su erección. Entonces, por primera vez, aprecio su intención de buscarme en medio de toda esta gente que me envuelve y limita. Me mira y yo me hago la despistada, como si no hubiera

visto nada. ¿Pensaba en mí y por eso se ha puesto tan contento... ahí?

Quiero recuperarlo, lo quiero de una manera que me desgarrar el alma y necesito que siga siendo mío, ya que aún no lo he perdido. Respiro ruidosamente; viene directo y me lleno de ilusión. Me contoneo frente a él, revoloteando el corto vestido morado que llevo puesto.

Si he de seducirlo, lo haré y, con una sonrisa, levanto los brazos y me suelto el pelo, alocada. Jesús niega, desabrochándose el segundo botón de su camisa blanca, y se acerca a mí. Mi pulso se acelera y mi corazón se hincha de amor. Ni siquiera me da tiempo a pensar en su reacción y acorto los pasos con dos zancadas.

Me muestro feliz de que me busque, de que me mire como si quisiera devorarme. Lo beso e intento abrazarlo, pero, sutilmente, me echa hacia atrás, aparentando no estar enfadado, aunque yo, que lo conozco, sé que no es así.

Mis ánimos se vienen abajo.

«Jesús, 1 - Aisha, 0.»

—Deja de bailar de esta manera y bájate un poco el vestido —me regaña con antipatía, mirando el reloj tan caro que lleva puesto en su muñeca izquierda—. Dentro de poco nos iremos, estoy cansado.

—Es mi cumpleaños —me quejo.

—¿No crees que ya has disfrutado bastante? —cuchichea bajito, empleando una entonación tosca—. No paras de bromear con tus amigas, de bailar y de beber; creo que es suficiente.

—Vete tú, entonces. —Me doy por vencida—. Yo te alcanzaré un poco más tarde. Sería descortés que la cumpleañosera...

—¿Te quedas sin mí?

—Me estás obligando a ello.

—Muy bien, Aisha, lo estás haciendo de puta madre.

—¿Yo? —pregunto sorprendida, ignorando su mal humor—. Creo que va siendo hora de que...

—Vete con el resto de la gente —me ordena. Silenciosamente, empiezo a contar de nuevo. «¡Uno, dos...!»—. No llegues tarde a casa.

—Oye...

—¡Que te vayas!

—¡Como quieras!

¡Joder! Hago un repaso rápido con la mirada, pero nadie nos ha oído con la música tan alta. Bien. Me aliso el vestido, como si nada. Le doy un seco beso y vuelvo al corro con mis amistades. Últimamente, su tono conmigo es tan áspero que no lo comprendo. Le encanta dominarme, aprobar o no mi vestimenta, mis salidas... Controla mi forma de divertirme, cuestionando a cada momento si mi comportamiento es digno de una mujer casada por lo risueña que soy con todo el mundo.

Sin embargo, y contradiciéndose, no es nada celoso. Yo tampoco lo he sido, porque no ha habido motivos... o no los había. Llegados a este punto, dudo de cualquier cosa. ¿A qué viene su cambio de comportamiento?

Cuando me quiero dar cuenta, él se ha despedido de mi familia. Se ha largado sin mediar ninguna palabra más conmigo. Yo me quedo hecha polvo, desconcentrada, pensando en lo mal que he actuado al haberme quedado.

«Jesús, 2 - Aisha, 0.»

A las dos de la madrugada me obligo a marcharme, mucho antes de lo que yo tenía planeado. ¿Qué me encontraré al llegar a casa?

No sé ya ni las vueltas que llevo dadas en la cama. Son las cinco de la mañana y es imposible conciliar el sueño. Jesús ha decidido pasar la noche en el sofá. Argumenta que está un poco agobiado. Eso sí, no ha tenido reparos en hacerme el amor, fugazmente, antes de marcharse al salón... haciéndome sentir como una cualquiera, utilizada para luego ser desechada.

Estoy cansada de esta situación y temo tanto perderlo que decido dejar mi dignidad a un lado y rebajarme ante él. Otra vez... Suplicarle que duerma a mi lado, que me abrace y me susurre que vamos a estar bien.

El calor inunda la habitación que aún huele a sexo tras el breve encuentro. Considero que lo mejor es no ponerme nada que cubra mi piel y bajar en ropa interior, despertar en él un sentimiento más intenso. Me duele que esté tan distante. Me duele tener que seducir a mi propio hombre constantemente.

Un quejido se me escapa, ¿es el principio del fin?

Mis piernas son de gelatina mientras avanzan hacia la primera planta. Casi me como las escaleras por culpa de un traspie... voy tan despistada. Al llegar abajo, Jesús está dormido con sus bóxers negros y de cara a mí. La



televisión está apagada y un libro de coches descansa sobre la mesa. Ésa es una de sus pasiones, una que ya me cansa porque le dedica más tiempo que a nuestra relación.

—Cariño —susurro, acariciándole su dura mejilla y sus espesas cejas. Se queja pero no me mira—. Te echo de menos, vamos a la cama, por favor.

—Mmm, déjame.

Tiro de su brazo intentando llevarlo conmigo; no me funciona. Suspira y entonces me contempla. En sus turbios ojos percibo frialdad, casi indiferencia, a pesar de que mis exuberantes pechos están muy cerca de su cara, provocándolo para que me dé un lametón con su agresiva lengua.

Una acción que no llega.

—Jesús...

—No seas pesada, Aisha.

—¿Cómo?

—Me cansas.

Trago a duras penas.

Siento que me descompongo; algo marcha muy mal y no he querido verlo antes, cegándome por los malditos temores. Me dan ganas de ponerme a llorar como nunca lo he hecho en estos cinco años que llevamos juntos.

¿Qué está sucediendo en nuestro matrimonio?

—Aisha... no podemos seguir así —me dice, apartándose para levantarse. Me derrumbo. Permanezco en la misma posición, de rodillas; no me atrevo a mirarlo—. Las cosas entre nosotros se están enfriando. Se está perdiendo el feeling, las ganas... todo. ¿Cuándo piensas darte cuenta?

Contengo la respiración, cierro los ojos e inspiro dudando si soltar mi a veces mortífera lengua. Pero es que ya no puedo más, la soledad a la que él me está conduciendo me acojona en estos instantes, al asegurarme cómo estamos de distanciados. Me levanto, incluso temblándome todo. Él está en la ventana; el calor de julio lo suele poner de muy mal humor y se pasa las horas justo ahí, tomando el aire. O pensando en yo qué sé qué cosas. ¡Me tiene harta!

Le doy un toque en el hombro, frustrada y abatida, desesperada por salvar mi matrimonio y, cuando al fin me presta atención, le reprocho.

—No tienes tiempo para mí, para decirme si me ves más guapa o no. No me piropeas ni me haces un insignificante regalo romántico. —Jesús baja la mirada y yo me enervo aún más—. ¡No me haces el amor! ¡Me follas rápido!

—Aisha...

—¡No seas cobarde y habla! —le pido, zarandeándolo. Estoy dolida—. ¿No ves que estoy mal por ti?

Mi corazón se desboca a la espera de buenas reacciones, de palabras llenas de amor y ternura. Un enorme suspiro aflora de sus estrechos labios y me mira directo a los ojos, penetrando mi ser. Parece recapacitar y me acaricia el cabello, un gesto que ya no repite con la frecuencia de antes.

Siento que me derrito, que me hago pequeñita; es justo lo que quiero, a él, sólo estar bien con mi otra mitad, con la que decidí compartir mi vida.

—Jesús —imploro, aferrándome a su pecho desnudo—. ¿Qué puedo hacer? Necesito luchar por esto que tenemos. Sé que hay algo que...

Me callo por la transformación de su semblante, que le cambia de color y palidece. Entorna la mirada, produciéndome escalofríos.

No lo reconozco; la poca conexión y empatía hacia mí me altera. Admito que he sido muy posesiva desde que las cosas se han torcido en cuanto a él se refiere, pero llevo dos semanas haciendo lo posible por controlarme, entenderlo... y ha servido para lo contrario.

—Si no hablas, me voy de casa —lo amenazo, con la boca chiquitita—. ¡No habrá marcha atrás!

—Aún tiene solución.

—¡Pues dímelas! —grito y me arrojo a su cuerpo. Lo abrazo, desesperada. No me corresponde y yo ahogo un sollozo—. Haré lo que sea.

—Quiero... —me interrumpe. Carraspea y añade con el cuerpo rígido—  
... quiero proponerte algo.

—Habla.

—Probar, experimentar... Intercambio de parejas.

## 2. El Juego

Sábado, 3 de agosto de 2013

Me frotó la manos de nuevo al ver lo bien que me ha quedado la mesa. Hoy he estrenado mantelería, vajilla y hasta cubiertos, todo carísimo y elegante. No sé si son los nervios de la velada lo que me tienen tan tonta.

¿Estaré haciendo bien?

Es una locura. Jesús y yo llevamos cinco años juntos y, tras nuestra última crisis sentimental, que ha estado a punto de llevarnos a una ruptura, me ha propuesto algo sobre lo que yo he dudado mucho antes de aceptar: conocer gente, probar cosas nuevas. Siempre en presencia o con el consentimiento del otro.

¿Realmente estoy preparada para verlo con otra mujer?

La convivencia nos ha hecho perder la pasión, nos aburrimos en la cama. Ese ámbito se ha vuelto frío y predecible, mantenemos sexo por obligación, no por ganas o por apetito sexual, del voraz que nos consumía. Desde que nos casamos y nos fuimos a vivir juntos, hace dos años, la situación ha cambiado y la monotonía nos ha vencido. ¿Es cierto que el matrimonio es lo peor para desestabilizar a una pareja?

«Menuda reflexión...»

Antes lo nuestro era estable; los encuentros, pasionales e intensos, pero tras la luna de miel fue decayendo. Llegamos a casa agotados: él, de trabajar en el banco, del cual es director, y yo, de ejercer como profesora en un colegio infantil. Nos escudamos en el cansancio y no experimentamos.

También me agobio porque siento que he dejado mis sueños a un lado por complacerlo. Al final renuncié a la moda y ya ni siquiera es un hobby, a pesar de que cada día progresaba más. Tenía metas y grandes expectativas por su buen funcionamiento.

—¿Aisha?

Esa voz...

—¿Bibi? —pregunto, confundida, yendo hacia fuera para abrir la puerta de casa. No me equivoco, es mi mejor amiga. Su cara es de espanto al encontrarse conmigo—. Eh, ¿qué haces aquí? ¿Pasa algo?

—¡Madre mía, madre mía...! Vas a hacerlo —susurra, mirándome de arriba abajo—. ¿De verdad?

Estoy arreglada. Luzco un vestido verde, sencillo; no voy maquillada en exceso y mi cabello largo y rubio lo llevo recogido en una moderna trenza que me resbala por el hombro derecho. Por supuesto, calzo tacones, ya que los adoro y tengo una gran colección. También los llevo por mi estatura: es un truco para realzar mi figura y parecer más esbelta, ya que soy más bien menudita.

—No podía creerlo cuando he ido a casa de tu madre y tu hermana me da dicho que ibas a cenar con unos amigos. Para la propuesta de Jesús, ¿verdad?

—¿No le habrás dicho nada? —murmuro, y ahora la horrorizada soy yo. La empujo hacia dentro para que nadie nos oiga—. Bibi, dime que no has soltado prenda.

—¿Estás loca?

Me doy cuenta de que me he quedado sin aire durante unos eternos segundos y que lo he recuperado al saber que nuestro secreto sigue a salvo.

«Relájate, Aisha.»

Creo conseguirlo hasta que Bibi se echa las manos a la cabeza cuando ve cómo he preparado la gran sala. No me he olvidado de poner ningún detalle, con la intención de hacer la velada lo más cómoda posible, dentro de lo inaudita que será. No sé si salir corriendo o emborracharme para no enterarme de nada.

—Ay, Aisha... ¿estás segura de esto?

Me estiro, disimulando mi indisposición y miedos.

Realmente, no. Estoy cagada, pero locamente enamorada y no quiero perder a Jesús. Ésta es una de sus fantasías y no deja de repetir, desde el mes pasado, que es lo que necesitamos como pareja: darle vidilla. Así que he decidido que prefiero aceptar la propuesta a echarlo todo a perder. Porque estoy segura de que sucederá, no tengo otra alternativa más que complacerlo y demostrarle lo que soy capaz de hacer por salvar nuestro matrimonio.

—¿Y si no te gusta el tío? —Me dejo caer en el sofá; a mi amiga le encanta meter los dedos en la llaga—. ¿Cómo lo haréis? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —exploto, tirando de su pantalón blanco para que me acompañe—. Bibi, no somos unos niños. Yo tengo treinta años y él, dos más. Sabes cuánto aposté por esta relación y es hora de que yo ceda. Jesús lo hizo al dejar Barcelona para estar aquí, en Ibiza, conmigo.

—Le encantaba veranear aquí.

—Tú lo has dicho, veranear —recalco, sujeta a su mano—. ¿No crees que esté haciendo bien? Sé sincera.

—Tanto Óscar como yo os adoramos y tememos por vuestra decisión.

Asiento, escuchándola con atención. Es mi mejor amiga y sé que cualquier consejo que me dé siempre será para ayudarme. Al igual que Óscar, su marido, suele hacer con Jesús. Somos inseparables.

—Aisha, sé que no es fácil; Óscar y yo también hemos pasado por muchas crisis, sobre todo con los dos embarazos... pero nunca contemplamos una salida así. Tenéis que estar muy seguros.

—Lo estamos. —Sonrío convencida.

—Pues entonces no hay nada más que hablar, adelante. Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites.

Me acaricia los bordes del vestido corto, lo alisa y me mira con una sonrisa más pícaro. Me da la risa; ya sé por dónde va y me alegra cambiar el rumbo de la conversación, pues no estoy para más dramas, no por ahora.

«Dispara.»

—¿Ya sabes si está bueno?

Me rio poniendo los ojos en blanco.

—No sé nada. —Con el ceño acentuado, aguarda, recogiendo en una cola su larguísimo cabello castaño—. Lo he dejado todo en manos de Jesús.

—Joder, eres tonta... Va a traer un pivonazo para él y a ver qué te trae a ti. Ya que has aceptado, hubieras podido aprovechar.

Le doy un empujón y me levanto mirando la hora. Son las ocho y media y a las nueve llegará Jesús con sus elegidos. Me tiembla todo.

¿Quiénes serán? ¿Cómo será el primer contacto? Resoplo.

Al entrar en la cocina, me sirvo un vaso de agua y, aparentando calma, le ofrezco uno a Bibiana, que niega sentándose encima de la mesa. La confianza que tenemos nos permite actuar en casa de la otra como si fuera la nuestra propia y esta familiaridad, precisamente hoy, me reconforta.

—Al chico le dará algo, Aisha... —retoma. Yo la miro de reojo, advirtiéndole que no continúe con la tortura—. Eres una muñeca, mi vida. Pareces una preciosa Barbie. No va a entender cómo tu hombre quiere exponerte así.

—No olvides que yo también he aceptado.

—Reconoce que Jesús no te hace justicia.

Le saco la lengua y me dispongo a retocarme los labios con brillo clarito. Bibi desde siempre ha opinado que Jesús es más gracioso que guapo y, esencialmente, esa simpatía me ganó. No es una belleza que deslumbre, aunque sí es muy atractivo. Adoro sus ojos azules y su cabello azabache. No es muy musculoso, pero tiene un cuerpazo con el que vibro al rozarlo. Sus bromas me hacen o, mejor dicho, me hacían reír muy a menudo. Es lo que nos mantenía tan vivos el uno con el otro.

—Bueno, me voy, que he dejado a la peque con mi suegra. Y tú... tú...

—Nos miramos y termina dándome un cariñoso achuchón. Aspiro su olor, llena de vulnerabilidad—. Mucha suerte.

—Gracias. Pero tranquila, que no voy al infierno...

—¡Igual te quemas más aquí!

Se encamina hacia la puerta sonriendo y yo me quedo en medio de la cocina. Doy una vuelta y otra, ¡los nervios me delatan! Abro la nevera, ya que la ansiedad me da por comer. Pruebo una fresa de las que he comprado. ¡Oh, no! Seguro que me he manchado los dientes.

Me la trago de golpe.

Corro hacia el baño y, efectivamente, ha dejado huellas. Me cepillo los

dientes y, luego, paso el hilo dental de manera minuciosa, por si acaso... ¡Ya estoy lista...! O no... Me echo un poco de agua en la frente, refrescándome con mucho cuidado para no ponerme la cara como un Cristo, estropeando el maquillaje.

Analizo mi reflejo en el cristal.

Hay un tono apagado en mis alegres y claros ojos, cierta amargura en mi fingida sonrisa, con la que estoy tratando de convencerme de que todo estará bien después de lo que suceda esta noche. ¿Lo estará? Es una pregunta que me formulo, incrédula, desde que oí la proposición de mi marido. Cuando me pidió que nos dejáramos seducir por otra persona.

Al principio no lo tomé de la mejor manera. ¡Lógico! Creí que me moría. No dejaba de repetirle que recapacitara... que me hacía daño...

—¿Qué estás diciendo? —grité ese día—. ¡Has perdido la puta cabeza!

—Cielo, no te cierres.

—¿Que no me cierre? —repetí, sentándome en el sofá. Me mecí la cabeza—. ¿Y cómo se supone que lo harás? —pregunté con ironía, asqueada.

No lo reconocía. Nunca me había planteado que pudiera hacerme una propuesta tan repulsiva. ¡Ni en sueños! ¿Qué pasaba por su maldita mente?

—Un compañero de trabajo me habló de ello y... mira. —Sacó su móvil y me mostró una página de contactos, de intercambios. Había cláusulas de confidencialidad, y parejas dispuestas a formar parte de este juego—. He seleccionado por zona y hay varias que podrían encajar con nosotros.

Aquello no podía ser cierto.

—¿¡En base a qué!?! —increpé.

—¿Quieres dejar de ser tan negativa y verlo como lo que es? —Soltó el teléfono en la mesa con mal genio y me acarició la cara—. No va a suceder nada malo. No nos podrán grabar ni hacer nada para que esto salga a la luz. De hecho, he hablado con Sonia...

—¿Sonia? —ladré y lo empujé. ¿Quién era ésa?

—Sí, está en la página. Es la que más confianza me ha dado.

—O la que más te ha gustado. —Terminé llorando, abandonando la casa por unas horas, pero antes de salir volví a suplicarle—: No me pidas algo así. Estás siendo frío, egoísta... Por favor, si me quieres, olvida todo esto.

Me pasé dos días sin hablarle ni mirarlo a la cara. Pero él no daba su brazo a torcer y, en vez de mejorar la relación al ponerlo contra las cuerdas, empeoramos. Me di por vencida y me dejé guiar por mi corazón con una única súplica: que no le permitiera a nadie hacerle sentir como yo.

—¿Cariño?

Me sobresalto y me giro al oír la voz de Jesús. Está en la puerta del baño, con las manos apoyadas en el marco y sonriéndome de oreja a oreja. ¡Vaya, qué feliz viene! Casi lo maldigo en voz alta.

—Estás muy guapa —dice, dándome una vuelta para verme mejor. Esto sí que me gusta y hago posturas sensuales. ¡Un piropo! Funciona mi aceptación, ya que su humor es tremendamente animado—. Este vestido nuevo te queda perfecto.

—Lo compré el año pasado... —aclaro, menos entusiasmada por su error—. Y me lo he puesto varias veces.

—Da igual, te queda precioso. —Me da un beso en los labios y me coge la mano—. Ya están abajo, son pareja y llevan seis meses juntos.

¿Y ya están cansados? Pues pronto empiezan.

—La seguridad y demás... —dejo en el aire.

Jesús suspira de camino a la escalera.

—Todo controlado, no dejaría que nada te sucediera. Están sanos, y recuerda el preservativo. —Asiento, fatigada del tema—. Se llaman Iván y Sonia. Él sabrá cómo cuidarte. Es peculiar.

—Bien...

Los nervios me están ahogando, me molesta hasta el collar que hoy sí he estrenado y del cual Jesús no ha hecho mención. Un defecto muy suyo, no prestar atención a mis detalles, sumado al otro que tanto me molesta: en el sexo, ir directo al grano. Los preliminares no existen en nuestra vida sexual y sé que el romanticismo, en ese aspecto, hubiera mejorado la situación, sin la necesidad de haber sido tan extremos al intentar reavivar la llama a través de otras personas.

—¿Preparada? —me pregunta al llegar abajo. Afirmo, tiesa como un palo—. Pues sonríe o te pongo dos pinzas de la ropa en las comisuras de los labios.



Suelto una risilla tonta. «Será idiota...»

—Mejor así. Y recuerda —susurra cerca de mi oído, más enigmático de lo que jamás lo he visto—: el juego se inicia en cuanto cruces la puerta y estemos con ellos. Serán horas, así que deja que tu imaginación vuele.

—Ya...

Me guiña un ojo y, unidos, entramos en nuestra sala principal. La pareja se levanta inmediatamente, preparados para saludarme. Pero mis ojos van directos a Sonia, sin ocultar mi curiosidad y temores. Ella es morena, de pelo largo y rizado... Exuberante, como yo, pero sacándose todo el partido que puede y más. Va enfundada en un vestido rojo pasión, conjuntado con sus labios, tacones y uñas.

Cuello fino, provocador...

En seguida una punzada de celos me atraviesa. La mirada que Jesús le dedica no es nada sutil; al contrario, resulta demasiado atrevida. Las entrañas se me retuercen del mismo rechazo que me produce presenciarlo. Ella se le está insinuando y a mi marido no parece molestarle...

—¿Aisha? —atiendo a Jesús, que me estudia aparentando calma—. ¿Bien?

—Eh... sí.

—Sonia, ella es mi mujer, Aisha.

—Un placer. —Mi invitada se adelanta con una encantadora sonrisa—. Ya tenía ganas de conocerte.

—Igualmente.

Mi voz ha sonado áspera, incluso maleducada. Jesús me da un pequeño codazo y yo hago un intento por cambiar mi actitud. Cuando me doy cuenta, tengo delante al hombre, a quien, con mis paranoias, ni he prestado atención. Casi choco contra su barbilla.

Está serio, ¿será porque lo he ignorado?

—Soy Iván Lago —murmura, depositando un beso en cada una de mis mejillas. Su aliento, que se filtra por mi cuello, me empuja a encogerme. Es fresco, suave... caliente, como su tono de voz.

—Un placer —contesto, con total naturalidad.

Me retiro e, inconscientemente, marco terreno y me aferro a Jesús por el

brazo, examinando a Iván. Es un hombre muy atractivo, alto, de pelo rubio. Lo lleva recogido en una pequeña coleta. Es monísimo. Sus cejas son gruesas y tiene los ojos azules, intensos. Me mira como si quisiera decirme tantas cosas sin expresarlo en voz alta que... el calor me asalta.

Su rostro es sereno. A primera vista se nota que va al gimnasio... Lleva una camisa negra y pantalón vaquero gris... Está bastante bien, sería una idiotez negarlo. ¿Tanto como para...?

Estoy a punto de rezar y que Dios me ayude. De aquí no va a salir nada positivo. Ahora lo vaticino, porque sólo imaginar que me tocan sus firmes manos y comprobar que no es Jesús... me pongo enferma. Creo ver que me come con su mirada maliciosa. No, no lo creo, ¡lo estoy viendo!, así como que su novia le sonrío, crecida.

Quisiera borrarle esa estúpida sonrisa a ella, mientras que él... me mira con fijación. ¡Qué tensión!

—¿Nos sentamos? —me propone Jesús. Al observar su rostro, sé que no le está gustando ni un pelo mi inmaduro comportamiento—. Pasad y sentaos.

—Voy por la cena —anuncio, huyendo—. Poneos cómodos.

Llego a la cocina tan rápida que aterrizo contra la mesa y estoy a punto de cometer una locura; cojo mi móvil. Busco el consuelo de mi mejor amiga, necesito un empujón suyo o no podré con esta situación.

Mi cabeza se llena de imágenes de mi marido con otra y siento que pierdo el sentido. Nunca antes de esta complicada etapa he sido celosa ni posesiva, pero la propuesta me ha superado y, tarde, me estoy dando cuenta. ¿Pero qué opciones tenía?

«Es preciosa, Bibi... ¿Y si después de esta noche se da cuenta de que le puede dar más que yo?»

Bibiana se conecta inmediatamente al WhatsApp.

«No te ha gustado el tío, ¡te lo dije! Y claro, ahora no hay excusas baratas.»

¡Joder! ¿Es tonta o qué? Paso de responderle. ¡Es un problema serio!

Saco la carne del horno y la coloco sobre la encimera, sin dejar de resoplar. Tengo un calor sofocante y estoy de muy mala hostia. En el silencio de la cocina, oigo unos pasos que se acercan. «Vamos, Aisha.»

Aquí está mi oportunidad, mi momento estelar para dejar las cosas bien claras y acabar con esta farsa. Miro hacia la puerta, esperanzada de que sea Jesús quien viene para decirle que... Me cuesta respirar. No es él, mi suerte ha caído en un pozo sin fin. Empiezo a contar en silencio: «uno, dos... relax».

Mi apuesto invitado se acerca con andares naturales, subiéndose la cremallera de la bragueta, ¡cómo han llegado mis ojos ahí?! En un descuido, se le vuelve a bajar. Me callo. No pienso reconocer que, por error, lo he visto.

—No te cortes —me incita.

Alterada, tropiezo con la silla y casi me caigo de culo. «¡Firme, Aisha!»

¡Es que no es mi día! Menos mal que él está al otro lado de la madera, que si no... ¡Que ni me toque! Aunque suene a niñería, después de lo que vendrá a continuación. Yo diré cuándo...

—He venido a ayudarte —dice Iván, riendo. Su timbre de voz es muy ronco, muchísimo, y su actitud, educada—. ¿Te importa?

—No... eh... yo...

—Relájate. —Me sonrío. Como si fuera un ambiente en el que se mueve a diario, y sin mi permiso me sirve una copa de vino de la botella que yo he dejado sobre la mesa, dentro de una cubitera—. Jesús nos ha asegurado que queríais esto.

—Y así es.

—No sé si creérmelo.

Bien, me parece bien que no se lo crea. Dejo la tontería a un lado, sin intimidarme. No soporto los tapujos y me lanzo a por todas.

—¿Cómo es tu novia en la cama?

—¿Perdón? —Enarca las cejas.

Le arrebató la copa que me ofrece y me la bebo de un solo trago. Al no dejar ni una gota, se la devuelvo, dejándolo descolocado. Acto seguido, me inclino y, apoyando las manos en la mesa con actitud amenazante, voy directa al grano.

No me ando con chiquitas.

—Mira, voy a ser muy clara. Jesús raramente experimenta nada en la intimidad y a mí, que soy más morbosa, no me deja demostrárselo como

quisiera y temo que ahora...

—... Sonia le dé algo diferente que tú.

¡Ay, cielos! Parece una afirmación. Me siento en la silla y me tapo la cara, casi tirándome del pelo. «Cincuenta, cincuenta y uno...»

Él la conoce mejor que nadie y supongo que sabe bien lo que dice. La odio, ¡la odio! ¿Y si le echo demasiado picante en su plato y se tiene que ir? No es una mala opción... Más calmada, trato de ser coherente.

—Aisha, no sé qué clase de relación tenéis vosotros, pero tanto Sonia como yo estamos acostumbrados a esto y jamás mezclamos sentimientos. Y, por favor, mírame cuando te hablo.

Lo que acaba de decir es la mayor necedad que jamás he escuchado, y no tengo reparos en hacerle la pregunta mientras jugueteo con las servilletas.

—¿Es posible compartir intimidad con otra persona y no llegar a sentir absolutamente nada? —cuestiono, mirándolo a los ojos.

Sin darme cuenta, lo tengo más cerca de lo que espero. Me altero un poco, envarándome en la silla por la tensión que nos rodea. Advierto que huele de maravilla, y que tiene unos perfectos y alineados dientes blancos que me dejan sin aliento.

«¡Céntrate, Aisha!»

Nuestras bocas casi chocan e, intentando esquivarlo, echo la cabeza hacia atrás, marcando un límite de distancia. Estoy muy frenética, pero a él no le importa. Alarga la mano y empieza tocarme las puntas del cabello.

La cosa no acaba ahí y me susurra:

—Sí, es posible, y... si me dejas... vas a comprobarlo hoy mismo.

### 3. Miradas...

—Ahora ven.

—¿Qué? —pregunto un poco tocada por culpa de esta pesadilla que justo acaba de empezar y que yo ya quiero terminar.

—Que vengas conmigo.

Iván me pide la mano, que yo le doy dubitativa al creer que pretende ayudarme a levantarme. Al ponerme a su altura, arrima su cuerpo al mío de un suave empujón. No es precipitado, es lento; analiza mi expresión. Frunzo los labios porque él ha sido impredecible, lanzado.

Rompo a temblar.

Me quedo bloqueada, permitiendo una cercanía tan íntima y personal que no suelo tener con nadie que no sea Jesús, mucho menos con desconocidos. Sus labios se entreabren, mis ojos se concentran en ellos. Madre mía... se está acercando a mi boca y, acojonada, le hago la cobra.

—¿Pero qué haces? —lo increpo, empujándolo con la poca fuerza que tengo en el cuerpo en estos momentos. Su frente se arruga—. Así no se hacen las cosas.

—Explícame cómo, entonces.

Se cruza de brazos, sonriente y expectante.

—No me toques —le advierto torpemente y me dispongo a sacar los cubiertos de la cajonera, dándole la espalda.

—¿De qué tienes miedo?

—¿Miedo? —replico—. No tienes ni idea.

Al girarme, él está justo ahí, estático, esperándome. Me recorre con su mirada mi cuerpo entero y me retira el pelo de la cara con sutileza.

«¡Joder, que no me toques!»

—Sé razonable —me sugiere. Le doy un manotazo. En vez de apartarse molesto, sonrío con más diversión aún—. Has aceptado el juego, deja de comportarte como una chica inocente.

—¿Vas de listo?

Frunce el ceño, pensativo. Creo que se arrepiente de su inoportuna frase y me observa con mucho detenimiento. Me pongo más tonta todavía, aturdida. Los segundos o minutos pasan y él, callado, no me quita ojo, cerca, muy próximo, invadiendo mi espacio vital. De pronto, su respiración aumenta el ritmo, no la controla. Me contagia su presión, siento que mi inhalación se acopla a la suya.

A este paso me voy a desmayar.

—Si fueras mi mujer no querría probar a otras —rompe el silencio—, y me volvería loco con sólo pensar que otro te pudiera tocar.

«Madre mía.»

No sé qué decir, una mezcla de sensaciones me sobresaltan, embelesada por sus piropos. Por lo que acaba de decir sin conocernos, quiero que Jesús piense como él, porque su frase me ha gustado mucho. Por dentro soy un hervidero de nervios.

Se pega más a mí y pone las manos sobre la encimera, de modo que me tiene encerrada con sus brazos. «Páralo.» Me doy cuenta de que tiene algunas pecas cerca de la nariz, lo que le da un aire interesante. ¡Espera...! Si él está aquí y ya ha iniciado el juego... No, joder, no. Le doy un violento empujón y corro como una bala; asomo la cabeza. ¡Mierda!

La imagen que no deseo ver la tengo delante en cuestión de segundos. Jesús y Sonia transmiten complicidad, acercándose peligrosamente mientras charlan entre risas y pican del aperitivo que yo misma he preparado. Veo miradas que dicen mucho más que las propias palabras y, literalmente, me echo a temblar.

Esto no puede estar sucediendo. ¿Desde cuándo Jesús tiene esa magia con otras mujeres que no son yo?

No voy a poder —susurro, apoyada en el umbral de la puerta, contemplando la coqueta escena. Hasta me dan arcadas—. ¿Cómo voy a permitir que tú me toques...? Estaré pensando en lo que ellos hacen y no toleraré...

—Te tocaré con tanto fuego que no te acordarás de él.

—Mira, déjate de...

—He traído algo para ti —me interrumpe. Noto que me roza el pelo, ¿con su boca?—. Lo he traído sólo para ti, para complacerte.

Lo que me faltaba, un machito. ¡Ni lo imagines, Aisha! Indignada, le echo una mirada de advertencia por encima del hombro y él tuerce los labios con aire de despreocupación. ¿Qué le pasa? ¡Su novia se quiere tirar a mi marido en nuestra cara!

Tengo claro que, si me vuelve a tocar un pelo, van a temblar los cimientos de mi casa, y me da igual si me llaman inmadura por no saber separar el juego de la relación. ¡Pero ¿cómo se hace eso?! Lo aparto de mi lado y cojo la bandeja con la carne. Iván no hace el intento de detenerme y yo se lo agradezco en silencio al cruzar nuestras miradas. Atravieso la sala haciendo ruido, a posta, para que corten el rollo.

Ambos no se alteran ni fingen menos proximidad. Me miran sonriendo, masticando un canapé, con la tranquilidad de que nada sucede. ¡Uf!, otro detalle me deja perpleja: ¿Vamos a comer así? Jesús frente a mí y al lado de Sonia. Iván frente a ella y a mi izquierda. «Respira y cuenta hasta diez.»

«Uno... dos... tres...»

Cuento lenta, ¡muy lentamente!

Preparo la mesa mientras Iván colabora con los vasos y los otros dos están a lo suyo, ¡a su puto rollo! Ya veremos... De aquí a una terapia de pareja. Me consumo por dentro. No le deseo nada malo a Sonia, pero ojalá se atragante con la cena y se tengan que ir a su maldita casa.

«Diecinueve...»

—Aisha, has servido un plato de más —se burla Jesús. La chica le sigue la gracia. Ah, ¿pero la tiene?—. Vamos, siéntate.

—Voy —siseo, acompañándolos como si yo fuera la extraña en mi propia casa—. Que os aproveche.

—Tiene una pinta estupenda —dice Iván, señalando la comida. Intenta halagarme y realmente lo consigue. Lo miro indiferente y veo que prueba la carne; entonces, me guiña un ojo—. Está de puta madre.

—Gracias...

«Aprende, Jesús», me dan ganas de gritarle. Pero ni siquiera se ha percatado del comentario. ¡Baboso! Pues que se prepare, yo también sé ignorarlo y arrastrarle al borde de los celos. Me pongo recta y saco pecho.

—Mi comida favorita es el sushi —rompo la tensión.

—Yo prefiero un buen plato como éste —insiste Iván.

Coloco bien los cubiertos, disfrazando los nervios. Se supone que todos estamos de acuerdo con esta velada y somos mayorcitos. Así que relax.

—Tenéis una casa preciosa —comenta ella, risueña—. Iván y yo nos estamos planteando irnos a vivir juntos.

—No siempre es bueno —continúa Jesús. Me retuerzo en el asiento a la espera de algún comentario fuera de lugar—. La pareja decae.

—Si uno quiere. —Entro en el juego.

Jesús me mira a punto de lanzarme una reprimenda, pero, sin más, vuelve la mirada hacia la chica que juguetea con sus uñas tontamente. Es una caprichosa, sólo hay que verla: pija.

—Nosotros sabemos compaginar la pareja y el trabajo —prosigue Sonia—, eso es importante.

—¿En qué trabajáis? —me aventuro.

Esta vez responde Iván al levantar la mano y silenciar a su calenturienta novia. Lo miro y pestañeo coqueta, ¿me estará viendo Jesús?

—Soy tatuador y Sonia, odontóloga. Pero cuando nos vemos, el cansancio, los problemas y las profesiones quedan fuera. Disfrutamos, simplemente.

Nadie más habla y yo opto por no exponer mis opiniones.

Continuamos cenando y no puedo disimular mi irritación. Hay risas, bromas, tonteos. Cualquier cosa que Sonia le dice a Jesús provoca en éste una radiante sonrisa. E Iván... no me quita ojo. Está preocupado y, en una de esas que su novia y mi marido cuchichean, él levanta la copa y me murmura cerca del oído:



—Por ti y por mí.

—Gracias.

Choco nuestras copas, brindando. No puedo evitar que se me escape una sonrisa sincera, que él capta mientras se hunde los dedos en el cabello de forma seductora. Sé que no deja de evaluar mi estado de ánimo, mis gestos. En el fondo le agradezco que esté tan pendiente de mí y sepa calmar mis malos pensamientos.

Al beber me relajo un poco, pero algo llama mi atención, inquietándome: las manos de Jesús y de Sonia han desaparecido de la mesa. Busco en sus ojos el reflejo del placer, ya que conozco cada diminuto mohín. El estómago se me revuelve, estoy a punto de vomitar la poca cena que he tragado. Se ha tomado muy en serio el juego y en mi presencia hacen manitas debajo del mantel, sin vergüenza alguna.

Bajo la mirada, ridiculizada por su comportamiento. Sé que es lo pactado, pero siendo la primera vez y conociendo mi indecisión a prestarme a esto, no está teniendo nada de pudor ni de sensibilidad.

—Aisha. —La voz de Iván susurrando mi nombre me paraliza, sobre todo cuando su mano aterriza y se desliza por mi muslo izquierdo. Con la otra, me sujeta la cara para que lo atienda—. Mírame cuando te hablo, por favor. — Las chispas saltan cuando nuestros ojos se encuentran. Qué manía con que lo mire al hablar...—. Relájate.

—No puedo —respondo articulando con la boca, pero sin emitir sonido.

Sus labios vienen peligrosamente hacia los míos y, sumergida en un mar de dudas, miro de reojo a Jesús. Él asiente con la cabeza, contrayendo la cara por algo que está sucediendo debajo de la mesa con Sonia.

Cuando ésta repite la misma acción que Iván, pero con Jesús, niego gruñendo, porque no quiero que lo bese, mucho menos conmigo aquí delante. No concibo su boca sobre la de mi marido. No quiero compartirlo.

—Bien. Voy a enseñarle las habitaciones a Sonia —anuncia Jesús, más serio, al intuir que voy a cortarle el rollo—. Tardaremos un par de horas, no más, recordadlo.

Intento levantarme y correr detrás de él, pero Iván sujeta mi pierna y vuelve a sentarme, presionando sus dedos en mi piel. No sé a qué viene mi

extraño sonido, pero gimo, contenida, y lo observo con la cara hirviéndome de la misma impotencia.

—Bonito collar, Aisha.

¿Qué? Ceñuda, me lo toco al recordar que Jesús no me ha dicho nada de mi cara y nueva joya, que he comprado malgastando dinero de su tarjeta de crédito.

—¿Te han dicho alguna vez que pareces una muñequita de lo atractiva y guapa que eres? —me susurra y me agarra la mejilla con la mano. Me agarroto—. Estoy seguro de que nadie ha sabido apreciar tanta perfección.

—¿Qué estás haciendo? —musito sin voz, sonrojándome por sus adulaciones—. No soy una niñata a la que le dices...

—Voy a enterrarme en ti tan hondo que jamás olvidarás esta noche. — ¡Ups! Da un paso más, muy cerca de mi boca—. Pero primero, voy a acariciarte, adorarte, seducirte... Te voy a regalar todo mi tiempo.

¡Madre mía, madre mía!, ¿qué dice este hombre?

—¿Alguna vez te han hecho el amor sobre la mesa? Suavemente, desnuda y disfrutando de mimos. —Niego aturdida, con taquicardias—. Pídemelo.

Oigo una carcajada de Jesús y después un enorme ruido que proviene de arriba, pero estoy tan concentrada en esta melosa voz... en esos labios que se están mordiendo solos y en esa galantería... que soy incapaz de subir y detenerlos.

—No podré... —susurro.

—Se ve a leguas que no te dan lo que necesitas.

Más risas; la carcajada de Jesús es extremadamente potente, alborozada. Me lastima como si me estuviera clavando un puñal en el pecho. ¿Por qué es tan exagerado? Sin querer, hago un puchero. Me duele su cinismo.

—Yo no quiero esto —confieso, rehuendo de la seducción de Iván.

—Porque no lo has probado. Vamos, Aisha, demuéstreme lo mujer que eres.

## 4. Peligro

Otra carcajada... y el sonido que hacen los zapatos al caer bruscamente en el suelo me transforman por completo en la leona que soy por defender lo mío. ¡Se acabó! Me levanto encabronada y, en segundos, los brazos de Iván me están sujetando.

—¡Suéltame! —le grito.

El zarandeo es tan violento que se me sale el pecho izquierdo del vestido al no llevar sujetador. ¡Joder! Iván se tensa con las manos congeladas en los laterales de su cuerpo. Yo me hielo, sin avergonzarme, aunque su relamido de labio es brutal y me impresiona... Mi pezón se eriza.

—No vayas —me pide, con el tono más bajo, afectado por el deseo.

Me subo la tela rápidamente... o más lenta de lo que debo. Ya no sé qué hago en medio de esta vorágine de sensaciones contradictorias.

—No me toques —digo, zafándome de su agarre y partiendo rumbo hacia las escaleras, que es lo único que deseo realmente.

Por un momento, el camino se hace eterno, no consigo llegar y mis piernas flaquean de una manera que incluso me produce pánico. Al conseguir mi meta, el miedo se apodera de mi asustadizo corazón. Me da pavor abrir y encontrarlos...

Me armo de valor y, sin hacer apenas ruido, cojo el tirador y empujo hacia abajo. Una pequeña abertura me da la visión de lo que tanto temo, y dos lágrimas como ríos se deslizan por mis mejillas. ¡Mi marido... está debajo del cuerpo de una mujer despampanante! Es cabalgado por ella con

embestidas tan colosales que el sonido del choque de sus cuerpos traspasa las paredes.

Su cara se contrae cada vez que ella cae y la penetra igual que cuando hacemos el amor. Se atreve a tocarle los pechos, a aferrarse a su culo para profundizar hasta gritar exhausto de placer. Es igual de fiera que conmigo; sabe dejarme satisfecha, aunque echo de menos mimos y caricias previas. En la cama es el macho alfa que aborrezco últimamente.

¿Qué mierda hace...?

Me dan náuseas. Jesús se chupa el dedo índice y luego lo resbala entre los muslos de ella, para seguidamente ingresarlo en la profundidad del sexo de Sonia, mientras su miembro también la atraviesa osadamente. Ahora los gemidos ya son atronadores... Están muy cerca del orgasmo y yo me quiero morir.

«Jesús, 3 - Aisha, 0.»

El dolor y la decepción por lo que veo son insoportables.

Cierro y, derrumbada, me dejo caer en el suelo, sentada y abrigando mi cuerpo con mis manos. ¿Qué has hecho, Aisha? «La he cagado, me he dejado llevar por sus deseos, ¿y los míos?»

No pensé que fuese tan duro, me supera la realidad.

Hay que estar muy preparada psicológicamente para esto y, más aún, compenetrados como pareja, cosa que Jesús y yo no estamos. Hace mucho que dejamos de estarlo. Ahora todo me parece oscuro; imagino que jamás olvidaré, al hacer el amor con Jesús, el placer que él ha sentido mientras se tiraba a otra.

No sé cuánto tiempo pasa, en el que mis ojos vagan sin ver nada.

—Oye —oigo el susurro de Iván, a mi lado—. Ven conmigo.

Elevo la mirada despacio y en sus ojos vuelvo a percibir el reflejo de la preocupación por mi estado. Supongo que será al intuir el escándalo que puede formar su pareja si paraliza el juego ahora que ha empezado... del que tanto está gozando.

—Agárrate a mi cuello —me ordena en voz baja. Dudo, pero entonces el cerdo de mi marido gime escandalosamente. Creo odiarlo—. ¿Vienes?

—Házmelo como él se lo está haciendo a ella —escupo, despechada,

tragándome las crudas lágrimas que me caen libremente.

—Como a ella, no. —Dibuja una falsa sonrisa, perversa, levantándome —. Te dejaré huella.

¿Y este hombre de dónde sale? ¿Realmente es tan feliz como su sonrisa trata de hacerme creer? No, él necesita ver lo mismo que yo. Sujeto su mandíbula, tiemblo y abro la puerta. Ahora están de pie, ella con los pechos aplastados en la pared y mi marido penetrándola desde atrás como un poseso. Lloro sin consuelo.

Le tira del pelo hacia atrás y le da unos lametazos en la boca que me dejan atónita, destrozada. ¿E Iván por qué no habla? De pronto, siento una mano subiendo por mi muslo, por la zona de fuera. No puedo respirar, ¿se ha excitado? Mis dedos se congelan en su mentón.

—Ven conmigo —repite con un gemido y detiene su atrevimiento.

—Llévame..., por favor.

Sé que no seré capaz de sentir nada, que no estaré en el momento en el que este desconocido, que me arrastra con tanta paciencia hacia abajo, me embista... Pero no seré la idiota que siga llorando mientras Jesús se lo pasa de puta madre en mi cara.

¡En mi casa! Peor, ¡en mi cama...!

—Mírame. ¿Bien? —me pregunta Iván al llegar a la sala más pequeña de la casa, donde Jesús y yo solemos hacer nuestra vida diaria. Me levanta la barbilla y retira mis lágrimas—. Mañana no te acordarás de esto.

Levanto la ceja, suspirando por el llanto.

—¿De ti?

—De lo que él ha hecho con otra —murmura.

Me rodea por detrás, con pasos lentos y silenciosos. Me tenso.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunto muy quieta.

—Porque es un juego —afirma con voz llena de erotismo junto al lóbulo de mi oreja—. Y porque sólo tendrás en la cabeza lo que habrás compartido conmigo.

Suelto una amarga carcajada, ¿de qué va este creído?

—Igual eres tú el que se sorprende y no quieres que la muñeca hinchable vuelva a tocarte.

—Cuidado con lo que suelta tu boca —replica sin indulgencia. Ya no hay amabilidad en su tono, menos en su actitud—. Tu marido es un cínico, ignorando tus llamadas de atención... y pasándoselo de puta madre.

—Porque ella lo provoca —escupo, enrabieta—. Es una zorra.

¡Ah! Iván me pilla desprevenida, me pone de cara a él y, abriéndome de piernas, me monta en su cintura a una velocidad que me mareo, mientras me raja el vestido por el lateral derecho. Trago saliva e intento cubrirme los muslos, pero él ya no es suave, ha perdido el control.

—Cuidadito con...

Mi advertencia se evapora, porque viene directo a mí y acopla sus labios a los míos, estampándolos con ambición. En un principio no sé cómo reaccionar, esto me supera... Un hombre que no es el mío me está chupeteando la boca, me está lamiendo cada extremo sin respeto alguno. Su lengua es viva, fugaz y ardiente. Me pide y me exige que me entregue, pero no sé si puedo. ¿Qué...? Tiene un piercing y al rozarme con él... me sacudo violentamente.

El ambiente estalla, volviéndose tórrido.

—No querría subir y decir que me han estafado —susurra contra mi boca y me muerde. Pego un salto—. Pide de una vez o me iré.

La tentación, el dolor y el despecho me arrastran al terreno prohibido y abro mi boca, abarcando la suya por completo, con desesperación. Me agarro a su cuello y me dejo llevar. Siento cosas extrañas, una picazón en mis manos, en mis labios. Lo devoro con el corazón desbocado por esta aventura. Su lengua gira en torno a la mía, seduciéndome.

Me gusta, su aliento es exquisito, picante.

—¡Ah! —oigo a Sonia.

—Sí... —añade Jesús.

¡Basuras! Se me encoge el corazón. Iba a dar marcha atrás, a paralizar esta locura, pero ya no, no me da la gana. Me parece una pesadilla, como si se estuvieran burlando de mí, y no se lo pienso consentir.

«Hazlo, Aisha.»

Transformo el beso en más pasional, intenso. Lo muerdo con efusividad, arrastrando mis labios con desenfreno por los de él, sin ser cauta. Salvaje. Me

muestro febril, viva. Mis manos dejan de ser decentes. Ahora soy yo quien le exige más a este desconocido.

—Así —gime. Mi cuerpo se sacude por el peligro—. Sé que eres una bestia en la cama, demuéstremelo.

¿Jesús le ha contado...? ¡Cerdo, asqueroso!

—Y yo... yo... —jadeo indecisa, levantando las caderas y restregándome contra él. «Ah»—... quiero lo que me has prometido.

Me entiende y, jadeante por la pasión al compartir fluidos, me coloca sobre la mesa, sin dejar de besarme hasta que ya no podemos más; aun así, se lleva mi labio y, después, me deja caer hacia atrás, con mi trenza colgando al filo. Se me nubla la vista, todo a mi alrededor da vueltas.

La madera está helada, pero su mirada incendiada, repasándome de pies a cabeza, quema. Con manos temblorosas, intento cubrirme las piernas tirando de la falda del vestido, sin conseguirlo al estar tumbada.

—Voy a desnudarte —murmura, ocupándose de mis tobillos. Un repentino cosquilleo me asalta—. A adorarte.

Más gemidos que provienen de arriba... Cierro los ojos, sufro con la mente puesta en ellos. ¿Cómo vamos a superar esto? ¿Cómo vamos a volver a tocarnos después de que otros lo hayan hecho?

—Mmm —ronronea Iván. ¿Qué me hace? Tras haberme quitado los zapatos de tacón, en los que realiza una breve parada, me besa la planta de los pies, los dedos, el empeine y yo empiezo a estremecerme con su atención—. Preciosos, Aisha.

—Ya... —Aprieto los párpados, agitada—. Despacio.

Iván coge mi pierna y la flexiona un poco. Recorre suavemente con sus manos mi piel, trazando líneas sensuales por mi rodilla y paralizándose al llegar a la cara oculta de mi muslo.

Se me escapa otro débil gemido.

—Estoy cerca —me advierte.

Se me corta la respiración y aprieto aún más los ojos.

—Dime si puedo seguir —insiste con voz rasgada—, tú mandas.

Risas... Y el agua de la ducha. Ellos están juntos, retozando como cerdos en la bañera. «También puedes, Aisha. Haz por disfrutar. Que te valore y

sepa lo que le ha prestado a otro.» Con el vengativo pensamiento, me retuerzo, asintiendo y consintiendo cada sutil caricia. Experimento un estremecimiento que me confunde.

—Vamos a deshacernos del vestido. —Me arqueo, ayudándolo a que me desnude. Cuando esas manos, sin dejar de acariciarme, hacen un camino tenue, me olvido de todo o simulo hacerlo—. El negro me pone durísimo.

Sé que mira mi tanga de seda porque así me lo pidió Jesús para complacer a Iván... Sollozo sin sobrellevar que otro me toque, aun siendo placentero.

—Me gustaría tocarte, Aisha. —De nuevo ese tono sensual que propicia que mis paredes vaginales se contraigan—. Pero no daré un paso sin tu...

—... Hazlo... Todo.

Me preparo mentalmente y me sostengo al filo de la mesa, dispuesta a que avance. Me roza y jadeo. Un poderoso fuego se agolpa en mi zona más cuidada e íntima, fantaseando que es Jesús el que está conmigo.

—Ah... —gimo, desorientada. Su lengua mojada y morbosa se atreve a frotarme la ingle—. Uh...

Da un paso más, la lamida es insoportable, no se detiene pese a que yo me estoy abrasando con su forma de seducirme. Me recuerdo, forzosamente, que esto es un juego y que la experiencia hará que entre Jesús y yo las cosas funcionen mejor.

—¿Puedo...? —Suspende la pregunta y yo asiento inmediatamente con la cabeza, y levanto el culo para que me quite el tanga—. Aisha... me pones tanto.

A mí también su atrevimiento, ojalá fuera Jesús el que lo tuviera.

—Fuera ropa interior —susurra. Me extraña que apenas me haya tocado al ir desnudándome—. Si empiezo no hay marcha atrás, estoy deseando tocarte.

Mi estómago se colma de anhelo y de impaciencia, acentuándose la fiebre interior. ¿Por qué su voz suena melancólica?

—No somos unos niños —le recuerdo, aún con los ojos cerrados y con la respiración acelerada. Me arde la cara por la vergüenza.— Adelante.

Iván me sujeta por los laterales de la cintura y percibo que se aproxima; siento su aliento muy cerca de mi vientre, sin llegar a mi monte de Venus.



Desliza la lengua, creando intensos círculos que me hacen delirar.

—¡Uh! —gimo, íntimamente.

Y me sorprende.

Él es atento como ha prometido. Tiene tacto al explorar mi piel en profundidad sin detenerse en ninguna parte en concreto, en ninguna zona sensible... pasando de largo, pero excitándome como si no lo hiciera. Sabe cómo tratar a una mujer y proporcionarle placer sin ni siquiera haberla penetrado.

Y me sorprendo.

Ahora sé que podré aceptar lo que Jesús ha consentido que le hiciera otra, porque yo estoy cayendo, sin pretenderlo, en el mismo error con Iván Lago.

## 5. Queriendo Más

Mi cabeza está dando vueltas, mi boca sofoca gemidos desbocados y mi cuerpo se retuerce inconscientemente, apretándome con desesperación contra su exigente boca que acaba de presionar mi clavícula.

—Ahora —dice.

Me atrevo a mirarlo y, concentrado en mis pechos, se acerca hasta posar su boca en el derecho. Me sacudo, noto su piercing rozándose con mi pezón, que suplica a gritos que lo chupe y lo muerda. Los tengo endurecidos, excitados.

En cuanto lo hace, yo me agarro a su cabeza, incitándolo a que me devore y enloquezca. Me lame el pezón, el contorno, rodeándolo en toda su plenitud. El calor se apodera de mi sexo y, desesperada, llevo mi mano a él, encerrándolo con mis piernas al doblarlas.

—Aisha —gime, buscando la conexión con mis ojos. Me sonrío. Mi corazón se acelera—. No sabes cuánto me gustan las mujeres decididas.

No digo nada, esto parece un coqueteo más allá y quizá fuera de lugar... Sin embargo, me gusta. Vuelve a bajar; esta vez coloca su mano sobre la mía, que encerrada en mi humedad, anhela una pronta liberación. Iván se propone ayudarme en las caricias y se deja guiar por mi ritmo mientras fricciono la palma de ésta contra mi clítoris. Grito, gimoteo inmersa en el placer, tocándome, dejándome hacer sin llegar a sentirlo directamente.

Sin dejar de apretar mi mano, vuelve a hacer prisioneros mis pechos de su codiciosa boca. Ya no es lento, ahora el compás es desesperado. Me siento

cada vez más empapada... y confundida.

Pero detiene mi fricción y despacio abre los pliegues de mis labios vaginales; con un dedo se introduce en mi interior vertiginosamente. Me vuelve loca, sobre todo al masturbarme con entradas rápidas y profundas. Mete otro dedo... y uno más.

—Dame un segundo —dice.

Quiero gritar, frustrada, ¡no!, ahora no puede parar. En seguida está aquí y me enseña un consolador, simple, rojo. No hablo porque me cuesta pronunciar palabra, mis cuerdas vocales se niegan. Pero sé que intuye que lo deseo dentro, ahora, sin tonterías, manteniendo el juego. Toca los botones y, con el sonido estrepitoso que produce, lo acerca al montículo de mi sexo. Me abre de nuevo para él, exponiéndome ante su hambrienta lujuria, y me lo introduce. Pego un salto y otro.

La vibración está al máximo y él lo acompaña chupándome la ingle, el muslo. Mete la mano por debajo de mi culo y desliza un dedo cerca de la abertura.

—No... —gimo.

Yo ya no creo soportar el calor que se ha arremolinado ahí.

Sus manos me acarician como si fuera su propio cuerpo. Las caderas, la cintura... donde se detiene dibujando líneas hasta que cruza mi vientre y me pone la piel de gallina. Su boca, sin piedad, insiste en derretirme por la posesión que desprende. Sube, asciende sin deleitarme con su lengua en mi clítoris. Sí en mis senos, mordéndolos y chupándolos, tirando de mis pezones sin control. Violentamente.

—No es justo... —gimo atormentada por dejarme llevar, pero me contraigo y aumento mi goce.

El vibrador me atraviesa dos, tres... hasta siete veces y a la octava me desplomo, alcanzando un arrollador orgasmo. Me convulsiono, dando golpes con los talones en la mesa por los fuertes espasmos. Él no retira el objeto sexual, me lo aprieta contra el botón de mi intimidad, vibrando sin cesar hasta que creo que perderé la razón.

—¡Ya! —grito desarmada terminando con el placer.

Me ha superado y no puedo negar cuánto he gozado, pero siento que me

falta algo. Echo de menos a Jesús... Al mirar a mi compañero de juego, Iván me estudia fijamente, sin retirarse de mi piel. Tampoco yo quiero que lo haga, que deje de tocarme. Me gusta su modo de acariciarme, de centrarse en mí y no en él. Suspirando, y dejando de resistirme, tiro de su cabello. Él cierra los ojos un segundo y, como una fiera, acude a mi encuentro.

Me fundo en su boca, exigiéndole que me bese y me haga olvidar. Su lengua viene directa y choca contra la mía, me saborea sin compasión, ansioso, batallando en un juego apasionado y sensual.

Su piercing me roza, me raspa y me provoca. Paseo mis manos por su cuerpo, que aún está cubierto por sus prendas; me lo imagino desnudo, entero para mí. Debido a este manoseo, me sorprendo al oír sus gemidos mezclados con los míos.

—Tócame así —clama en mi boca—. ¿Te gusta?

Tocarlo me ha gustado demasiado y, jadeante, asiento con la cabeza.

—Estoy enloqueciendo por entrar en ti. Eres más de lo que esperé.

Mi sangre vuelve a calentarse. Mi hinchado sexo pide a chillidos, traicionándome, que sea así, no por él, sino por el hombre al que tengo clavado en la cabeza y que no se acuerda de mí mientras grita con otra.

—Entrégate —ordena.

Sin voz, e intranquila, abro las piernas, concediéndole que lo haga. Quiero ofrecerme y agotarme hasta abandonarme.

—Nos queda media hora —me recuerda. Inexplicablemente, experimento un sentimiento de contrariedad—. Me gustaría verte de espaldas.

Absorta en mi mente, me doy la vuelta y abro las piernas de la misma manera. Iván, que ya ha perdido la paciencia, empieza a quitarse con rapidez las prendas que cubren su espectacular cuerpo. Me maravillo al comprobar que tiene otro piercing en el pezón. Su vello guía mis ojos hacia su miembro, lo que me hace moverme impaciente.

Me pierdo en esa zona...

Y aunque todo sea tan forzado, es innegable que es tan magistral como lo imagino en los roces, como Jesús... Peor aún es cuando se pone el preservativo, tocándose desde el glande, que le brilla, hasta el final, dilatando el segundo en el que termina de colocárselo e incitándome a que me vuelva

loca por su extrema sensualidad.

¡No me puedo creer que esté haciendo esto!

¡¡No me puedo creer que esté deseando a otro hombre!!

¡¡¡No me puedo creer que esté queriendo más!!!

Y mucho menos... que haya aceptado formar parte del juego.

—Voy a subirme —me avisa. Con un suspiro, asiento. Iván se coloca encima, con las piernas abiertas a cada lado de mi cuerpo. Su abultado pene está cerca de mi culo. Los dos gemimos y me susurra:

—La próxima y última vez que nos veamos, no pierdas el tiempo pensando en ellos. Te necesito sólo para mí.

Enreda las manos en mi pelo y me suelta la melena, delicadamente, deshaciendo mi trenza. Gimo, mucho, perdida. Una vez ha acabado, me echa el cabello hacia el otro lado y me besa la espalda. Mi vello se eriza, la sensación es enloquecedora.

Me sigue dedicando su atención... mimándome.

—Me iré con ganas de más, Aisha —confiesa, recorriéndome la columna. De pronto, sube y me chupa la nuca. ¡Dios mío!—. Y no querría perder otra oportunidad...

—¿Por qué la última? —Mi voz se pierde al tener que morderme los labios para no gritar. Me estoy desmoronando en la mesa con sus inhumanas caricias.

—Porque Sonia y yo tenemos reglas, jamás repetimos más de dos veces. Es peligroso.

—¿Sentimientos?

—Sí. —No dice nada más y con la mano derecha se abre paso en mi cavidad, tocando el inicio de mi interior. Mmm, cielos—. Quiero que sea el sábado que viene, y te aseguro que será una semana en la que pensaré en ti, sólo en ti y en lo que pasará.

«Calla, por favor.»

Aplasto mis pechos contra la madera, mi vientre, realzo el culo y él me empala desde atrás. Un grito atronador escapa de mi boca, extasiada por la invasión. Esto está muy mal... Se toma unos segundos, no profundiza rápidamente. Sube la temperatura por el momento previo al conectar con otra

persona, prolongándolo y fraguando que sea más intenso.

Me penetra, sale y vuelve de nuevo con suavidad, transmitiéndome unos sensibles espasmos. Se aferra al borde de la mesa, aplastando y acariciando mis dedos. Quiero gritar; estas muestras son tan tiernas que me superan. Resbala por mi cuerpo, su boca no me abandona, me muerde el lóbulo de la oreja y descubro cuánto me pone ese morboso gesto. Nuestras respiraciones contenidas son lo único que se oye, me besa el cuello y, sin esperarlo, hunde su boca en el hueco de mi garganta, saboreándose profundamente, imprimiendo vaporosos besos.

—Ah... —jadeo sorprendida.

Entrelaza nuestros dedos, juega con ellos y me besa delicado.

Reconozco que no imaginé un encuentro así... Sí más frío y seco. Uno que me hiciera sentir como una maldita zorra, pero nada de lo que estoy viviendo es lo que mi cabeza recreó en las noches de insomnio, temiendo esta unión.

Adoro las sensaciones que está experimentando mi cuerpo.

—Eres magnífica, me encantas —susurra, cosquilleando la sensible piel de mi cuello—, sé que me quedaré con muchas más ganas de ti... Así, Aisha... Muévete.

Su forma de entregarse en el sexo es pecaminosa, la postura al estar detrás me parece de lo más morbosa. Y sus piropos... no cesan, no se cansa de hacerme sentir deseada.

—Atrevida y nada tímida...

Me enciende y pido más al levantar las caderas y salir en busca de su penetración, que me llena, me embriaga con tanta pasión. Sus caricias lentas me derriten, ¿por qué Jesús no me trata así?

—Aisha... —gruñe.

—¿Q-Qué...?

Su voz es ronca, la mía apenas se oye. Gozo inconscientemente cuando su hombría se abre camino entre mis paredes vaginales, que ahora se contraen, necesitando otro orgasmo tan bestial como el anterior.

No quiero mirarlo a los ojos, lo prefiero detrás, sin tocarlo ni disfrutarlo directamente. Menos íntimo, más brusco y ¿cerdo...?

Ciñéndonos al juego.

—Me gustaría probar este despampanante trasero. —Se aprieta contra mí y añade jadeante—: Hoy, rápido.

La propuesta me tienta y ahora soy yo quien toma la iniciativa y se mueve con bestialidad, arrastrándolo conmigo a que me embista sin pudor. Su cabeza se levanta y su boca persigue el contacto con la mía, que le cedo entre gemidos. Nos besamos, nos buscamos en medio de esta locura. Me penetra, me envuelve y caemos sincronizados, juntos, devorándonos con desespero.

—¡Joder! —gruñe, convulsionando.

Lo sé... Algo pasa cuando me muerde el hombro. Me quedo sin saliva.

No puedo pero quiero más. Sin recuperarme, Iván me abandona y poco tiempo después vuelve a ocupar su lugar detrás de mí. Esta vez yo elevo mi cuerpo y me coloco a cuatro patas sobre la mesa.

—Eres un pecado, tan espléndida que me pones a mil. —Da un breve toque en mi culo—. Vaselina, tranquila.

Oh, Dios santo. Me la extiende, muy ligero. Sabe bien lo que hace. Termino agitándome. Calentándome. Su dedo fluye de arriba abajo, entre mis cachetes. No quiere dañarme. Está fría. Me alivia.

—Listo —dice.

Siento su caricia en la curva de mi espalda, en mi cuello, en mi despeinado y alocado pelo, con el que juguetea por segundos... «Me derrite.» Luego, sus manos se afianzan en mi cadera, para ir irrumpiendo con cuidado dentro de mí, por la hendidura de mi trasero. Me agito, saliendo al combate de aquella intrusión.

—Ah...

—Cielos —clama.

Dentro y fuera, rápido, como ha prometido. No me duele ni me pincha, desde que entra por primera vez me deja totalmente extasiada. No soy inexperta en el sexo, tampoco en esta postura, y sé muy bien cómo desenvolverme.

Soy consciente de que no nos queda tiempo y un ruido justo en frente me hace levantar la mirada. Jesús y Sonia están ahí, mirándonos sin hablar. Ella sonrío... En él, por primera vez, no sé qué veo, no logro descifrarlo. Iván, que

es más osado, me pone recta, empalándome por atrás y abre los pliegues de mi sexo para ellos e introduce dos dedos frente a ambos, mostrándoles el ardiente espectáculo. No quiero ver la cara de Jesús... y giro la mía.

«Jesús, 3 - Aisha, 1.»

—Eres especial —me sisea en el oído—. Quiero volver a tenerte.

Estoy en una nube, perdida.

¿Por qué pese al morbo es atento y cariñoso?

Su otra mano me coge un pecho, lo masajea y estira mi pezón para luego soltarlo. Pero como si quisiera desbordarme, coge el consolador, funcionando, y me da un latigazo justo en el centro de mi sexo.

¡Ah!, me pica, me duele, me gusta... ¡Otro!

—Ah... —jadeo.

«Castígame, sí.» Es cierto, me estoy portando mal, no debería estar echando de menos ya sus palabras, los besos en mi hombro, en mi cuello que se curva con voluntad propia y le da acceso a Iván.

«¿Qué haces, Aisha?»

Intento mantener la postura, no derretirme delante de mi marido, aunque se lo merezca por sus exhibiciones con otra. Pero me puede, hoy todo me ha superado y, con un colosal gemido, tras otro placentero latigazo me impulso hacia adelante. Caigo perdida en el tercer orgasmo de la noche. El grito de Iván con sus manos clavadas en mi cintura me pone la piel de gallina.

Cierro los ojos, percibo que se retira inmediatamente, dejándome vacía. Desbordada. Y aunque este juego lo ha iniciado Jesús, me da vergüenza mirarlo a la cara. Los minutos pasan con mi cuerpo temblando sobre la mesa, jadeando y refugiada en mí misma, necesitando de esta soledad que me bloquea tras lo que acaba de ocurrir.

—Amor —oigo a Jesús susurrarme al oído—. ¿Estás bien?

—Sí...

—Mírame.

Despacio, levanto la cabeza y entiendo que el silencio es porque estamos solos. ¿Tan rápido? Él me mira mostrando dos claros sentimientos, que navegan entre la preocupación y la admiración. Busco en mi interior, en el suyo, temerosa de lo que me encontraré ahora que ya todo ha pasado, ya que



se ha convertido en algo diferente a lo que esperaba. Me relajó cuando llegan las respuestas...

En mí no hay rencor, no hay nada de lo que sentí al verlo con Sonia dos horas atrás, porque he pecado como él. Soy culpable también, por ello experimento una sensación de suciedad en mi piel que me domina.

¿Jesús también lo siente?

—¿De verdad estás bien?

—Sí... —consigo decir.

—No me rehúyas, nada ha cambiado.

Apasionado, me besa los labios y confiesa:

—Nadie como tú me complementa en la cama. —Le sonrío, nerviosa—. No te puedo negar que lo he gozado, pero ahora sólo quiero hacerte el amor y disfrutar tras la escena que he visto. Me ha impactado... y gustado.

«Basta.» No hablo, no quiero tocar ese tema con él y le pido que me traiga algo para asearme, y me limpio la boca en cuanto se va. No tolero que dos hombres me hayan besado casi a la misma vez. Con tranquilidad, sale y entra otra vez. Sonriendo, me da una toalla húmeda y yo me limpio, con las manos aún temblando por lo que acaba de ocurrir.

Me cuesta digerirlo.

—Ya —balbuceo, únicamente con ganas de acostarme y descansar. Estoy en shock—. ¿Vamos a la cama?

Me sienta sobre la mesa y se baja el pantalón. Estoy a punto de detenerlo, ¿ahora me hará el amor tras habernos entregado a otras personas?

—Aisha, para eso hemos iniciado esta fantasía —me dice burlescamente—, para aumentar la pasión.

—Lo sé...

Sin ningún tipo de calentamiento preliminar, me atraviesa hasta que se clava en el fondo de mi interior sin tiento... detalle que me hace recordar lo cuidadoso y considerado que ha sido Iván, manteniendo la prioridad de mi placer por encima del suyo... a diferencia de Jesús.

## 6. Nuevo y Último Encuentro

Domingo, 4 de agosto de 2013

Me muevo en la cama, arrimándome allí donde suele dormir Jesús para frotarme con sus piernas, necesitada de él, pero no lo encuentro. Abro los ojos, irritándome por el sol que entra de pleno. Es complicado tenerlos abiertos debido a mi cansancio; aun así, miro a su lado.

Efectivamente, está vacío.

¿Qué hora es? ¡Las doce! Me he quedado dormida, pero bueno, qué más da... Es domingo. ¿Dónde se habrá metido? Malpensada, vinculo este hecho con lo de anoche. ¿Me estará rehuyendo?

—No, por favor —suplico.

Descalza y desnuda, salgo de la cama y asomo la cabeza al baño. Tampoco está. Me pongo un camisón fino, ya que a principios de agosto como estamos hace un calor insostenible. No se oye ningún ruido, me da la impresión de que ha salido. Al llegar abajo, veo su nota en el escritorio donde solemos dejar las llaves de los coches o los recados...

«He ido a casa de tus padres, tu hermano quiere mostrarme su nuevo coche. Te veo allí. Un beso.»

¡Estupendo! Yo preocupada por cómo voy a mirarlo a la cara tras lo de anoche, habiendo ya pasado unas horas, con el tiempo suficiente para analizar las cosas... y él tan relajado. ¿O es una coraza? No he dejado de pensar en cómo será mientras comamos y hablemos con normalidad, desquiciada por este primer amanecer tras poner sus fantasías en práctica, y él va y...

desaparece.

Entro en la cocina, abro la nevera, saco la leche y cojo un vaso. Me dejo caer en la silla y me como una magdalena tras mojarla. La sala principal sigue hecha una mierda, pues no recogí nada. ¿Qué pensará Iván de mí? ¿Y su novia de mi marido? Esto es un lío. Jesús me confirmó ayer que Iván le dijo que quería tener un último encuentro... ¿Pero querrá Jesús buscar a otra pareja cuando acabemos con la de ayer? Yo no pienso tirarme a diestro y siniestro por sus peculiares y tardíos gustos.

Si es verdad que me quiere, no comparto que me ofrezca como un trofeo. Lo de anoche sirvió para que él se diera cuenta de que conmigo no le falta de nada en la cama. O eso me hizo creer... Al hacer el amor, nada había cambiado en él; yo no podía quitarme de la cabeza que momentos atrás había estado con otro, que yo lo había visto acariciar y hacer suya a otra. Pero me callé y lo acepté, aunque sin gozarlo por toda la mierda que contenía y contiene mi cabeza. ¡Qué caos! Tengo un nudo en el pecho que me oprime.

Decido acabarme el desayuno, prepararme, ir a casa de mis padres y ver qué me encuentro allí. Me siento fría, pendiente de mis reacciones tras mi pequeña e intensa aventura, de la que no quiero revivir nada.

Por ello, me dispongo a recoger la casa, pasando de largo por la sala en la que sucedieron las cosas. Ni siquiera la miro de reojo... O sí, apenas me detengo en la puerta, con la mente puesta en la dichosa mesa. Casi puedo sentir el dolor del latigazo...

¡Vamos, date prisa!

Una hora después aparco mi moto en la acera. Veo que Jesús y mi hermano Saúl, el menor de los tres que somos, están acelerando el coche que se acaba de comprar... ¡Cómo le gusta derrochar! Jesús se da cuenta de mi presencia y le pide unos momentos a mi hermano, que me saluda con la mano, sin mostrar demasiado entusiasmo. Mi marido camina hacia mí. Me retuerzo los dedos, mientras guardo las llaves en el bolso y bloqueo mi inestabilidad emocional.

—Hola —susurra, tras besarme—. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

—Hoy comemos aquí, tu padre nos ha invitado.

Asiento sonriendo y lo miro a los ojos; en los suyos no hay nada inaudito, pero sé que los míos muestran pánico porque nuestra relación varíe algo tras el juego en el que nos hemos adentrado, del que no hay marcha atrás, pues no se puede borrar.

—Cariño —me dice, cogiéndome de la mano. El brillo de sus ojos es prudente. Su voz, cansada—. No seas dramática. No quiero verte así, necesito que goces y disfrutes recordando que luego yo, al recrearlo, te desearé más.

—Sí, lo sé... —digo y le beso el cuello—... pero me choca.

—No empieces, joder. Me haces sentir mal.

—Lo siento.—Reculo y me echa el brazo por el hombro.

Bajo la cabeza, sin concebir cómo para él no supone un choque emocional. Me quedo tocada... desestabilizada. Será porque Jesús siempre ha sido más fuerte. Me da una palmada en el culo y me abre la puerta de casa.

—Tu hermana tiene muchas ganas de verte. Ah... —recuerda de pronto—, y Bibi, que está dentro, también.

La cara me hierve de vergüenza, pensando en cómo me enfrentaré a su mirada indiscreta. «Suerte, Aisha.»

La tarde transcurre mejor de lo que esperaba; mi familia no ha percibido nada anormal, como es lógico, excepto Bibi. No nos quita ojo ni a Jesús ni a mí. Supongo que valora nuestro comportamiento al estar juntos y creo darle una buena impresión, la de siempre.

—¿Vamos a dar un paseo? —me pregunta Bibi, tocándose la cabeza—. Me va a estallar con los gritos de los niños.

—Yo me quedo con ellos —le dice mi madre. La quiere como a una hija—. Ya que en casa no me dan nietos...

¡Anda ya! Me hago la tonta. Mi hermana mayor, Eli, es soltera, y Saúl no piensa más que en rollos de una noche. Lo que me hace falta ahora a mí es tener pequeños por casa, con el lío en el que estamos.

—Desembucha —me pide mi amiga en cuanto estamos fuera—. Te conozco y tu mirada está... No sé ni describirla.

Le quito las patatas fritas con sabor a jamón que sujeta entre las manos y mastico sin ganas. Y eso que es un vicio para mí, pero hoy no me entra nada en el estómago. Todavía lo tengo pesado por obligarlo a soportar el arroz de

mi madre al comer sin apetito.

—Bibi... —empiezo—, lo vi con ella mientras se la tiraba y, luego, él a mí.

—¿Lo hiciste? —Me coge del brazo. Afirmo tranquilamente, simulando serenidad—. Oh, diablos... ¿Y qué tal?

—Pues... pues...

—Te dio bien. —Suelta una carcajada y la empuja. Ella no puede parar de reír y entre risas dice—: Eres mi ídolo.

—¿Tú estás tonta?

—Y todo bien con Jesús, por lo que veo.

La dejo a su bola, a que se descojone no sé de qué. Porque a mí no me hace ni puñetera gracia; si fuera al revés, yo sólo querría oírla y tratar de ayudarla, pero a veces es un poco burra. Finalmente se calla y al rato susurra:

—¿Estás bien?

Mi cuerpo se viene abajo y la sangre me abandona. Sí, ésta es mi mejor amiga, la madura. La que necesito al tocar este asunto tan delicado.

—Pues no lo sé, Bibi. —Bajo la voz—. Me he acostado con otro tío al que no conozco, uno que me ha dicho que se ha quedado con más ganas de mí y con el que...

—¡Qué fuerte! —articula, pestañeando—. Te ha encantado.

—¡No! Quiero decir... —titubeo—. A ver, ¡no me lés!

Me coge de la mano y nos sentamos cerca de la playa, que en Ibiza está hasta arriba de gente en estas fechas. Su cara se ensombrece sin disimular su confusión, contagiada por la mía. Sé perfectamente que con Bibiana no soy capaz de ocultar ningún secreto.

—Aisha... Esto os va a traer muchos problemas.

—Que no —digo segura—. El sábado será el último día que nos veamos.

—¿Que qué? ¿Vais a repetir? —requiere incrédula. Le sonrío, pero me tiemblan los labios, las manos y todo—. No lo hagas.

«Mi corazón me pide lo mismo.»

—¿Por qué? —pregunto, ocultándole mi pensamiento.

—Os podéis enganchar a ellos o a la situación. Me acabas de decir...

—Pero todo tiene su explicación —me excuso. Ella arquea la ceja

mientras busco la frase perfecta, para no meter la pata hasta el fondo—. Yo, en principio, no quería y perdimos mucho tiempo. Hasta que el despecho me pudo.

—¿El despecho? Esto lo aclaramos pero ya. Con dos preguntas. —Temo sus interrogatorios porque siempre son acertados—. ¿Quién de los dos terminó antes, tú o Jesús? Y orgasmos... ¿cuántos?

Me pone en un aprieto y lo sabe. A ella no sé mentirle. Somos vecinas desde niñas, íntimas amigas y nos lo contamos todo, hasta las mayores idioteces. Además, necesito desahogarme. Se me atascan las palabras. ¡No sé verlo con naturalidad, aunque mienta al querer intentarlo! Estoy hecha un lío. De los gordos.

—Jesús acabó antes, no le pregunté cómo le fue. Él a mí, sí... —murmuro abochornada—. Yo tuve tres orgasmos e Iván, dos.

Se calla, no dice nada y, de pronto, se echa las manos a la cabeza como ayer. ¿A qué conclusión ha llegado? A mí me va a dar algo, me estoy poniendo muy nerviosa con su silencio, sus muecas tan expresivas y su deslenguada boquita tan cerrada. No es bueno, lo sé.

—Bibi —mascullo entre dientes—. Dilo ya.

—Él tuvo dos y tú, tres, por lo que te regaló un orgasmo, y con Jesús te faltan porque es toma, dale y fuera. —Me levanta la barbilla y me mira a los ojos—. A ti te encantó.

—Bibi...

—Pero mucho.

¿Cómo decirle que no fueron los orgasmos? Jesús me los da con la misma intensidad; sin embargo, anoche valoré otras cosas muy necesarias en el sexo, por lo menos para mí; detalles imprescindibles que ayer no me faltaron. Los minutos previos a la penetración... No sólo fue su forma de tomarme, va más allá de un buen polvo o de la manera en la que se desarrolló.

—Fue... fue diferente —reconozco, metiéndome un puñado de patatas en la boca para ganar tiempo mientras Bibi espera impaciente—. Me acarició, me dijo cosas bonitas. Me mimó... Pero yo adoro a Jesús y ni siquiera eso que siempre le pido y no me da puede poner lo nuestro en peligro.

—Espero que sea así —murmura seria—. Me dolería mucho veros mal

por haber jugado con fuego.

—No nos quemaremos. —Me río, quitándole importancia—. Todo va a estar bien, nos queremos muchísimo.

Sábado, 10 de agosto de 2013

La semana pasa volando; voy por las mañanas a la playa con mi familia, ya que Jesús trabaja, y por las tardes imparto unas clases particulares. Con él las cosas han mejorado sorprendentemente; todas las noches me hace el amor, aunque de la misma manera... con prisas. Hemos avanzado un paso en positivo: últimamente sólo nos tocábamos una vez a la semana. «Venga, ánimo.»

Aquí estoy de nuevo, preparada. Hoy en la puerta de la casa de Iván porque somos sus invitados. Estoy más nerviosa de lo que pensaba. Ya no dudo sobre si todo esto vale la pena, tengo la seguridad de que sí, no únicamente porque Jesús me lo transmita, sino porque lo he notado más cercano; como ayer, cuando estuvimos en la playa...

—Cielo —me dijo. Estábamos tumbados en la arena, tomando el sol—. Cuidado con el biquini, parece que te queda un poco pequeño.

Me levanté las gafas, colocándomelas en la frente y le sonreí.

—Te quiero —susurré feliz por su ternura al avisarme—. Estás muy guapo.

—Eso ya lo sé. Bueno, cuéntame, ¿por qué hoy no has dado clases?

—Quería pasar un buen rato contigo —expliqué mimosa.

Se levantó y me besó con tanta pasión que aún me duelen los labios...

—Aisha, ¿me oyes? —Jesús me zarandea, aquí y ahora. Sacudo la cabeza, recordando que nos hallamos a punto de llamar a la puerta de Iván.

—Sí —respondo, dejando a un lado mis pensamientos—. Perdón.

Serio, dibuja una mueca llena de fastidio.

—Disfruta, es tu último día con él —me susurra.

Le quito una pestaña que se desliza por su nariz.

—Pide un deseo —musito. Se la pongo delante y espero a que sople.

—Listo. —Me sonrío—. Es un deseo contigo, espero que lo cumplas.

—Chis.

Lo silencio, ya que los deseos no se pueden contar o no se cumplen. En

medio de nuestra complicidad, la puerta se abre. Es Iván quien nos recibe. Va casual, nada sofisticado, con su coleta y una americana...

Sus ojos nos recorren, hasta que saca a pasear su perfecta y blanca sonrisa. Me retuerzo el vestido largo y blanco, estilo ibicenco, que llevo hoy. Voy conjuntada con Jesús. Otro capricho suyo.

—Bienvenidos —nos saluda Iván. Aprieta la mano de Jesús y a mí me da dos besos. Suaves, dulces. Suspiro—. Pasad, Sonia está en la zona de arriba. La de abajo —me señala—, es nuestra.

Confundida, miro a Jesús.

—¿Algo que contarme? —demando que me aclare.

—Hemos decidido que, al ser una despedida, cenemos por separado y el encuentro dure hasta mañana por la mañana.

Mi pulso se acelera, asustándome.

—¿Y cuándo se supone que debía saberlo yo? ¿Ahora? —le recrimino—. ¿No opino o qué? No es esto lo que hablamos.

—Cariño...

Me niego a que las manos de Jesús me toquen. Doy un paso atrás, sin mirar a Iván. No quiero saber ni qué cara habrá puesto ante mi rotunda negativa. ¡Es el colmo!

—Quiero irme —refunfuño, agarrando mi bolso con coraje—. No soy una muñeca a la que se le ordena y obedece.

—Sube —le dice Iván a mi marido. Lo miro indignada. ¿Qué se piensa? —. Yo me encargo.

Bufo.

—Aisha —lo ignora Jesús, llamándome—. ¿No quieres esto?

«Piénsalo bien», me digo. Lo del otro día no fue desagradable, sino todo lo contrario... y Jesús ha prometido que será la última vez que juguemos a probar si yo decido que así sea. Lo tengo decidido. Es el último día para que él cumpla sus fantasías...

¿Por qué no?

—Ve —contesto más calmada—. La próxima vez no olvides consultarme cualquier decisión.

Distingo que sus ojos resplandecen, ¿tantas ganas tiene de volver a ver a



Sonia? ¿Y por qué justo antes de entrar se ha puesto tan seco con el aspaviento? Otra vez el pellizco en el estómago; los celos que pinchan y acongojan me atraviesan con crueldad.

—Te quiero —murmura, besándome los labios. Me incomodo por la presencia de Iván. Al apartarse, éste está mirando al suelo—. Hasta mañana.

—Y yo... hasta mañana...

Jesús cruza la puerta y yo me quedo a solas con Iván.

Por fin me mira, inexpresivo, ausente. Como la vez anterior, estira su mano hacia mí, que hoy acepto sin dudar. No me planteo rechazarlo, no deseo hacerlo. Hoy, al tocarnos, un fuerte calambre nos sorprende; aun así, ninguno se retira. Sus ojos me buscan, los míos le rehúyen, temerosos de que descubra mis nervios al sentirme atraída por su forma de ser.

## 7. Perdiendo el Control

Con un leve empujón me acerca a su cuerpo. Gracias a los tacones, estamos casi a la misma altura. Lo detengo al colocar las manos en su pecho. Se tiene que frenar, no puede ser tan impulsivo porque no somos nada el uno del otro.

Aisha, no empecemos, por favor.

Trago con contrariedad y mis manos tiemblan al tocar su ardiente piel.

—Pasemos —le recuerdo, mirando a nuestro alrededor—. No es prudente.

—No me importa, ¿sabes por qué?

—No...

—Porque he tenido demasiadas ganas de verte. —Hoy su voz es incluso más ronca y las pecas de su nariz, muy marcadas. Mi pulso, más loco—. Te he preparado algo.

—¿Qué? —musito, permitiendo que me lleve de la mano.

La mía está sudando. La suya me aprieta con dominio.

Al llegar adentro, todo está desierto. Pero él no se detiene, sigue caminando y me percató de que no borra la sonrisa de su boca. Vaya... Un cosquilleo intenso e imponente me traspasa todo el cuerpo.

«¿Por qué?», me digo. ¿Y esto!? Joder, joder. Me encanta, me llena de alegría. Me siento en una nube rosa, de esas que sólo existen en los dibujos animados o en las películas empalagosas. «¿Qué piensas!?»

—¿Te gusta? —pregunta. No sé qué decir—. Sonia lo sabe, por supuesto.

Cada uno usamos lo que creemos conveniente para sorprender a nuestro acompañante.

—Lo has conseguido...

¿Qué le habrá preparado ella a Jesús? Oh, joder.

«¿Has visto esto, Aisha?»

Hay un enorme jacuzzi en el centro del jardín, que él ha decorado con flores blancas. Vino... Una cena con velas, sushi; mi comida favorita.

—¿Por qué lo haces? —Mi pregunta se apaga por la confusión.

—Mírame... Porque quiero que estés cómoda y que nos despedamos por todo lo alto —susurra, acercándose y apretándose contra él—. Ha sido una sorpresa conocerte, y no quiero dejar de verte sin que disfrutemos de todo lo que he fantaseado cada noche desde que te vi.

—Oye...

—Es un juego, por supuesto que lo sé. —Me besa el lóbulo de la oreja. Me estremezco en seguida—. Pero no quiero que te quedes en una fantasía... Quiero más, mucho más... esta noche.

Intenta besarme, pero pienso que no es el momento. No hemos iniciado el juego del sexo y este acercamiento lo entiendo de otra manera. Más personal y romántico. No debe suceder.

—Vale —me dice al entenderme. Me guía hacia la mesa y me ofrece sentarme al retirar mi silla. Halagada, me sitúo frente a la suya—. Mírame cuando te hablo, por favor —me recuerda. Lo intento—. ¿Cómo te ha ido la semana?

Lo observo a través de mis pestañas. ¿Esto es normal? Jesús no me lo pregunta nunca cuando llego a casa tras lidiar con niños.

—Trabajando por las tardes y descansando por las mañanas. —Me animo, sonriéndole—. Y tú, ¿muchos tatuajes?

—Días tranquilos, la verdad.

Vuelvo la cabeza hacia la derecha; arriba, la luz está encendida. ¿Qué estarán haciendo? Estoy más tranquila al tener claro que esta noche acaba la experiencia, pero no deja de inquietarme la situación. El que mi marido esté con otra... duele y crea un vacío en mi pecho.

—Juguetes sexuales —afirma de pronto, sirviendo la cena—. Eso están

experimentando hoy.

Joder, joder. Con los dedos, me golpeo la sien. ¡Nunca ha querido probarlos! «Eso es de sueltas», repetía cada vez que yo se lo proponía... Aunque le encantó que Iván utilizara un vibrador conmigo. La reflexión es clara: una señora en casa y una zorra en la cama. Zorra que él no me permite sacar a pasear... Por esa razón lo nuestro se convirtió en algo serio y con las demás se terminaba aburriendo.

Claro, ahora entiendo su frase de hace días. «Me encantó que él te diera con el vibrador», me confesó Jesús.

«Respira. Uno... dos... tres...»

—¿No te duele? —le pregunto e Iván niega, lejano—. Igual no debería contarte esto, pero la semana ha sido rara. Hay imágenes que no me quito de la cabeza.

—¿Cómo cuáles?

—Ella, él... tú, yo.

Pruebo el sushi, pero con los palillos se me da bastante mal y no atino. Termino exasperada, batallando con los dedos y con esos chismes que han inventado los chinos.

Iván se ríe y se coloca a mi lado. Me coge la mano, ayudándome a hacerlo bien. Me asalta un calambre.

—Así —me enseña.

—Lo he conseguido —digo contenta.

Vaya, he dejado incluso de contar. Iván logra despistarme.

—Entonces, ella, él... tú y yo —repite, cediéndome en la boca el trocito. Es tan sensual esto sin tocarnos...—. Sé que no te olvidaste de él, pero ¿no me deseaste un poco?

Camuflé mi escalofrío y tras tragar, no sin dificultad, confieso:

—Eres un hombre muy atractivo.

—Para otras, ¿no? —afirma a la defensiva.

—¿De verdad en esto se basa el juego? —Bebe vino y apoya la barbilla contra la palma de su mano, poniendo el codo en la mesa. Yo también dejo de comer—. Quiero decir, esto parece más una cita que un morboso encuentro. Tu actitud... y ellos...

—Soy diferente, me gusta darle su lugar a la mujer que vaya a compartir intimidad conmigo. Punto —explica y vuelve a beber vino, esta vez más lento. Sus ojos me transmiten tanta sinceridad que no me parece nada bueno—. Y siempre lo dejo claro al pactarlo; en este caso, Jesús, el machote de tu marido, sabía cómo actuaría contigo.

Pues es un idiota. Yo jamás habría aceptado al saber que otra le pudiera dar más magia que pasión, más caricias que placer. No me puedo callar lo que siento, considero que es una necesidad absoluta soltárselo. Que me lo aclare.

—Creo que la caballerosidad en los intercambios puede ser peligrosa.

—¿Por qué?

Se coloca más cerca. Adivino que mi pregunta le ha gustado; ahora su ceño es atrevido... lanzado. Su boca, juguetona, se abre y su lengua bordea sus dientes.

Aprieto las piernas, muy juntas.

—¿Ninguna se ha quedado enganchada a ti después de dos encuentros así? —susurro incómoda.

—¿Lo harías tú? —contraataca con la copa alzada.

La choco contra la mía y me la bebo como él.

—Yo estoy casada.

—Como la mayoría, o tienen pareja —aclara suavemente—. No todas están con un hombre que no las valora. —Me apunta con el dedo—. Tu caso.

—No es de tu incumbencia —le reprocho a la defensiva.

Me limpio la comisura de los labios con la servilleta y me quedo callada. Nuestra conversación va más allá de lo que en realidad debemos permitirnos. ¿Por qué todo me parece tan extraño?

Lo último que pensé cuando Jesús me propuso probar cosas nuevas era que estaría con otro hombre cenando bajo la luz de la luna, sin contacto sexual. Mucho menos que me escucharía y haría el intento de conocerme como persona.

¿Iván lo hace así con todas o con cada mujer su papel es diferente?

—¿El sexo con tu marido es bueno? —Desconcertada, asiento—. ¿Entonces...?

—Rápido, bestial. Pero sin experimentar —especifico sin reparos—. ¿Tú por qué buscas fuera lo que ella te puede dar?

Se le escapa una sonrisita y se desabrocha el primer botón de la camisa. Contemplo su pecho, fascinada por sus movimientos llenos de encanto, por el piercing que se le marca a través de la tela. Cuando vuelvo a sus ojos, él está concentrado en mi discreto escote.

Me desnuda con la mirada, me acaricia al arrastrarla y siento que mis pezones se endurecen. Carraspeo.

—El morbo, no caer en la rutina... supongo que somos perversos —chasquea, obedeciendo mi petición, y añade con susurros—: Necesitamos lo mismo que Jesús, algo que deberías aprender a su lado.

—Yo soy más pasional —afirmo con rotundidad—, pero él ha decidido empezar a probar con otras antes que conmigo.

Me levanto enfadada de mi propia afirmación, una verdad como un templo. Vuelvo a mirar hacia arriba; una sombra pasa de largo y se pierde. Termino sentándome al borde del jacuzzi, rozando el agua con los dedos. ¿Qué juguetes estarán probando?

Suspiro exhausta. Un momento, ¿música? Sí y viene de aquí mismo. Miro hacia la radio, a los colores que parpadean mientras la voz de David DeMaría entona el estribillo de Sin decirnos nada.<sup>[1]</sup> Me muerdo el labio, mirando fijamente a Iván.

—¿Bailamos? —me invita.

La mujer tierna y romántica que guardo internamente se adelanta y, en segundos, mi cuerpo y el suyo están soldados, buscándose. Nuestros dedos, entrelazados al igual que las miradas. Es tan fácil y natural compenetrarme con él.

—Te queda muy bien el blanco —me dice—. Resalta tu bronceado.

—Gracias...

—Y el cabello suelto te hace más camaleónica, ¿te lo has recortado un poco? Me pareció vértelo más largo.

Hundo los hombros y apoyo la frente en su pecho.

No me puedo creer esto. Hace unos días he saneado mis puntas, pero Jesús no se ha percatado de ese pequeño detalle... Y no me extraña, porque

es tan insignificante el cambio.

Voy a tener que pensar que me espía. No es lógico que un hombre se fije en esas cosas, ni siquiera yo me hubiese dado cuenta. Y gay, que yo sepa, no es. Me quiero reír, se me está yendo la olla.

La canción sigue envolviéndonos.

—Te conocí por casualidad —empieza cauto. Intensifica el agarre, apretándome contra su pecho. Lo huelo, sin tocarlo más de lo que debo. Quiero escucharlo; no sé por qué, sé que me va a sorprender—. Hace dos años estaba con Clara, mi última pareja estable, y era bastante asidua a visitar las webs de moda. Un día me pidió que le comprara unos zapatos de tacón que una chica promocionaba por Internet y me enseñó la imagen.

»Y aquella mujer eras tú. Me importaron una mierda los zapatos, no te quité ojo y, desde ese día, a escondidas, seguí todos tus movimientos, durante un año consecutivo. Reconozco que no me interesaban nada tus consejos de belleza, pero tú... tú llenabas mi pantalla. Me he tocado imaginándote. La tarde que dejé a Clara, porque la cosa no funcionaba, leí tu último post. En teoría te despedías por unas vacaciones, pero no volviste. No supe dónde buscarte ni qué coño me hiciste... Pero te quedaste en mi cabeza. Y el día que Jesús mostró tu foto, no me lo podía creer. Iba a tocarte, a fundirme en ti con dolor.

Mi cuerpo pierde cualquier movilidad. Me asusto; es el evidente mensaje de una persona obsesionada con otra. No recuerdo que nadie me acosara a través de la web, aunque también es cierto no había datos míos. Sólo un relativo seudónimo: la diva de Aisha.

—Tranquila, jamás te haría daño —susurra contra mi cabello—. Ahora yo tengo una vida, planes de futuro, y tú otra muy diferente a la que yo formé en mi cabeza.

—Las cosas cambian —susurro, trémula.

—No tiene por qué; cuando esto acabe, tú te olvidarás de lo que ha pasado.

—¿Y tú?

—¿Importa? Nunca haría nada que te perjudicara.

Esto complica las cosas y, admirando su sinceridad, le beso el pecho,

porque me inspira confianza. Jamás imaginé que pudiera provocar un sentimiento profundo a través de las fotografías que mostraba de mí misma; eran de todo tipo, eso sí, cada día subía una distinta.

—Y ahora, ¿puedo disfrutar de ti o me vas a privar de esta despedida?

Me acaricia el pelo, la espalda, y me obliga a mirarlo, rozando con su pulgar mi boca. Vuelvo a disfrazar la sensación de conmoción, la sacudida que quiere liberar mi cuerpo de una forma casi violenta.

Encuentro la verdad a través de sus ojos, la ansiedad de aplastarme y no dejarme escapar. Tengo miedo... reconozco que me da pavor el sentimiento de complicidad que existe entre los dos, la afinidad y el lazo que él creó, tiempo atrás, sin conocernos, y que se afianza con su confesión.

Temo no estar echando de menos a Jesús ni estar cuestionándome qué hace con Sonia. Son más fuertes las ganas que siento de entregarme a Iván, de acurrucarme en sus brazos después del apasionado encuentro que tengamos... Porque sé que lo hará, que actuará con esa ternura, y ahora sé el porqué, lo esperaba desde hace mucho...

Si es una obsesión o no, me da igual, porque estaré bien. Como también sé que me tranquilizará, y entonces mis temores se harán realidad, pero a la inversa: ya no se tratará de Jesús; por primera vez, hablo de mí.

Compararé lo que tengo en casa, en mi vida, con lo que podría llegar a tener.



## 8. La Despedida

—¿Vas a dejar de pensar? —pregunta, sin detener el movimiento de la yema de su dedo contra mi boca, ladeando la sonrisa—. No quiero que nada cambie esta noche, no quiero tener que imaginar lo que sí puedo hacer realidad. No me voy a atormentar, la vida me ha enseñado a conformarme con lo que tengo. Las horas, los días, los meses y años se van y no vuelven. Lo sé por experiencia y no pienso desperdiciar esta última oportunidad.

Mirándome a los ojos, se acerca a mis labios, que lo esperan con la necesidad de ser devorados... por su sinceridad, por el aprecio que siente hacia mí. Porque una parte de mí reconoce la amargura en su voz, aunque lo trate de disimular. Pero se contiene a pocos centímetros y niega picarón, entornando los ojos.

—Ven por él —me incita, metiéndome el dedo en la boca. Ensimismada en sus ojos y calentándome, lo chupo. Iván gime—. Me encantas, me has sorprendido aún más al demostrarme que no eres como las demás y...

Enrosco las manos en su cuello y me lanzo a por su boca. No quiero escuchar nada, me hace daño saber que se lo puedo hacer a él. Nuestros labios se amoldan en un instante, ansiosos, incapaces de no morderse, de soltarse. Giro en torno a su piercing y él me estimula, me incita todavía más.

—Aisha...

Me chupa desde el labio superior al inferior, cerca de la barbilla, por debajo de la nariz. Sus manos no son las del hombre paciente de la semana pasada. Por detrás, y a tientas, busca la cremallera de mi vestido y se dispone

a bajarla.

Hoy tampoco llevo sujetador. En cuanto él lo percibe al rozar mi espalda, se aparta. El vestido se desliza hasta mi cintura y mis senos se exhiben ante él. Duros, excitados. Me sonrojo como una adolescente, ya que ahora sé que lo que brilla en sus ojos es el anhelo, el deseo y la ansiedad.

—Tienes unos pezones preciosos, pequeños. —Me vuelve a besar, esta vez arrastrando la palma de su mano hasta que toca mi pecho. Me retuerzo—. ¿Te apetece un baño?

Asiento, perdiendo el control y arrancando los botones de su camisa sin abandonar su boca. Somos dos depredadores buscándose, desnudándose rápidamente, rivalizando con la lengua del otro.

Hay morbo, pasión, entrega.

Hoy no domino las ganas de acariciar su cuerpo, de sentirlo. Su olor nos envuelve mientras le desabrocho el pantalón con urgencia; huele divinamente, a un perfume tan intenso como lo es él.

Dejo de pensar al encontrarnos cara a cara, desnudos. Muero por esto, no sé por qué, pero lo necesito como si fuera algo muy mío. Iván se coloca rápidamente un preservativo y lo extiende gimiendo.

Está violento por su crecida erección.

Ninguno se atreve a dar el paso, pero de perdidos... al río. Me abalanzo hacia él, tirando de su brazo para que nos metamos en el jacuzzi.

—Mmm —gime cuando caemos. El agua está caliente.

Soy presa de su sabor, del hechizo de su boca, y no quiero soltarla. Cuando me doy cuenta, estoy sobre él, encima de sus rodillas... rozándome, notando su excitación. Me muerde la barbilla, reprimiéndose por el contacto que nos achicharra. No retrocedo; por el contrario, lo envuelvo con las piernas, ofreciéndome sin cuestionarme por qué lo hago.

—¿Qué te gustaría que te hiciera? —Cojo aire y me separo despacio, con reticencia de renunciar a su aroma, mirándolo a los ojos. Los suyos están cargados de erotismo—. Esta noche quiero cumplir tus fantasías.

—¿Por qué? —musito.

Me empuja hacia él, friccionando nuestros sexos. Me quedo sin respiración, tensa, reteniendo el gemido que termina soltando Iván.

—Para que no olvides que fui yo el primero que te sorprendió en un intercambio de parejas.

—No habrá más. —No dice nada y yo añado—: Y ya me has sorprendido. Mucho.

Curvando los labios, alarga la mano, descorcha una botella de champán y la derrama por mi boca, por mis senos. Me empapa hasta vaciarla por completo, mientras yo voy dando sorbos y mostrándome más coqueta.

—Eres increíble —gruñe.

Tira la botella vacía y ataca directo a mi cuello para hacer maravillas con su lengua. Me chupa, me besa. Me acaricia muy despacio al pasear sus labios de un extremo al otro. Pero lo peor llega cuando él vuelve a mostrarse atento, cariñoso, sorbiéndome por donde ha esparcido la bebida.

Sus mimos en mi cuerpo me hacen divagar, enloquecer. Sus hábiles manos me recorren poco a poco, por los muslos, el costado, bordeando mis pechos... atravesando el vértice que le lleva a mi intimidad, con su boca presionada en mi clavícula.

—Te deseo tanto, Aisha, que no podrías creerlo.

Mi humedad crece, propiciando que me tiemble el resto del cuerpo. Iván lo percibe y, con una carcajada que es música, me mira a los ojos, metiendo su mano entre los mechones de mi pelo.

Me echa agua por encima; no sé si ha creído que tengo frío porque mis vellos están de punta, pero no acierta el motivo, es por algo que no diré: por él. Me moja suavemente sin quitar su mirada de mí. Unas cosquillas me sorprenden frente a esto que él me da, que me arrastran al límite, a uno que no puedo traspasar.

—No puedo más, Aisha... Quiero que te sientas cómoda, pero me va a estallar todo si no entro ahora mismo en ti.

Me agarro al filo del jacuzzi; las burbujas empiezan a salir, a cubrirnos. Mi corazón se dispara y él da por hecho que quiero. Me sostiene por el culo y, con una mano, guía la mía hasta su miembro para que sea yo quien lo introduzca.

—Buf... —protesta.

Es la primera vez que lo toco. Descaradamente lo aferro; noto calambres,

fuertes emociones; también cómo su respiración se acelera. Lo acaricio y lo recorro con atrevimiento. La sensación es placentera. El mohín de su rostro me da las pistas necesarias para saber que le gusta lo que le hago. Presiono la punta y arqueo la espalda, metiéndolo dentro de mí. Grito, no soporto la tensión que se acumula dentro. Me abro para él, me dilato humedecida, tocando su estómago, su piel mojada.

—Acógeme, Aisha.

Prorrogo los segundos antes de ceder por completo, porque ahora tengo más miedo aún... pero me dejo ir, levantándome y balanceándome. La primera penetración es flexible, lenta.

Entonces empiezo a pensar que esto no puede continuar así, no se parece en nada a un encuentro como el que se pactó. Sin embargo, doy rienda suelta al morbo, que es lo que realmente hemos de hacer.

Me arqueo y no le doy opción a que me acaricie o me seduzca. Lo cabalgo, lo aprisiono. Me dedico a besarlo, chuparlo. Sin tocar su cuerpo piel contra piel, me lo prohíbo. Me muero de ganas, ya que aún no lo he hecho, pero si caigo... no podré parar. Mi pezón no cesa de rozar con el suyo, que está atravesado por el piercing. Me pone a mil y me froto hasta que me araña. Iván enloquece, deslizándose dentro de mí... con penetraciones profundas, duras.

—Aisha...

Me aplasta la cintura, el pelo. El chorro de agua nos refresca y me alivia, ya que sudamos, devorándonos. Los segundos corren y la pasión aumenta, el placer es grandioso. Me dejo llevar... no pienso en nada ni nadie.

—Esto es la puta gloria —aúlla.

Me pellizca los pezones, se sumerge en mis pechos y me eleva hasta donde no es capaz de imaginar, aumentando mi humedad, abriendo mi carne. El sexo es bueno como con Jesús, pero Iván... no deja de tocarme mientras me embiste ferozmente. Sigue haciendo atención, entrega.

Nada lo detiene; me pregunta si me gusta lo que me hace y yo callo. No soy capaz de confesarlo en voz alta. Me besa... empuja. Me besa... me acaricia. ¡¡Ah!! Ni siquiera puedo gritar, ha estrangulado mi voz al introducirse en mí tan irracional e inesperado.

—Aisha —gime, mordiéndome el cuello, estallando.

Lo sé... es imposible decir nada más. Yo se lo he pedido y me lo ha dado. Me coge la cara y me besa; no sé cuánto tiempo seguimos besándonos hasta que me sitúo en la posición anterior, arqueada, perversa y sensual. Estamos temblando, unidos al llegar al clímax.

—Apuesto a que, cuando tienes sexo oral con tu marido, él tiene que ir por delante de ti. —No contesto; sin embargo, es cierto. Su placer por encima del mío—. ¿Puedo?

No tengo voz, estoy cansada. El orgasmo ha sido extenso, largo, agudo. Mi boca preserva su sabor y sus brazos me rodean, sosteniéndome tras desintegrarme contra su pecho. Esto no está bien, pero no sé controlarlo.

—¿Aisha?

Se refiere a la pregunta que ha quedado en el aire. Vibro al imaginar cómo será el momento. «Hazlo.»

Me estoy comportando como una idiota; durante toda la semana pasada he tratado de obviar el anterior encuentro, éste que vendría... Y es que, de alguna manera, Iván ha calado en mí. Hoy he terminado por confirmarlo.

—¿Adónde vas? —pregunta inquieto.

Me he desprendido de él y voy de camino a una hamaca. Pienso frente a ella. Me dejo vencer. Con los ojos cerrados, me tumbo y me abro de piernas, le doy el acceso que exige, permitiéndole que me desarme. Con la mano en alto le pido que venga, con la respiración entrecortada.

—Madre mía... Aisha, joder —murmura.

Poco después, percibo su aliento entre mis muslos, el roce de sus hombros en ellos. Se prepara, ¿y este ruido?

—Chocolate —contesta.

El líquido se resbala, me abrasa. Me quema.

—¡Ah! —Convulsiono.

—Chis. —Sin contención, llega la primera lamida a mi monte de Venus. Me retuerzo arañándole el omóplato, permitiéndole que extienda mi fresca humedad con su lengua, mezclándola con el chocolate líquido.

Sus manos tiemblan ligeramente al posarse en mis senos, donde también extiende el oloroso y dulce cacao, recorriéndome sensualmente.

Su lengua entra y sale, me inflama, me empuja, pero se vuelve perezosa, ralentizando el placer. Mi agonía me puede y cierro las piernas, apretándolo contra mí. Su boca, contra mi sexo, no cede, rodeando el botón de mi sexo con su despiadada lengua. Mi clítoris ya no soporta la tensión y él lo absorbe. Me destroza. Me deja hecha pedazos.

Entonces, no hay más que mi grito desbocado, mi cuerpo agarrotado y su boca impregnándose hasta la última convulsión. Buf... Dios mío. Cierro los ojos; sin embargo, recuerdo que después de esto no habrá más...

—Ponte a mi lado —le pido débilmente.

Contra todo pronóstico, se arrastra sobre mi cuerpo. Lo tengo delante de mí, encima de mí. Me sonríe... y yo a él. Esto es tan íntimo, tan cercano. Estamos pringosos, el chocolate se nos funde en el cuerpo pegándonos aún más, sin espacios.

—No tienes que hacerlo por obligación —me susurra, rozándome con su nariz—. Nada de lo que suceda hoy quiero que sea premeditado, sólo que surja.

Mete su dedo en mi boca, empapado de chocolate, y juego como él, con mis ojos clavados en los suyos. Lo chupo, lo recorro. Me deleito con sus gemidos, con su mordida en el labio, con el temblor de su mandíbula.

—Cuidado —me dice y me hace encoger las piernas. Las flexiona hasta que mi culo está erguido. Coloco los tobillos en sus hombros y me atraviesa salvajemente—. Señor... sigue chupando.

Lo hago; chupo su dedo de la manera más cerda, transformando el momento en morbo, en locura y descontrol. Uno, dos... diez embestidas. Seguidas, a veces lánguidas, otras desgarradoras. Iván va más allá y se mueve en círculos, imponiéndose, abriendo mis pliegues.

Nos abrasamos como locos, revolcándonos. Me entrego, lo deseo. No quiero que pare, me gustan sus manos... sus besos... Todo.

El vaivén de sus caderas es preciso, audaz. Sigo sin acariciarlo.

—Ya, por favor —suplico.

Me penetra con menos fuerza. Temblamos y, con una colosal embestida, nos rompemos... En vez de retirarme, lo que me inspira es estrecharlo con mis piernas y mis manos. Besarle hasta que nos estabilicemos.

—Mira a tu derecha —murmura áspero, sin voz.

Sonia y Jesús están a nuestro lado, sobre otra hamaca; él tiene el control, situado sobre ella, y están follando como desquiciados. Su mirada y la mía se cruzan y él me sonríe; yo lo intento, pero los celos me machacan. Ella lo guía dentro una y otra vez, al mismo tiempo que grita y se mete un consolador verde con soltura. Mi marido casi convulsiona del gusto al ver cómo Sonia lo disfruta, con la vista nublada.

Opto por cerrar los ojos, no tolero lo que estoy sintiendo.

—Subamos mejor —oigo que dice Jesús, jadeando.

—Un momento... Oh, joder —exclama ella.

Ruido, pasos, respiraciones. Estoy tan cansada que me pesan los párpados. Estoy incómoda por la suciedad... pero no quiero desprenderme de Iván. Ahora me da tanta vergüenza haber llegado a esta situación...

—Descansa, Aisha... Ha sido un placer conocerte.

Domingo, 11 de agosto de 2013

—¡Aisha! —Me asusto por el grito de una voz que reconozco inmediatamente: Jesús. Su cara es aterradora. Está de pie delante de mí, imponente—. Vamos a casa —dice y me empuja por el brazo. No puedo salir con facilidad de donde estoy metida—. Venga, joder.

—Me estás lastimando.

—Sal, ya.

El sol me apunta a los ojos; intento moverme, pero estoy aplastada por otra piel que se pega a la mía como un imán. Descolocada, me encuentro con la escena. Iván me abraza y yo estoy acurrucada en su pecho. Como imaginé al entrar por la puerta de su casa. Estamos desnudos y cubiertos por una sábana blanca, fina. Llenos de chocolate. Ha llegado la hora de irme, la despedida.

«Adiós.»

Duerme plácidamente, con un semblante tranquilo, quizá radiante, como es él. Desprende positividad. Me inspira darle un beso, decirle que conocerlo ha sido increíble, que tenía razón: no podré olvidarlo, y que sí, que ha dejado huella en mi vida. Pero la situación me lo prohíbe y, fríamente, me suelto de él. Recojo mi vestido del suelo sin valor de enfrentarme a mi marido.

—Tenemos que hablar —suelta Jesús, zarandeándome hacia él. Rehúyo mirarlo—. ¿Qué significa lo que acabo de ver? Es sexo, juego. No lo olvides. No soy capaz de decirle que se me ha ido un poco de las manos.



## 9. Encuentros...

Ya en casa, y sin hablar durante todo el trayecto por lo enfurecido que está, nos sentamos en la sala. Intento coger sus manos, hacer menos desagradable esta charla. No sé por qué me siento tan culpable, él ha hecho lo mismo con otra y yo no quiero recriminarle nada. Ya todo ha terminado y con ello los problemas que nos pudiese haber acarreado.

Hoy nuestro estable hogar no parece el mismo, ni siquiera el de los últimos tiempos. No huele a familiaridad, nada es como antes. No hay sintonía, estamos desconectados, somos como dos extraños.

Hay tensión, celos, incomodidad en su mirada.

—¿Tienes algo que contarme? —empieza a decir cauto—. No me ha gustado nada verte abrazada por otro; no te confundas, Aisha. Sexo.

—Ya, lo tengo claro. No sé cómo terminamos así —miento, quitándome los zapatos—. La bebida, no sé... Lo importante es que todo ha terminado.

—Aisha...

Me congelo. Me cubro la cara, negándome a oírlo. Su voz es baja, suplicante. Me lleno de decepción, no quiero volver a ver a Iván, no puedo seguir jugando a este peligroso juego. Subo las piernas al sofá y me callo, esperando que hable. Que escupa más asquerosos caprichos de su boca.

—Con Sonia e Iván no, porque ellos no quieren... —aclara, besándome el hombro—... pero quiero más.

Con otros... De mano en mano. Me siento morir al imaginarlo.

—Me lo prometiste, dijiste que sería la última vez —le reprocho. Como

no habla, lo miro. Está fumando—. No quiero que me toquen más hombres...

Me sirve un vaso de zumo; no entiendo por qué piensa que eso me tranquilizará. Aun así, le doy el gusto y me lo bebo. Después, saco un caramelo del bolso, plasmando toda mi rabia en él al destrozarlo con los dientes.

—Lo nuestro va a decaer, Aisha. —Se sienta sobre la mesa, delante de mí—. Ahora podemos subir a nuestra habitación, contárnoslo todo. Fantasear con lo que vivimos anoche.

No suena a amenaza, pero me siento presionada. Temo que la rutina le afecte tanto que termine dejándome, cansándose y disfrutando con otras. Lo quiero tanto... Tanto que él no es capaz de imaginar cuánto daño me hace tener que ceder a sus fantasías.

Guardo reproches dentro, que me taladran la cabeza. Los juguetes sexuales, él y Sonia. Me gustaría gritarle a los cuatro vientos que se está portando egoístamente, ¡que pare ya!

Ante él soy frágil; me ruega con su mirada y ¿qué puedo hacer?

—Jesús —imploro y me echo hacia delante, apoyándome en su frente—. No permitas que otra te toque como yo, por favor, déjame sentirme especial.

—Eres mi mujer, cariño.

—Y no te basta... No entiendo tu manera de quererme.

—Tranquila —susurra—, es por nuestro bien.

Me da un sentido abrazo, uno que no cala en mí... y me deja sola en la sala. Ha conseguido su propósito y con ello le basta. No sé ni cómo he de sentirme. Mi marido no tiene suficiente conmigo.

«Jesús, 4 - Aisha, 1.»

Alcanzo mi bolso para mandarle un mensaje a mi hermana y cancelar nuestra cita... No tengo ánimos para hacer la tonta con ella y con Bibi, que seguramente aparecerá. Joder, ¿dónde está el puto móvil? Vacío el bolso, dejando caer los trastos que contiene en el suelo. ¡¿Qué es esto?! Dentro, mezclado con mis cosas, hay un trozo de papel arrugado, una nota, ¿cómo ha llegado aquí?

Mis manos tiemblan al leerla para mí misma.

No está bien, lo sé, pero, si algún día necesitas algo, llámame. En el dorso

te anoto mi número de teléfono. Ha sido un placer cada segundo que hemos compartido.

Iván Lago

Cierro los ojos, huelo la hoja. Me transporta a sus recuerdos. Doblo el papel, a punto de tirarlo. Mis dedos, aprisionándolo, se niegan a soltarlo, a destruirlo. ¿Será malo guardarlo como recuerdo?

Miércoles, 14 de agosto de 2013

Guardo la mermelada en el carro de la compra; voy a toda prisa, debo entrar a trabajar en media hora, pero Jesús, que tenía la tarde libre, me ha pedido que llenásemos la despensa. Está planeando hacer una fiesta, aunque, para ser sincera, no creo que sea el momento apropiado.

Hoy, aparentemente, estamos bien; sin embargo, tenemos que encontrarnos y estabilizarnos como pareja. Sólo hace tres días desde nuestra charla y me decanto por la paciencia.

—¿Cojo pan? —le pregunto, revisando la lista que he hecho antes de salir de casa.

«¡Qué mal escrita, con las prisas!»

—Joder, cielo, tienes pasta, gástala como quieras.

—Ya... ¿pero vas a comer pan? —insisto—. Porque para tirarlo no lo compro.

—Ay, qué complicada eres cariño.

No lo pienso, cargo el carro hasta arriba, a tomar por saco. A veces le cuesta entender que el dinero no es lo primordial en esta vida. En fin... Por lo menos seguimos siendo cómplices, estamos juntos. ¿Qué importa lo demás?

Sábado, 17 de agosto de 2013

—Él es Sergio. —Lo señala Jesús desde lejos y por lo bajo me susurra—: Disfruta, dos horas, ni una más. Te quiero.

—Y yo más. —Suspiro—. No lo olvides, por favor.

—Nunca.

Le permito que me bese y me pierdo al otro lado del local, junto a Sergio. Un hombre moreno, guapo y con el que me ha intercambiado Jesús... Él se va con Paola y, por dentro, muero de pena.

Sábado, 24 de agosto de 2013

Me cojo de la mano de Jesús, mientras recorremos el espacio del local al que hoy también hemos acudido. Al fondo hay una barra, con una pareja sentada en ella que bebe tranquilamente. Miro de soslayo a mi marido y él asiente. Llevo un vestido corto, según sus pautas; tacones, por supuesto, y el cabello suelto. Luzco un maquillaje bastante más llamativo del que suelo aplicarme. Pese a que me encanta la moda, hoy no estoy cómoda.

—¿Preparada? —Le digo que no, con una mueca llena de angustia—. ¿Vas a empezar de nuevo? Cariño, hace una semana que estuviste con Sergio y, fue tan interesante tu relato que me enciendo con sólo recordarlo.

—Lo siento... —me disculpo sin saber por qué.

—Venga, vamos. —Tira de mí y, sonriéndome, llegamos hasta nuestros acompañantes. Ambos sonrían y me saludan. Jesús me los presenta, pero mi cabeza está muy lejos de aquí—. Cielo, ¿me oyes?

—Claro —miento.

—Voy a por unas copas. Espérame aquí —me pide; sin embargo, no va solo. La chica que me acaba de presentar, y de la cual ni siquiera he oído su nombre, va con él.

—Hola —me susurra al oído una voz que me pone la carne de gallina. No tengo ni idea de quién es, pero me da repelús—. Tu marido afirma que quedaré muy satisfecho esta noche, ¿lo doy por válido?

—No lo sé —balbuceo.

Estoy tensa, pendiente de cualquier movimiento suyo. La música empieza a sonar y yo intento relajarme, no me acostumbro a esto. No es lo que quiero. No dejo de pensar si no es mejor perderlo todo que entrar en este juego que no me aporta nada, sólo sufrimiento... Por las noches apenas duermo.

He perdido dos kilos y Jesús no parece apreciarlo.

—Tienes unas piernas preciosas —insiste mi arrogante compañero y, como un pulpo, coloca la mano en mi muslo derecho. Doy un salto—. Tranquila, seré suave. O no... Jesús me ha dicho que te sabes adaptar.

—Supongo...

En esos momentos aparece mi marido con la chica; hablan con una sonrisa tonta. En cuanto él me ve, se coloca a mi lado y, sin ser brusco, le quita la mano al tipo de mi muslo. Yo cojo aire y me aferro a su cuello,

pegando mi frente a la suya, con el labio entre mis dientes.

—Jesús...

—Te quiero, cariño —murmura con voz profunda y me acaricia la mejilla. Me rompo—. Por favor, no seas así.

Asiento y, cogida de su mano, nos ponemos frente a la pareja. Pero mi cabeza sigue lejos y mi corazón dañado al sentir la ternura de mi marido en sus manos y, a la vez, su poca capacidad para cuidarme como necesito.

—¿No está muy callada tu mujer? —lanza el tío pesado.

—Ella es así de dulce y sumisa —presume Jesús y me echa el brazo por el hombro. Me acurruco en su garganta—. Es perfecta, ¿no la ves? Hace dos noches tuve una cena de empresa y deslumbró por encima de todas. Sobre todo por su elegancia y su silencio.

Sí, aún recuerdo su postura altiva, hablando de lo maravilloso que era nuestro matrimonio, sobre lo felices que éramos...

—Por aquí, cielo. —Me guio tras la cena, acercándome hacia un compañero suyo de trabajo y su mujer—. Hace calor, ¿eh?

—Sí —coincidió Alfredo—. ¿Cómo estáis? ¿Qué tal todo?

—Muy bien, posiblemente estas Navidades las pasemos lejos, solos. Ya sabes, un poco de intimidad. Disfrutar con mi mujer es lo que más me gusta —comentó altivo, aceptando la copa que nos ofrecía una camarera—. Estamos pensando en cambiar de casa.

Sorprendida lo miré y, con un discreto gesto, me mandó callar.

—¿Para ampliar la familia? —preguntó la mujer de su compañero.

—No, preferimos seguir disfrutando juntos y solos de los placeres de la vida. —Me dio un cariñoso beso en los labios que, aunque fuera una de sus escenas, me supo a gloria. Anhelaba eso—. ¿Bailamos, cariño?

Dije que sí sin hablar, con la estúpida sensación de que era un florero de adorno a su lado... Que no valía para nada...

—¿Mi vida? —Sacudo la cabeza y miro a Jesús—. Vamos.

Me siento morir en el momento en el que nuestros caminos se separan una vez más y he de irme con otra persona a la que no deseo, de quien no sé nada. Cuando llegamos al centro de la habitación y mi compañía me pide que me desnude, no lo postergo... porque ya quiero acabar con esto y, cuando sus

brazos me acogen, son puro hielo.

—Mi cuerpo apenas lo percibe, no hay calidez.

No sé cuánto tiempo transcurre mientras me ubico, pero cuando lo hago ya es demasiado tarde... Esto es tan repulsivo que me detesto más a mí que a él... por consentirlo.

—Ya, Jesús, por favor, no quiero más —imploro en apenas un siseo, contra su boca, mientras por detrás me embiste el tal José y mi marido toca a su Cristi—. Esto es demasiado...

—Chis... disfrútalo.

Reprimo las lágrimas y cedo a su placer. No quiero seguir en este mundo. La cama chirría por el peso de los cuatro. Las tres personas que me rodean gritan, jadean. José empuja, desgarrándome, y Cristi se arrodilla delante de Jesús. Se agacha y le da un sensual lametazo en la punta. Mi marido se retuerce, ella empieza a devorar su pene... Mío...

«¡Basta!»

Elaboro un rápido plan y me deshago de ambos, terminando esta especie de orgía que no estaba pactada. Ha sido una encerrona que Jesús se colara con la chica cuando mi juego había empezado.

—¿Qué haces? —me regaña.

—Sólo compartir —le recuerdo—. Por favor, cariño, no hablamos de orgías.

—Cristina —chasquea—, se acabó la diversión.

Bajo la mirada y, en silencio, se lo agradezco.

Lunes, 26 de agosto de 2013

—Hasta luego, chicos —me despido de mis alumnos, dejándolos con la última clase de la tarde—. Nos vemos mañana.

Es lunes, han pasado dos semanas bastante moviditas en ciertos aspectos y no tanto en otros. Ha transcurrido más de un mes y medio desde que acepté las condiciones de Jesús... He estado con dos hombres diferentes, aparte de Iván... Es decir, tres, más mi marido. Me doy asco. Iván... ¿Cómo estará?

«Qué más da, Aisha.»

Ahora estoy aquí, de camino a la cafetería donde he quedado con Jesús. Tengo algo que contarle y he decidido que sea en un lugar público, ya que

temo su reacción. Estoy hecha polvo, peor de lo que he estado jamás. Sólo yo tengo la culpa de que me esté sucediendo esto. Necesito contárselo a alguien, pero no puedo o ¿qué pensarán de mí? Ni siquiera Bibi sabe que he vuelto a hacer más intercambios de pareja. Este mes ha sido distinto, rozando mis límites.

Mi situación con Jesús ha mejorado de cara a ambos, le muestro lo mejor de mí, pero con respecto a lo que callo, ha decaído, empeorando o ya no sé cómo describirlo... La semana pasada vivimos una noche de pasión y desenfreno, devolviéndome el amor que me estaba negando.

Ocurrió algo que no esperaba...

—Te quiero tanto —me dijo, embistiéndome con dureza. Grité—. Vamos a planificar las vacaciones, otra luna de miel.

—Sí... —jadeé arqueándome—. Me encanta sentirte así.

—Cuéntame qué sientes cuando otros te tocan, caliéntame.

Se alejó y me penetró con una fuerza que me impactó; nuestras miradas se cruzaron y la suya traspasó mi alma. Algo se rompió en mi interior al llegar al esperado orgasmo. El deseo había disminuido, también el incesante placer, quedando sólo en algunos segundos vacíos.

Ya no veía al mismo hombre de antes. Mi veneración había desaparecido.

Sacudo la cabeza, alejando mis pensamientos y centrándome en la realidad, la cruel realidad que se presenta y que añade más problemas a este matrimonio que navega entre dos mares, sin rumbo cierto, con peligro de naufragar.

—Un té, por favor —pido al camarero, sentándome al lado de la ventana. Observo cómo pasea la gente a finales de este mes de agosto.

—Hola, cariño. —Me sobresalto, no me he percatado de la llegada de Jesús, que me besa la mejilla y deja su maletín en el asiento vacío—. ¿Qué sucede?

—He pedido un té, ¿quieres una cerveza?

—Venga —dice animado.

Se pone cómodo mientras yo voy y vengo de vuelta, a su lado... nerviosa. Me cruzo de piernas y lo miro; él levanta la ceja, exasperado por mi silencio. Me cuesta explicarme.

—¿Qué pasa, joder?

—Hace dos días que me tendría que haber venido el período —susurro con voz temblorosa. Su rictus se tensa. Se incorpora hacia delante, sobresaltado—. Estoy un poco preocupada...

—Dime que es una broma. —Niego, rechinando los dientes. ¡Que ni se le ocurra culparme!—. Aisha, ¿de quién demonios es? —Y baja la voz—. Conmigo usas protección.

—Con todos —énfasis molesta.

De pronto, se levanta y va hasta la barra, deposita dinero y viene a buscarme. El camarero, que trae nuestro pedido, se queda helado por lo rápido que transcurre todo y por la forma en la que Jesús me lleva hacia fuera.

—¿Qué haces? —lo increpo, queriendo soltarme pero sin conseguirlo—. Me vas a lastimar, joder.

—Súbete al coche, vamos a casa.

Le obedezco, aunque no es necesario, ya que estamos a dos pasos de nuestro hogar. Al llegar, su rostro se enciende, como el cigarro al que está prendiendo fuego. Se mantiene descompuesto y alarmado.

Me mira de arriba abajo, callado. Supongo que sin pensar nada bueno. Parece a punto de llorar y la decepción sobresale por encima de su apagada mirada.

—Aisha, lo siento... Si es positivo, te irás de casa.

—¿Q-Qué estás... diciendo?

—No lo pienso volver a repetir —zanja.

—¡Tenemos que hablar!

Dice que no con la cabeza, drástico.

Mis manos se aferran a mi vientre, incrédula de lo que estoy oyendo. «¿Realmente quieres esto?», me pregunto una vez más. Callar, soportarlo todo por mantenerlo a mi lado, fingir, desgarrándome de dolor en los encuentros sexuales con otras personas. He de estallar, no puedo más.

—¡Me estás paseando frente a otros, pidiéndome que me los tire en tu maldita cara para calentarte! —grito, lanzándole un cojín—. ¿Ahora me vienes con esta actitud? ¡Tú me has metido en esto!



—¿¡Qué pretendes que haga!?

—Dame tu apoyo, decirme que todo saldrá bien, aunque sea mentira.  
¡No dejarme sola con el problema!

—Ahora dime que no has disfrutado. —Tira el cigarro—. ¡Niégamelo!

—¡Eres un maldito imbécil!

Llena de rencor, lo dejo con la palabra en la boca y me marchó a mi habitación... la nuestra, donde ya no hay amor ni comprensión. Carece de todo eso con que la llenamos: ilusión, sentimientos sinceros y la esperanza con la que juramos que lo nuestro sería para toda la vida.

Espero que me siga, que me pida perdón, arrepentido. Pocos minutos después oigo cómo se cierra la puerta de casa, se ha ido... ¡Mierda!

Recuerdo su palabra: disfrutar. ¿Se le puede llamar así cuando lo hacía más por la necesidad de tenerlo contento? Con Sergio y José fue puro sexo, bueno, del que tengo con Jesús. Entregué mi cuerpo, no mis ganas. Fueron directos al grano, sin nada previo.

Ninguno me ha tratado como Iván... Iván. Con el único que sí disfruté... por su manera de tratarme, de seducirme... y me da tanta vergüenza el pensamiento como el hecho.

Voy al cajón y rebusco la hoja que me metió en el bolso semanas antes. La aplasto, la huelo, me quedo embobada mirando su elegante letra. Todos estos días me he acordado de él; sé que es una tontería, pero en ocasiones he imaginado que él también me recuerda. Fabulo con que se preocupa por cómo estaré, al igual que yo he hecho. Me siento tan sola... Incapaz de soportar el dolor que aplasta mi corazón, empiezo a llorar y le escribo.

«Hola... Igual no te acuerdas de mí, soy Aisha Romero...»

Los segundos y minutos pasan, yo tirada en mi cama, oliendo el perfume de mi marido, el hombre que debería estar aquí conmigo, calmando mi angustia, y que, por el contrario, me ha dado un ultimátum.

Cuando el móvil suena, lloro más.

«¿Cómo olvidarte? ¿Qué es de ti? ¿Necesitas algo?»

Mis dedos nerviosos escriben por mí.

«A alguien con quien hablar.»

Su respuesta no tarda en llegar.

«Ven a casa, estoy solo y no espero a nadie.»

«Uno, dos..., tres...», cuento mentalmente.

Respiro. Me he equivocado al contactar con él. Lo que menos necesito es que me utilicen en el sexo, no justo hoy. Necesito que me diga que nada malo va a suceder, que todo se va a arreglar. Que me mime como lo haría un amigo. Necesito estar a su lado sin la necesidad de que me bese...

Sin que me toque... que me haga replantearme cosas que no pueden ser.

Lo que quiero es no estremecerme con otro que no sea mi marido, eliminar esa sucia sensación de mi piel, que me acompaña desde que me marcó con su huella, tatuándome las heridas.

«Iván, sólo hablar. Nada más.»

Pero parece que la que se ha confundido soy yo.

«Lo sé, lo he entendido. Estoy esperándote. No tardes.»

Suspiro triste, desolada, secándome las solitarias lágrimas. Creo que llego a contar hasta diez y le mando una nota de voz.

«Ya salgo... Gracias por estar ahí.»

## 10. Mentiras

Me armo de valentía en la entrada de la casa de Iván, indecisa, valorando si estoy haciendo algo realmente malo. Son las nueve de la noche; a esta hora suelo preparar la cena o me estoy duchando mientras espero a Jesús. Y ahora estoy aquí, en un lugar muy diferente. «Lo necesito», me digo.

Antes de arrepentirme, toco la puerta dos veces. ¿Cómo será vernos en un encuentro tan distinto? Hoy los motivos son otros. No es sexo, no es morbo. Es necesidad, apoyo.

Al abrir, esboza su cálida sonrisa para mí. Mi corazón se acelera. Va de verde, de largo y con el cabello un poco despeinado. Descalzo. Casual. Atractivo. Pero él no es Jesús, el hombre al que yo adoro, no con la misma debilidad de antes, lo confieso, pero que sigue siendo el hombre de mi vida.

—Hola —me dice más ronco que de costumbre y me abre la puerta, invitándome a pasar—. La gente habla, sobre todo si es de noche.

Corro hacia dentro y me paro justo tras pasar la entrada. Él me rodea y, con un tierno pellizco, me tira de la mejilla. Hay melancolía en el gesto, contención. Me altero sin quererlo.

—¿Todo bien? —Niego, aguantando el tipo—. Estás preciosa.

—Iván...

—Anda, ven.

Me echa la mano por el hombro y me lleva con él a la sala. Mi cuerpo se estremece, su aroma me envuelve, haciéndome sentir cómoda, arropada. Ahora sé que he hecho bien en buscarlo, que él me tranquilizará como no ha

hecho el idiota de Jesús. Ahora sé que no terminaremos como no debemos, porque no es a él a quien amo, aunque me haya confundido un poco estos últimos días.

—¿Mejor? —pregunta al situarnos en el sofá. Me sonrío de nuevo, cálido —. Lloro si quieres, Aisha.

Me muerdo el labio, sin saber cómo empezar. «Lánzate.»

—He estado con tres hombres este mes, más Jesús —explico, conteniendo el llanto y mirando sus manos, que se atreven a acariciarme las rodillas desnudas, ya que llevo un short—. Y se me ha retrasado el período... Con todos he usado protección y no sé...

—¿Has seguido compartiendo? —me interrumpe bruscamente.

—Él me lo pidió —admito, cerrando los ojos. Las lágrimas fluyen lentamente—. Jesús me ha dicho que de ser positivo debo... debo irme de casa.

Se calla. Luego me recuerda con un tono más sutil:

—Podría ser suyo, de ser positivo.

—Ni lo ha valorado —reconozco y se me rompe la voz.

—Mírame. —Me niego. No quiero—. Tranquila, desahógate.

Noto que sus brazos me rodean y, con las uñas clavadas en su pecho, descargo mi llanto. Me duele, me duele muchísimo todo esto. Su ternura y paciencia logran sosegar me un poco. Nos quedamos callados, aferrados. Mientras, va depositando besos en mi pelo.

Me aprieta tanto contra su duro pecho que creo que me va a romper, pero no quiero que se detenga. Si lo hace me dañará incluso más. Lo necesito, buceo en su olor corporal, ése que no sé por qué reconozco tan bien. Oigo su descompasado corazón, noto sus suspiros inquietos.

—Mírame, Aisha.

Al separarme, él limpia mi cara. Me retira el pelo que se ha pegado a mis pómulos por la humedad del llanto. Me consuela, en cierta manera, con su forma de ser.

—No sé qué va a suceder, pero, si es mío, estoy aquí. —Abro mucho los ojos, sorprendida—. No te atormentes, veremos qué pasa. ¿Estás mejor?

Mi mente se ha quedado atascada con su primera respuesta.

—¿Lo harías de verdad?

En seguida sabe a qué me refiero.

—Sin duda alguna, sé asumir mis responsabilidades. —Veo que se va y a los pocos minutos vuelve con servilletas y una lata de cerveza—. Bebe, te hará bien para ese nudo que tienes en la garganta.

—Gracias, Iván... yo...

Lo miro.

Me mira.

Nos callamos mientras yo pienso si este hombre es real. Sus ojos me atrapan con su sinceridad, con su transparencia al mirar fijamente los míos, sin miedo. Sin secretos. Cuando estuve con Sergio y José, lo primero que dejaron claro era que, si surgía algún problema como éste, no querrían saber nada. Jesús dio por hecho que jamás sucedería y ahora Iván... No merezco su protección.

Aun así, he de admitir que me gusta mucho estar aquí.

—¿Y Sonia? —murmuro, mojándome los labios tras secarme el rostro. Por el lápiz de ojos, el pañuelo se ha manchado de color azul.

—No lo sé.

—¿No estáis...? —pregunto, doblando el papel.

Se sienta al filo del sofá y se hunde los dedos en el cabello. Lo percibo agobiado, diferente a lo que me ha mostrado de su personalidad hasta ahora. Cuando repara nuevamente en mí, corroboro que así es.

—Somos amigos, Aisha —confiesa a duras penas, sin rastro de humor. Frunzo el ceño—. Es un papel que nos marcamos, lo decidimos cuando conocemos a la pareja.

—¿Qué?

—Cuando Jesús nos dijo que estabais seguros de querer intercambiar, sin que yo supiera aún que se trataba de ti, Sonia y yo decidimos que daría más morbo fingir que éramos pareja... hablaríamos de nuestra convivencia y le daríamos más realismo... En otras ocasiones, en los intercambios, sólo somos amigos. —Baja la mirada—. O simplemente dos personas con ganas de sexo... Luego, por supuesto, no podía faltar a mi palabra al ver tu foto.

Me siento tonta, idiota. Bebo un poco más de cerveza para que me

despierte y me reanime. Tras sorber, me coloco el vaso entre las manos, dándole vueltas. No sé por qué, pero la sensación de que me ha mentido me desagrada muchísimo.

—Un juego —repito—. Un papel.

—Así es.

—Yo creí que...

Me callo, ¿qué más da? Él no es nada para mí, nadie en mi vida. Lo juzgué mal y punto; sin embargo, no puedo evitar la incomodidad. No quiero ni mirarlo a la cara. Él no se da por vencido y me la coge entre sus manos. Me acaricia los laterales del mentón, me roza con sus nudillos.

—Mírame cuando te hablo, por favor. —Lo intento—. Yo soy el mismo al que has conocido. Lo único que cambia es que Sonia sólo es una amiga con la que comparto el morbo, a veces, como has visto. Otras... —Asiento, se lían cuando les apetece—. Me impactaste y te lo hice saber. No obstante, mi intención nunca ha sido entrometerme en un matrimonio y tenía que formarme mi propio escenario, por mi bien.

—Ya... sentimientos. Protegerte de ellos.

—Me entiendes bien.

Sonríe y mi desilusión se evapora. ¿Por qué?

—Me gustas, Aisha, pero sé que no puede ser.

—Él es mi vida —musito, desviando la mirada y esquivando su declaración.

—Mírame cuando hablamos, por favor. —Hago justo todo lo contrario y oigo su risa acompañada de un suspiro—. ¿Has pensado alguna vez si es cierto que en algunas ocasiones ocurre algo cuando conoces por primera vez a una persona? No hablo de amor, eso es absurdo, pero sí de una atracción que te asusta. De una mierda que se clava en tu pecho y no sale.

—Iván...

—Aisha, me acuesto con distintas mujeres cada semana, pero al ver tu foto algo se despertó en mí. Tu sonrisa, tu sensualidad y naturalidad. —Me va a dar algo, no me atrevo a mirarlo. Iván me besa la nariz, la mejilla... Me agarroto—. Fuiste diferente a cualquier otra en nuestro primer encuentro. No venías dispuesta a follarme y largarte.

—Yo...

—Te deseé tanto mientras cenábamos frente a ellos que me impresionó. Creí que al estar contigo todo eso desaparecería. —Se calla y, entonces, lo miro. Está serio, valorando mis emociones—. Pero no fue así. Me quedé con ganas de más y dormir abrazado a ti fue... fascinante. Y despertar solo... En fin. Todo esto es una mierda, ¿lo sabes?

Me alejo un poco, temblando, y retiro sus manos de mi piel. Estoy a punto de ronronear como una gatita, adoro que me acaricie como lo ha hecho, por su forma de mimarme en tres contadas ocasiones que nos hemos visto. Tiene razón, algo surgió entre nosotros desde el primer día. Quizá de aquí podría salir una bonita amistad, porque yo jamás haría nada que lastimara a Jesús. Lo tengo claro.

—Eres tan cariñoso y caballeroso con las mujeres...

—Te vi como una relación más seria —continúa, obviando mi reflexión—. Odié que estuvieras casada y enamorada. Odié que la sonrisa tan expresiva de la fotografía que me enseñó tu marido al pactar fuera para él.

Impresionada, me levanto, canalizando lo que estoy sintiendo. Me ha contado las mentiras y ahora... En él hay verdad, de la que no se puede ocultar. En su voz rasgada hay fuego y en su rostro, expectación. En mi interior se descubre un miedo diferente, aterrador, que me grita que huya cuanto antes y no vuelva a verlo nunca.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Me acabas de decir... —No termino la frase.

—Sé cuál es mi lugar —afirma con contundencia—. Si necesitas dormir aquí, puedo irme a un hostel.

—¡No! —Casi sonrío—. Gracias, Iván, de verdad.

—¿Te llevo a casa?

Niego, acercándome, y le beso la mejilla. Sus ojos se cierran y sólo los abre cuando ya me he separado. Me tiemblan las piernas y el pulso de mi cuello me obstruye la garganta.

—Seguimos hablando, ¿vale? —Él me dice que sí con la cabeza, cogiendo mi vaso y tocando el borde—. Hasta pronto Iván.

—No dudes en llamarme cuando necesites una vía de escape.

—No...

—Ah —dice levantándose. Va al mueble y se acerca con algo en la mano. Es una pulsera simple, verde. Mi color favorito. Lo escruto muda—. Antes de quedarte dormida me dijiste que te encantaba este color y tus muñecas están muy vacías.

Me coge la mano derecha y me la pone; tras mirar cómo me queda, me besa la muñeca. Esto es demasiado. Es una pulsera llena de nudos y con mi nombre puesto en el centro. La acaricio anonadada.

—Avísame cuando llegues a tu casa, por favor.

Me da un beso en la frente y se sienta de nuevo en el sofá. Ahora es él quien me esquiva. Una parte de mí lo entiende. Es algo raro lo que nos sucede estando juntos. Y he de pararlo.

Pero al llegar a mi casa, en la que no hay nadie, me tiro en el sofá con el móvil y le escribo como me ha pedido... actuando contra mí misma.

«Ya estoy aquí. Gracias por todo.»

Me acurruco hacia la derecha, esperándolo.

«Bien. Ahora mi casa huele a ti, ¿cómo no recordar los momentos que vivimos en el jardín?»

Trago saliva. Es cierto, he estado allí y con la imperiosa necesidad de desahogarme, de refugiarme en alguien, he olvidado lo que compartimos, que no es poco. La forma en la que nos deseamos. ¡Estoy tan asustada!

«Eres muy especial, Iván.»

Oigo un ruido que proviene de arriba y leo el último mensaje.

«Ya... ahora me dirás lo típico: si te hubiera conocido en otro tiempo... o eres increíble, pero no para alguien como yo. Lástima que no compartamos la misma atracción. Has despertado grandes cosas en mí, que estaban muertas y olvidadas. Pero esto es así, una mierda que no tiene salida.»

Nerviosa, intento guardar el móvil pero me llega otro WhatsApp.

«¿Podemos hablar? Si aún estás sola, llámame. Es urgente.»

Bloqueo el teléfono y miro en dirección a las escaleras. Jesús baja y, por los movimientos tan ambiguos de su cuerpo, presiento que ha bebido. Tiene una maleta en la mano, la mirada vagando por la sala. ¿Se marcha? No tiene puesta la camisa ni los zapatos tampoco. En seguida me alarmo, me pongo de



pie y corro a su lado.

—No te vayas —le suplico, intentando tocarlo. Él me aleja y abre la puerta, colocando fuera el equipaje—. Jesús...

—Vete unos días. Necesito pensar.

¿La maleta es para mí?

—¿Me estás echando? —No me lo creo. Su comportamiento es surrealista. No lo conozco.

—Me duele mirarte y pensar que puedas estar...

—Esperemos tres o cuatro días para hacer una prueba —imploro con palabras atropelladas—. Es pronto, pero...

—Vete, te avisaré cuando me sienta preparado para afrontar las cosas.

¡Imbécil!

«Déjalo, que sufra y te eche de menos. Asústalo.»

—Hemos jugado a tu sucio juego —le reprocho, cogiendo la maleta—. Y lo estás jodiendo todo. Jesús, igual soy yo quien no quiere volver. Estás dejando mucho que desear con tu comportamiento.

Con estas palabras salgo de casa. Reconozco que me cuesta. Me siento en el escalón de la entrada, no sé qué rumbo tomar. Un cuarto de hora después, nada ha cambiado. Jesús no se ha arrepentido.

«Jesús, 5 - Aisha, 1.»

Me marcho hacia el garaje, coloco mis bultos y arranco la moto, pero ¿adónde voy a ir? Mi familia lo adora y si se enteran de nuestro distanciamiento se preguntarán por qué... No puedo explicarlo o seré la mujer más zorra que haya para ellos. Son convencionales, muy conservadores y un escándalo así no me lo perdonarían.

¿Voy a vivir toda la vida al son de los demás?

—Aisha... —Oigo un siseo. Confundida, miro a mi derecha. Veo a Iván en un coche, en un monovolumen negro, ¿qué? Me quedo paralizada—. Rápido, sube.

Desorientada y aún en estado de shock al verlo tan cerca de casa, echo a correr. Si en estos momentos Jesús abre, me verá. Eso hace que mi adrenalina suba por los aires. Arriesgando, me monto en el asiento del copiloto. Él no se pronuncia. Acelera, alejándose de donde nos pueden descubrir. Estoy

sudando, con los nervios a flor de piel. Me callo, mirándolo y esperando que me diga algo. ¿¡Qué es esto!?

—Jesús ha llamado a Sonia, al parecer no sabía con quién desahogarse. —El mundo se hunde bajo mis pies. Lo que tanto temía se ha cumplido: ha acudido a ella. ¿¡Por qué?!—. Eh, no, no.

—¡No, ¿qué?!

Aparca rápidamente, me sujeta las manos con las que me estoy golpeando las piernas, los cristales, su coche. ¡No puedo más...! Estoy luchando a contracorriente. A Iván lo que menos le preocupa es que destroe su vehículo, lo detiene y es por mí, por mi conmoción.

Sé que el modo de desahogarme no es el correcto, pero ¿qué más da?

—Ellos no han vuelto a tener nada, pero Jesús lloraba explicándole lo que estaba sucediendo, diciendo que no tenía a quién acudir... Le ha contado que te pediría tiempo y he pensando que podrías venir a casa. De ahí mi último mensaje, quería prevenirte —me aclara y me echa la mano por el hombro; yo me refugio en su pecho. Me dejo querer—. En cuanto Sonia me ha mandado el WhatsApp, he intentado decírtelo y, al no conseguirlo, me he visto obligado a venir. Me temía algo así de ese impresentable.

No lo contradigo, porque Jesús hoy es un desgraciado.

—Gracias, Iván, no sabes lo que significa para mí poder contar contigo.

—Ya basta, Aisha, basta —me susurra, deslizando su mano por mi brazo de arriba abajo. Entonces, con impotencia, recuerdo por qué estoy aquí.

Jesús me ha echado con una maleta en la que no sé qué llevo...

Se ha negado a prestarme su apoyo, su confianza...

No quiere estar a mi lado cuando la situación está peor...

Y aquí está Iván, afrontando una posible paternidad, lo cual no tiene sentido. Me espera para darme refugio, sentado a mi lado sin tener por qué hacerlo. «Esto me supera.» Acepto lo que me ofrece, ya no me puedo sentir más miserable, sola y destrozada. Mi matrimonio está haciendo aguas, estoy perdiendo a Jesús y no puedo hacer nada.

Cada segundo es él; en cualquier parte que me encuentre, está metido en mi cabeza, es una obsesión. ¿Tiene sentido querer de esta forma tan incondicional a una persona que te rechaza cuando le apetece?

—Todo se va a solucionar —masculla Iván, apretando sus labios en mi frente—. Chis, tranquila.

Sin saber por qué, confío en él.

## 11. Error

Con un excesivo silencio abordamos la puerta de su casa. Él se encarga de llevarme la maleta, de empujarme con suavidad hacia dentro. Hoy la noche es cálida; su sala, oscura. Mis piernas están torpes, sobrecargadas. Caigo en su sofá, sin hablar; parezco una zombi.

He de replantearme mi vida.

La actitud de Jesús me está sorprendiendo sobremanera. Él jamás ha actuado así. Estoy acostumbrada a ciertas imposiciones o «consejos», como los llama él. No a esto por lo que me está obligando a pasar. Únicamente le he pedido días para que afrontemos este posible problema, ya que aún no sabemos si lo es. ¿Y cómo actúa? ¡Me ha echado de casa! Quiero llorar, demasiado quizá para lo que él se merece. ¿Cómo ha podido ser tan cerdo? ¿Y por qué tengo que quererlo tanto?

¡No lo merece!

—¿Te apetece algo? —Oigo el murmullo de Iván. Niego sin mirarlo—. Voy a preparar la habitación de invitados, yo me iré a casa de mi hermana para que te sientas más cómoda.

—¡No! —grito levantándome. Él aguarda, callado, apoyado en el sofá con una mano. Está comedido, agobiado—. No vas a dejar tu casa porque yo esté aquí... No te causaré ningún problema, apenas sabrás que...

—Está bien. —Suspira y sonríe sin ser sincero—. ¿Quieres un café?

Giro la alianza en torno al dedo anular derecho, pensativa, y asiento.

—De acuerdo. —Cuando se va a ir, lo agarro por la camisa oscura que

lleva hoy. Su cara trata de disimular su malestar—. Gracias, Iván... Llamar a mi familia hubiera supuesto un drama.

—No pasa nada —dice esquivo, caminando hacia la cocina.

Me siento en el sofá, con las piernas encogidas debajo de mí. Juego con la pulsera que él me ha regalado. Me relaja, me produce cierta nostalgia. Estar en su casa supone para mí encontrar lo que le falta a la mía: tranquilidad.

Al cabo de unos minutos, Iván reaparece.

Me acompaña y enciende la televisión. Están pasando la comedia romántica *Con derecho a roce*. Tras soltar la taza en la mesa, se frota las manos e intenta animarme preguntándome:

—¿La has visto alguna vez? —Digo que sí, cogiendo el café—. Es divertida, ¿quieres verla y te despejas?

—Venga...

¿Cuánto hace que no comparto noche de pelis con Jesús? Tanto que ni me acuerdo... Me bebo el café, callando lo que estoy sintiendo por dentro, inhibiéndome de la película, a la que no le presto la suficiente atención, pero una carcajada de Iván me sobresalta y lo miro.

Su expresión es simpática, alegre. Ha variado con respecto a la de antes. Sin explicármelo, me contagia su actitud, y me animo a aprovechar esta paz para olvidar un poco lo que me está sucediendo en casa. Lo necesito.

—Puro sexo —entona con ironía—. Jugando con fuego. —No comento su reflexión, incómoda por el tema—. ¿Te apetecen unas palomitas?

—Vale —respondo riéndome. Me pierdo en sus ojos e inconscientemente se me escapa la frase que está pasando por mi mente—: Me gusta estar aquí.

Me acaricia la mejilla.

—Las puertas están abiertas para ti.

Agacho la cabeza porque en realidad no debería estar en la casa de un hombre con el que me he acostado, incluso formando parte de un pacto. La gente podría pensar cualquier cosa, aunque yo tengo claro que no sucederá nada entre nosotros. No ahora que ya no jugamos.

Por muy mal que esté la situación en mi casa, mis sentimientos hacia Jesús no han desaparecido; me ha decepcionado, eso sí, pero lo sigo queriendo. Así de estúpido es el amor cuando nos ciega.

Sin lugar a dudas, merece un escarmiento, que presienta que perderme no es lo que realmente quiere. En el fondo sé que me necesita como yo a él. O es lo que quiero creer.

—He vuelto. —¿En serio? Sí, las palomitas en la mano, en un bol azul oscuro pero transparente—. Y aquí estás, sin dejar de pensar en él, en ese cerdo que no merece nada... Estás muy enamorada, ¿verdad?

Me he delatado, ¿qué cara estaré poniendo?

Iván espera; hoy está reservado, camuflado tras una coraza. Suspiro, flaqueando con la urgencia de desahogarme.

—Sí, y me duele vernos así por iniciar algo que jamás debimos.

—No estabais preparados, no —dice más ronco de lo normal, ofreciéndome el bol—. ¿Cómo os conocisteis?

Me río sola, comiéndome una palomita y apoyándome de cara a él. Hay poca luz, el ambiente es relajado, parecemos dos amigos que se confiesan en medio de una noche en vela.

—Fue en verano... Jesús vino a pasar unos días a Ibiza y una tarde coincidimos en la playa. Yo estaba nadando y él se tiró al agua sin mirar y cayó sobre mí —recuerdo, melancólica—. Desde entonces no pudimos separarnos. Él regresó a Barcelona, pero mantuvimos el contacto y a los tres meses decidió venirse a vivir aquí.

—¿Por qué cambió todo?

—Porque dejamos de prestarnos atención; aunque nunca ha sido muy cariñoso, él lo abandonó todo por mí... Después, poco a poco, se fue desgastando la pareja. Me propuso probar y yo, por miedo a perderlo, acepté.

Se frota la barbilla, que hoy se ha afeitado. Está muy guapo y esa coleta me atrae de una forma... ¿Cómo será hundir las manos en su espeso cabello estando suelto?

Tras el silencio, susurra:

—Él dice estar mal, Sonia me lo ha contado sorprendida —chasquea.

—Y mírame, yo aquí y Jesús llamándola a ella. —Me entristezco—. Cero comunicación entre nosotros, buscando el consuelo de personas a las que conocimos hace tres semanas por un intercambio.

Los dos asentimos. Me están volviendo loca su callada por respuesta, el

no saber qué está pensando. Opto por no cuestionarlo, también yo preciso esconderme, no exponer cada uno de mis sentimientos.

Continuamos viendo la película. Una hora y media más tarde estamos riendo. Hemos devorado las palomitas hasta no dejar ni una. Ha sido inolvidable, graciosa la experiencia de verla con él.

—¿Quieres descansar?

—Por favor —le pido.

Apaga la televisión y me acompaña a mi habitación. Ya en la puerta, con un «gracias», sin voz, me despido de él hasta mañana, y cierro la puerta para que la noche acabe. Pero en seguida se abre.

—Si necesitas cualquier cosa... —deja caer. Asiento—. Mírame —insiste y lo miro con un suspiro—. Piensa bien las cosas, Aisha.

Doy un paso hacia él, pero Iván lo da hacia atrás con gesto agrio y se marcha, dejándome con la soledad que en realidad necesito o cometeré una torpeza, de la que luego me arrepentiré. Ahora sólo quiero dormir, que transcurra la noche... La mayor parte de ésta, la paso sumergida en mi pena, destrozada por no dormir en mi casa, con mi marido.

Martes, 27 de agosto de 2013

Cojo la maleta sin saber qué es lo que hay dentro. La cremallera se atasca y a trompicones consigo abrirla. Tres solitarias prendas: camisa, pantalón y braguitas. No hay nada más, ni maquillaje, ni desodorante.... Tampoco mi cepillo de dientes, que Jesús sabe que es imprescindible para mí por las mañanas.

Bajo un poco la persiana, ocultando el sol que arde sofocante. Me desnudo, pues he dormido vestida, y cruzo la habitación. El suelo de parqué está caliente, resbaladizo. Me doy una ducha fugaz, me atavío con la vestimenta informal y las deportivas. Bajo hasta el baño de la planta principal. La casa está silenciosa y supongo que Iván duerme o quizá ya se haya ido a trabajar. Son las diez de la mañana, ¿y si compruebo si está en su habitación?

Lo imagino dormido, con su cabello rubio revuelto, sus ojos sorprendidos al verme... ¡No, joder! Lo mío es liarla y complicar las cosas.

Me encierro en el baño; doy con un cepillo verde y, aunque no es mío, lo

utilizo para mi higiene. Espero que Iván no se lo tome mal, como una invasión a su intimidad. Al acabar y escupir con gárgaras, oigo un ruido a mi izquierda, ¿el agua de la bañera?

La cortina se abre un poco e Iván asoma la cabeza.

—Oh, lo siento, no sabía... —empiezo y acabo sin sentido. Iván me guiña un ojo, despreocupado. Está empapado, con el pelo alborotado. Muero—. Te he cogido prestado el cepillo y... lo siento, yo...

—En la cocina tienes el desayuno —dice como cualquier cosa. No suelta la cortina y la aferra con fuerza—. Buenos días, cariño.

«Cariño...» Niego sonriendo.

—Buenos días, Iván.

Me ordeno salir, pero mis piernas no me obedecen. Sigo embobada con su pelo suelto... con la fantasía de enterrar mis manos en él. El baño se llena de vapor, el espejo ya ni se ve.

—¿Necesitas algo? —se burla.

—Eh... no, qué va.

Salgo, llamándome gilipollas, y voy directa a la cocina. Pero sigo sonriendo. Hay bollos y café preparado. Este hombre es una caja de sorpresas. Me halaga que me trate con tanta caballerosidad. Cuando empiezo a probar bocado, una exquisita palmera de chocolate que tiene una pinta que se me cae la baba, suena mi teléfono.

Corriendo, lo saco del bolsillo trasero del pantalón. Con el corazón a mil por hora, espero que sea Jesús, ya que no se ha dignado a preguntar dónde estoy ni si me encuentro sana y salva, lo que me ha hecho cuestionarme su extraña manera de quererme.

¡No!, no es él, es Bibi. ¡Mierda! Ella me conoce como nadie. Afino la voz, simulo normalidad y, disfrazando mi tono lastimero, respondo.

—Dime.

—¿Dónde estás? —pregunta alterada—. Tu madre y yo estamos en la puerta de tu casa, ¿no quedamos para ir a la playa?

Joder.

—Eh... sí, pero cambié de planes. Ayer me encontré con una amiga del colegio y pasaré la mañana con ella.



—¿Qué amiga? —me interroga e intuyo que sabe que miento.

—Una que tú no conoces... —Resopla. Ya sé lo que me quiere decir: «la conozco porque estábamos en la misma clase.» Aun así, sigo con la mentira piadosa—. Discúlpame con mi madre y dile que esta noche ceno con ella. Que como Jesús llegará tarde...

—Vale.

Me cuelga, detalle muy propio de ella si no quiere hablar más de la cuenta. A los pocos segundos me llega un mensaje suyo. ¡Lo sabía!

«A mí no me la das, sé que está pasando algo y quiero saberlo. Ahora no puedo hablar porque tengo aquí a tu madre. Te veo esta noche y ve preparándote, no intentes dejar nada en el tintero. Un beso.»

Lo tenía claro, Bibiana me lee a la perfección.

—¿No te gusta el desayuno?

¡Coño! Me asusto con la ronquera de Iván. Giro el asiento para verlo y me quedo helada. La jugosa palmera no sé dónde termina ni me importa. Aparece sin camisa, con el pelo chorreando y una toalla con la que se seca la nuca; cualquier movimiento suyo es como a cámara lenta, como la del típico chico buenorro de los anuncios de televisión. ¿Le arranco la toalla y le propongo ayudarlo?

«No desvaríes.»

Nerviosa, cojo una magdalena y se me atasca en la garganta. Este hombre es espectacular. Tanto por fuera como por dentro. Lo que más me sorprende es que continúa a lo suyo; me da la espalda y yo me pierdo en sus bien definidas líneas. No obstante, vuelve a sorprenderme, a hacer que esa inolvidable imagen quede en un segundo plano cuando me sirve unas tostadas calientes y luego me masajea el cuello. Ronroneo.

—¿Cómo estás hoy? —No sé ni qué decir. Me he quedado sin cuerdas vocales, las he perdido por alguna parte—. Aisha, sólo quiero relajarte, estás muy tensa. Disfruta del masaje.

Me olvido de todo y me dejo llevar por sus cuidados y sus mimos. ¿Por qué este hombre está solo? Cualquier mujer querría sentirse así diariamente. ¿Es una fachada? Hay gente que las utiliza para seducir y, después, si te he visto no me acuerdo. Sinceramente, no me imagino que Iván sea de tal

calaña. Uh... ¡Qué tirones en mi cuello! Me hago pedazos. ¡Qué bueno!

Ni siquiera en mis comienzos con Jesús tuve a un novio tan atento de mi ropa recién estrenada, de mi pelo, de mi bienestar y, mucho menos, de mi apetito. Cero piropos y, de masajes, nada de nada.

¡Oh! ¿Qué es esto? He notado que el vientre me ha dado un vuelco, percibiendo después algo que se derramaba... ¿Es posible? Me desprendo de Iván y salgo corriendo hacia el baño, sin avisarlo, por la felicidad que recorre mi cuerpo. Me bajo el pantalón al llegar.

¡Sí! Me ha venido la regla, una mancha, apenas nada. Le doy la bienvenida a lo que está por llegar. Por fin una buena noticia. Suspiro tapándome la nariz con las dos manos, como si estuviera rezando.

Pletórica.

—Oye, ¿estás...? —Iván se interrumpe.

Se encuentra conmigo, yo sentada en el retrete, semidesnuda ya que he bajado la parte inferior de mi vestimenta. Una gota de sudor brilla en su frente. En vez de irse, se queda en la entrada, mirándome. No me sale la voz. No tengo fuerza ni para gritarle que se vaya.

—Me alegro por ti, no por él —me lanza en medio de esta situación tan extraña—. ¿Te presto un bóxer?

—No me vendría mal —bromeo, cubriéndome cuanto puedo—. Gracias.

Me estudia durante lo que me parece una eternidad. Sus ojos se iluminan, encendiéndose. La sorpresa da paso a la lujuria y, como si no dependiera de él, se queda inmóvil, desnudándose con la mirada. Me hace el amor con ella. La respiración se me acelera. Estrangulo un gemido. Mi cuerpo recibe la caricia; sin tocarme es capaz de traspasarme... de alterarme.

Mis sentidos se alarman, contrayéndose. Analizo sus reacciones, los músculos de su pecho que se tensan también y, esa zona, a la que mis curiosos ojos llegan, se despierta grandiosamente.

—Iván...

Reaccionando, sale del trance y se va.

Buf... «Respira, Aisha.»

¿Ahora cómo me pongo en pie? Todavía estoy temblando. Me siento inestable al conseguir levantarme. Me deshago de toda la ropa, la doblo en el

filo del lavabo y decido darme otra ducha. Sentirme limpia. Corro la cortina para que, cuando él aparezca, no me vea y abro el grifo. El chorro de agua calma mi exaltación; eso sí, me sigue temblando todo por lo sucedido segundos antes.

—Ahí tienes el bóxer y... —Cierro los ojos—. Lo siento, Aisha, pero he de intentarlo.

Me giro para saber a qué viene la frase de Iván, pero, irracionalmente, se cuele en la bañera, íntegramente desnudo, y me estampa contra las losas húmedas del baño. ¡Ah! Nos miramos a los ojos, yo con el corazón en un puño. Quedo impactada por su atrevimiento, pero no lo empujo pese a que debería hacerlo. Ahora no estamos a la misma altura, no tengo tacones y he de levantar la cabeza para verlo bien.

—No puedo contenerme —murmura.

Sus manos se mueven, vienen hacia mí, avisándome con su lentitud, dándome la oportunidad de pararlo. Sus pecaminosos dedos se hunden en la carne de mi espalda y, rompiendo nuestra conexión visual, soltamos un jadeo. Me chupa el cuello, dejándome sin aliento.

Estática, siento que Iván arrastra sus labios sensualmente por mi hombro, acompañado por el chorro de agua que nos cubre.

—Reconóceme que con él ya nada es lo mismo. —Se me forma un nudo en la garganta. Baja su boca, chupa la parte inferior de mi pecho. Gimo—. He visto cómo me mirabas. Anoche te oí llorar... Empieza de nuevo.

—Iván...

—Es un cerdo, ¿qué más necesitas?

Lo mismo me pregunto yo. Quiero dar rienda suelta a esto, pero sé que luego me sentiré vacía. Me aprisiona, sus huesos me aplastan, me torturan. Aspiro y hundo los dedos en su pelo, como llevo deseando hacer todo este tiempo. Jadeo, masajeándolo.

—El peligro empieza cuando el juego termina —gime contra mi boca—. Y ya acabó, por eso esto es peligroso —añade, y sé que es así, pero no soy capaz de detenerlo—. Asume las consecuencias.

Enredo las dos manos cruzadas tras su nuca y me pego a su masculino torso. Su miembro me apunta y mi sexo lo ansía. Quiero más...

¡Espera! «¿En qué estás pensando, Aisha?»

Soy consciente de lo que está sucediendo y lo empujo, jadeante. Inspira hondo y yo me prohíbo contemplar su cuerpo, tocarlo como quisiera. En su mirada hay fuego; procuro que en la mía haya hielo.

—He de irme —murmuro, retirándolo y, sin ocultar mi desnudez, me seco y me pongo la ropa delante de él con movimientos torpes, incluyendo su ropa interior prestada—. No puede ser, Iván, estoy casada y... hoy mismo voy a arreglarlo con Jesús.

—¿Hasta cuándo?

—Basta ya.

—Me he dejado llevar.

—La culpa es mía —afirmo de espaldas a él. Oigo el crujido de sus nudillos—. No debí venir.

Oigo que sale de la ducha, que se coloca detrás de mí. Su aliento se mezcla en mi pelo, encogiéndome de deseo. Por el reflejo del espejo, puedo ver sólo su mano derecha, que se levanta y, tras cerrarla, vuelve a dejar caer. Se prohíbe acariciarme.

Vací mis pulmones. Si lo intenta de nuevo no sé qué será de mí.

—Aisha, no volverá a suceder.

—Lo sé... —Sin peinarme, me voy hacia la puerta del baño—. No, no volverá a suceder... porque no me volverás a ver. No voy a cometer un error que termine por destrozar mi matrimonio.

—Ya está roto.

Cierro la puerta de su casa y de mi vida.

## 12. Intentarlo de Nuevo

Cuando salgo huyendo de casa de Iván ni siquiera cojo mi maleta, lo único que me llevo es mi bolso, con las pertenencias justas: dinero, tarjetas y documentación. Pillo un taxi, agradecida de que él no me haya seguido y me dé mi espacio.

Durante el camino mi piel sigue sensible, sus besos marcándome. El conductor me habla y yo asiento, no lo escucho. ¿Qué camino tomar?

Poco después me encuentro en la puerta de mi casa, decidida a hablar con Jesús y explicarle que la pesadilla ha acabado. Llevamos muchos años enamorados, queriéndonos... Aún puede ser. Le pago al señor calvo que me trae. Rebusco en mi bolso la llave y la intento meter en la cerradura. ¿Qué le ocurre?

El manojito que llevo es el de nuestra vivienda, pero la llave no entra.

Me quedo mirando la puerta, sin dar crédito, sin querer creer lo que estoy pensando, pero no hay otra explicación. No me he equivocado, lo intento de nuevo y vuelvo a fallar. Jesús ha cambiado la cerradura y me ha dejado en la calle.

¿Qué voy a hacer con ese maldito estúpido? ¿Y con mi vida?

Horas más tarde, y tras haber cancelado mis clases fingiéndome enferma, ceno en casa de mis padres, con mis hermanos. Les hago saber que todo está como siempre, alguna que otra noche he cenado con ellos sin Jesús, así que todo parece normal. Pero cuando Bibi llama a la puerta y con una falsa excusa me arrastra hacia su casa, me derrumbo y se lo cuento todo,

aprovechando que sus pequeños ya duermen y que su marido está fuera.

Mi amiga no da crédito; yo, para ser sincera, tampoco. Oírlo es más duro de lo que me parecía antes de narrarlo.

—No me lo puedo creer —musita, horrorizada—. ¿Por qué no has venido a buscarme? Aisha... ¿por qué habéis seguido compartiendo? ¿Y si te hubieras quedado embarazada realmente?

—¡Ya, no me lo recuerdes!

Mi amiga no hace otra cosa que abrazarme, consolarme. Yo me descargo en su pecho, lo estoy pasando muy mal. Mi vida se ha desmoronado en poco más de un mes; todos mis planes de futuro con Jesús hoy se han esfumado, sin solución.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta contra mi pelo. Me encojo de hombros porque no lo sé—. Quédate en casa, no puedes estar sin nada, y mañana mismo hablamos con él.

—Es un puto cerdo, dejarme en la calle... y lo peor es que ni me ha llamado —confieso, levantando la cabeza y ahuyentando las lágrimas—. Aun así, si él quiere volver a intentarlo...

—Lo amas —termina la frase, con tristeza—. Necesitáis hablar, me duele verte así. No comparto nada lo que está haciendo contigo.

—Lo siento, no quería preocuparte...

—No seas tonta.

—¿Aisha? —No soy capaz de moverme al oír a Jesús; sin embargo, mi mirada lo busca con agonía en la puerta, inmovilizada de cuerpo. A su lado está Óscar, el marido de Bibi.

Está demacrado, fumando, lo que quiere decir que está ansioso. Lo miro, me duele. Me está arrastrando a la locura; mi empeño en seguir alimentando lo que construimos me mata.

Antes, cuando me besaba, yo veía las estrellas. Ahora... hay un veneno en medio que no nos permite progresar, convirtiendo este amor en hielo.

Mi amiga, que intuye mi frustración, trata de sujetarme por la muñeca; no se lo permito y corro hacia Jesús. Para enfrentarlo, sin huir o guardar lo que siento. Lo empujo a la calle y golpeo su pecho en el jardín de nuestros amigos.

—¿Cómo has podido? —le recrimino. Él me agarra, muy cerca de romperse. Lo sé, lo conozco—. Me estás tratando peor que a una cualquiera, dejándome fuera de mi casa, sin mis cosas, ¡sin ti!

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Por qué me tratas así? —Se me rompe la voz al mantener un tono bajo y por el dolor que está clavado en mi pecho, ahogándome—. ¿Por querer complacer a mi marido prestándome a sus sucios juegos?, ¿por permitir que otros me follaran en su cara?, ¿por luchar por salvar mi matrimonio? ¿En cuál he fallado, Jesús?

—Aisha...

—No estás siendo justo ni valoras lo mucho que te quiero —suelto, liberándome de sus prisioneras manos—. Me ha bajado el período.

Veo su asombro, la luz de esperanza que irradian sus ojos. La sombra de una llama que ¿aún sigue encendida?

—¿Por qué no me has llamado?

—He ido a casa —aclaro, con tono cortante—, y no he podido entrar y hablar con mi marido. No tienes ni puta idea del esfuerzo que he hecho para no ir a tu puesto de trabajo y avergonzarte delante de todos.

—Cariño —susurra y me empuja contra él, besándome desesperadamente—. Lo siento, lo siento mucho... ¿Dónde has estado?

—Da igual...

—Vuelve a casa.

¿Hasta cuándo? Intento tomar la decisión si dividir mi vida, volar o... pero mi fortaleza se derrumba. Me abrazo a su cuerpo, a sus brazos, a su pelo, borrando la quemazón que todavía perdura en mis dedos al acariciar a otro, entregándome sin reservas al beso... dolida y, a la vez, dispuesta a intentarlo.

—Dame una nueva oportunidad —suplica, acariciándome—. Sin intercambios, solos tú y yo. No debimos entrar en eso.

«Tarde te das cuenta.»

—¿Y si la menstruación...? —Callo la pregunta, porque su rigidez me ha dado la respuesta. Me destroza, pero aun así lo dejo pasar. Quiero intentarlo, son cinco años a su lado y lo adoro—. Llévame a casa, Jesús, quíereme, por favor. Como antes. Estás acabando conmigo...

Ya no hace falta que diga nada más: me coge en brazos y me lleva hasta nuestro coche. Entrelaza nuestras manos. Recuerdo el día que íbamos de camino al aeropuerto, en esta misma posición y locos con el largo viaje en el que estábamos a punto de embarcarnos.

¿Fuimos felices como yo me obligué a creer?

—Y niños, ¿te gustaría tener? —le pregunté. Encendí el aire acondicionado. El calor era insoportable.

—¿Para qué? No, nos arruinarán la vida y, a ti, la silueta.

—¡Jesús! —Lo empujé bromeando—. No digas tonterías.

—Es cierto, cielo. Mira mi cuñada... da asco.

Nos estuvimos riendo hasta que arqueó la ceja. Me quedé pillada y lo entendí cuando cogió mi mano y la metió dentro de su pantalón.

—Hazme el viaje más agradable, cariño.

Creo que lo conseguí.

Hoy me da repelús revivir la escena. Carecía de amor, de comprensión. ¿Es lo que hemos tenido? ¿Tanto me ha cegado mi desgarrador amor por él? A veces me pregunto qué pensé para contentarlo y caer tan bajo.

—Ya estamos aquí —susurra—, ¿cielo?

Tras el cristal se refleja su imagen. Le sonrío con tristeza y me ayuda a bajar del coche. Lo envuelvo con mis manos y él me captura, desesperado. Empieza a desnudarme antes de cruzar la puerta, desgarrándome la ropa.

Mi cabeza grita que lo detenga, no quiero un polvo.

Necesito una reconciliación bonita, romántica, llena de palabras preciosas, y que nos tumbemos abrazados, diciéndonos cuánto nos queremos, algo que no me da.

—Bésame, Aisha... calma esta ansiedad.

Me lanza en el sofá y, sin ni siquiera darse cuenta de que no son unas bragas lo que llevo puesto y de que hay una mancha en el bóxer por el período, tira la ropa interior por el aire y me embiste ferozmente, acunándome la cara para que lo mire a los ojos y descubra su deleite mientras trata de proporcionarme placer.

¡Un placer que no comparto!

¡¡Un placer que no encuentro!!



¡¡¡Un placer que no quiero!!!

Pero todo queda en eso... en un intento.

Al acabar, y sin una palabra de cariño, me lleva hasta la cama. Allí me vuelve a hacer sentir como un trozo de carne, comportándose como un maldito macho troglodita.

—Cabálgame, cielo —pide—. He echado de menos el sexo contigo.

Como si no estuviera aquí, me meneo a su antojo sin sentir ningún tipo de placer. Lo acojo, sin incendiarme, vencida por los acontecimientos. Ahora tengo el duro presentimiento de que nada volverá a ser igual entre nosotros, de que no lo es en este mismo instante y de que, quizá, no merezca la pena seguir destrozándome a diario por un hombre tan egoísta.

## 13. Otra Piel

Miércoles, 28 de agosto de 2013

«Aisha, soy Iván. ¿Podemos hablar?»

Jueves, 29 de agosto de 2013

«No puedo evitar sentirme un miserable por aprovecharme de la situación, sé que lo que hice no estuvo bien. Pero en los impulsos o deseos no se manda.»

Viernes, 30 de agosto de 2013

«Sólo dime si todo está bien y si tú estás bien... Necesito una respuesta por tu parte para acabar con esto.»

Sábado, 31 de agosto de 2013

«He hablado con Sonia y tampoco sabe nada de Jesús. Me tienes preocupado, no quiero seguir sin noticias tuyas.»

Domingo, 1 de septiembre de 2013

«No aguantaba más y hoy me he acercado por la playa. Te he visto, hablabas con una mujer; sigues preciosa, aunque triste.»

Lunes, 2 de septiembre de 2013

«¿Cómo te va en el trabajo? Te sienta bien el color crema, ¿tanto te cuesta mandarme un mensaje? No voy a dejar de enviártelos hasta que me respondas, aunque sea con un “déjame”.»

Martes, 3 de septiembre de 2013

«Hoy hace un mes que nos conocimos físicamente y, mírame, no he podido quitarte de mi cabeza. Sigues llevando mi pulsera, ¿acaso él no te ha

preguntado por qué la llevas puesta? Por supuesto que no, no te presta atención.»

Miércoles, 4 de septiembre de 2013

«Os he visto discutir en la puerta de tu casa. Me rindo, Aisha, no puedo estar así. Si necesitas algo, aquí estoy.»

Jueves, 19 de septiembre de 2013

Llego a casa tras una intensa jornada de trabajo, esta semana han empezado las clases y ahora mis turnos son dobles. Por las mañanas, en el colegio público como profesora de infantil, y por las tardes, impartiendo clases particulares a niños de primaria. Jesús ya está en casa, le doy un beso y él continúa mirando en el ordenador páginas de coches.

Lo dejo solo y me ducho, cansada, agobiada, disimulando mi malestar.

Me pongo un pijama típico de andar cómoda por casa, sin la intención de llamar su atención. Al bajar, preparo una ensalada como sé que le gusta y se la sirvo con una cariñosa sonrisa. Él cena con el portátil al lado, sin apartar la mirada de la pantalla. Me ignora durante la silenciosa cena que compartimos.

Mastico sin gana alguna, sirviéndonos vino para animarnos.

Me topo con más de lo mismo. Me como un plátano y, al acabar, recojo mi plato para luego sentarme en el sofá con una Coca-Cola en una mano y chucherías como antidepresivo en la otra.

Una hora más tarde se digna en sentarse a mi lado y me toca el tobillo.

—¿Qué te pasa? —me interroga con voz extraña, la misma que tiene desde que nos dimos una nueva oportunidad.

—Nada.

—Ay, cielo, tú y tus paranoias.

—Ya... Supongo que lo siento.

Pese a sus súplicas, las cosas siguen igual de mal. Me asegura que estamos bien, pero cada día a la vuelta del trabajo regresa como si le hubieran comido la cabeza y se pone en mi contra. Yo me esfuerzo por complacerlo en cualquier sentido y él se aleja sin darse cuenta. La situación entre nosotros es insostenible y lo manifiesta cuando los fines de semana se marcha de copas con los amigos, comportándose como el soltero que ya no es. Hace mucho que dejó de serlo y no se quiere dar cuenta. La última noche, hace cuatro

días, llegó borracho. Daba pena, aunque, para ser sincera, más pena me di yo.

Lo esperé en el sofá, preocupada y triste, releyendo los mensajes que Iván me enviaba, con la urgencia de contestarle, porque lo extraño, pero por respeto a Jesús no lo hice... incluso deseándolo desesperadamente con toda mi alma...

—¿No querías que fuera atento? —me preguntó tras su salida nocturna, cayendo sobre mí; sin embargo, yo me alejé—. ¿Por qué, Aisha?

—¿Dónde has estado?

—Da lo mismo, te sienta tan bien ese pijama que has estrenado hoy.

—¡Bah!! —grité y le di una bofetada que nos sorprendió a los dos. Juramos no faltarnos al respeto nunca, pero había rebasado mis límites—. ¡Tengo este pijama desde hace un mes, me lo regalaste tú y ni siquiera te acuerdas!

—Qué buen gusto tengo —balbuceó, tambaleándose.

—¡Que te den! —espeté, encerrándome luego para que no entrara en nuestra habitación.

Hoy han pasado cuatro días desde aquella noche; tratamos de arreglarlo al día siguiente, pero sólo es cariñoso cuando ha bebido más de la cuenta o justo antes de marcharse a trabajar. Sé que si investigo me encontraré con cosas que no me gustarán. Pero ya ni siquiera eso me preocupa. Estoy fría, helada con él.

—¿Estás segura de que no te pasa nada? —insiste cansino.

—Ya te lo he dicho. Me voy a la cama.

—Te acompaño —dice estirándose y se adelanta sin esperarme.

A esto no se le puede llamar pareja; me ignora cuando quiere, me arreglo más que antes y no me presta atención. El domingo, para ir a la playa, incluso me puse un diminuto bikini del que no hizo mención ni para bien ni para mal. Se pasa las horas muertas con sus cosas tras venir del trabajo, regalándome su tiempo por las noches, en la cama. Para salir o divertirnos, no dispone de huecos...

Y las vacaciones que me prometió, se le han olvidado. Aunque, para qué mentirnos, no tengo ganas de ir a ningún sitio con él en este estado. Me he desilusionado, el amor ya no late en mi corazón con tanta fuerza.

—Ven aquí, fiera —gime, lanzándome a la cama.

—Jesús...

—Chis.

Mi cuerpo se tensa, rechazando su toque, y cuando me besa experimento una sensación de vacío que me echa para atrás.

—Déjame verte.

Sus manos me desnudan, exponiéndome a él con las piernas abiertas, y su mirada se pierde ansiosa por fundirse en mí. Pero... oh... yo... yo... Parpadeo repetidas veces, pero sigo hallando lo mismo. Veo otros ojos, siento otro cuerpo. Deseo otra piel. Mi cabeza se llena de lagunas, otras imágenes quieren ocupar ese espacio esta noche.

Creo volverme loca.

En mi pecho se intensifica una ausencia que ya se me hace eterna.

Cariño... —gruñe.

—No —le pido, apartándolo de mí, casi temblando por la visión, por los sentimientos contradictorios que burbujan en mi interior—. No me encuentro bien...

—Tengo ganas, Aisha —insiste intentando colocarse encima—. Oye...

—Yo no —susurro trémula, dándole la espalda. Me cubro hasta la barbilla—. Buenas noches.

—¿Qué pasa?

—¡Nada...!

Cierro los ojos; necesito descansar pero no puedo dormir.

Jesús se queda sentado en la cama, intuyo que mirándome fijamente, preguntándose el porqué de mi rechazo y de mi mal carácter. A mí, la mirada de aquel otro me persigue, sus caricias y su sonrisa, la sensación de su pelo mojado escurriéndose por mi clavícula...

«¿Qué es esto, Aisha?

Al amanecer estoy sola; sus prendas, lanzadas por el suelo, esperan que yo las recoja como si fuera su chacha. No hago nada, no limpio. Me emperifollo para fastidiarlo. Maquillada y con unos preciosos tacones, desayuno en la terraza. Tengo frío, me siento helada. Se me cae la tostada con mantequilla debido a que Iván está frente a mí; sé que es una vil mentira. Sé

que es mi imaginación que busca el modo de acercarse a él. No renuncia a dejarme en libertad, se ha convertido en un pensamiento diario desde que no lo veo.

«Tienes que pasar página.»

Sin dejar de pensar, me presento en mi puesto de trabajo.

—Aisha —me llama Bibi, justo antes de sonar la sirena del colegio—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —miento, cogiendo a su hijo, mi alumno—. Luego hablamos.

—Sí... luego.

Huyo de sus preguntas, de esas que lleva intentando hacerme toda la semana. He tenido la tentación de llamar a mi amiga y confesarle que Iván me ha mandado unos mensajes preciosos, que mi pecho se inflamaba al leerlos y que me dolían las manos al no poder hacerlo.

Que mientras en casa tenía mierdas fuera me ofrecían flores.

¿Por qué me callo y no se lo cuento? Por miedo; una vez más soy cobarde, me asusta que ella le dé nombre a esto que yo trato de obviar, tratando de esconderme de mí misma. ¿Lo consigo? Seguramente no, quizá sólo lo cubra de manera superficial, al igual que el sol no se puede tapar con un dedo... Del corazón es difícil eliminar a personas que te marcan sin esperártelo. «Iván...»

Me dispongo a dar mis clases, a enternecerme con los niños, olvidándome de la asquerosa vida que tengo ahora en casa, la cual ya no me afecta de la misma manera. Me da pena; no obstante, ya no sufro igual.

A lo largo de la mañana tengo dos horas libres. Aprovecho para escuchar música, Vamos,<sup>[2]</sup> de Pastora Soler, mientras planeo el último juego de la mañana con los más pequeños.

—Aisha. —Levanto la mirada y veo a mi compañera Lena—. Pablito no se encuentra bien, su familia va a venir a recogerlo, ¿podrías cuidarlo mientras tanto? No tardarán en llegar.

—Claro, ven, cariño.

La letra de la canción avanza, haciéndome reflexionar.

Apago la música, suspirando y reconociendo la letra como algo muy

personal, ya que es justo lo que estoy sintiendo y viviendo en mi matrimonio. Pero aquí he de ser fuerte y lo intento. Me agacho frente a mi pequeño alumno y le sonrío, tocándole la frente.

—¿Qué te pasa, cielo?

—Me duele la barriga —se queja encogido. Lo rodeo con mis brazos y lo siento en mis rodillas.

—Y cuéntame —cuchicheo para entretenerlo—. ¿Quién vendrá por ti?

—El tito Iván.

Su nombre hace que me cosquillee el estómago, que se me contraiga y me tiemblen las manos, sin disimularlo. El niño me mira con la boca abierta. No me lo quito de la cabeza.

Doloroso fue cuando dejé de recibir sus mensajes, pero el peor martillazo vino concretamente anoche. Lo vi a él en un momento íntimo, percibí su olor, se coló en mi sueño. Me transportó a sus brazos, haciéndome sentir mujer, querida y adorada como en nuestros encuentros.

—Hola —saluda alguien. ¿Lo acabo de oír?

«Te estás obsesionando. ¡Qué tonta eres!»

Alzo la mirada poco a poco. Siento que me muero. No, no ha sido una alucinación ni una mala pasada de mi mente. La persona que está inmóvil en la puerta es Iván Lago, el hombre que me tiene confundida. Su sonrisa se congela al verme. La mía se ilumina, porque las cosquillas que me asaltan por la columna, hasta llegar a mi estómago, son interminables.

—¿Aisha?

—La misma —contesto, dándole normalidad al encuentro, escondiendo las sacudidas de mi cuerpo. Va de azul, con el pantalón vaquero rajado, guapo a rabiarse. Lleva un poco más de barba y el cabello suelto—. No sabía que...

—Ni yo. Marta es mi hermana y la madre de Pablo —aclara frente a mi incredulidad. No entra, no se acerca. Suelto a su sobrino, sin valor de ir a su encuentro—. Hola, campeón, ¿cómo estás?

—Quiero ir con mamá.

—Ella ya va de camino a tu casa, la has pillado en el trabajo. —Le hace cosquillas al pequeño y éste se parte de risa, aunque incómodo con la mano

en el vientre. También me río con ellos—. Aisha... gracias...

Me quedo embobada, abstraída en mi nube. Es él y está aquí.

—No hay por qué darlas —señalo sin más.

Iván coge de la mano a su sobrino y con la otra saca el teléfono móvil. Lo miro expectante, el pecho me cruje, ¿me está esquivando? No me extraña después de lo que sucedió el último día que nos vimos y de que haya ignorado cada uno de sus mensajes, asustada de caer en una tentación en la que no debo. Que me espicara, y que a mí no me asustara ese hecho, sino que, por el contrario, me enloqueciera, empezó a preocuparme. Creí que lo mejor era cortar por lo sano, no hablándole.

«Espabila.» Suena mi móvil. Lo observo a él.

—Te buscan —apunta picarón, arrancándome una risita. Joder, quiero correr y abrazarlo, lo he echado de menos.

—A ver quién es —digo. Le sigo el juego.

Es un mensaje suyo; Iván me sonríe desde el otro extremo, y mi pulso martillea con violencia. Esa simpatía suya empieza a ser mi debilidad.

«No he querido molestarte estas dos semanas pasadas, recuerda que estoy aquí. Estás preciosa, y triste también. Si me necesitas para hablar y desahogarte, sabes dónde encontrarme. Prometo no cruzar los límites.»

Intento disimular mi congoja, mis impulsos, mi absurdo sonrojo, y le respondo. Hoy sé que no quiero ignorarlo más, necesito a alguien que me entienda. A él. Que me dé la protección que me ofreció y sentí, abandonar esta soledad... Conservar su amistad, sin vernos, para no dañarnos, pero sin perder la comunicación.

Aunque sea sólo por mensajes.

«Gracias, Iván. Lo tendré en cuenta... ¿Cómo va todo?»

Al mirar hacia la puerta, él ha desaparecido sigilosamente, pero continúa mandándome mensajes el resto de la mañana, y de la tarde. Y yo le contesto con una sonrisa en los labios que no desaparece ni a tiros. Haberlo visto me hace afrontar el resto del día con mayor ilusión.

Al llegar a casa, me lanzo al sofá tras ponerme ropa cómoda y chateamos. Me doy cuenta de que estoy demasiado tonta y receptiva. Y de que lo he echado de menos, mucho más de lo que yo creía.



«Simplemente va... ¿Qué puedo esperar a partir de ahora, Aisha?»

Qué difícil es todo y con qué sencillez destroza mis barreras. Muy nerviosa, le mando la contestación. Tenemos prohibido vernos. Mi atadura a Jesús me lo impide... Porque ahora estoy más vulnerable en cuanto a Iván.

«Si tú quieres, seguiremos hablando, no quiero perderte. Me haces sentir comprendida, tienes la última palabra... Ha sido estupendo volver a verte y hablar contigo.»

La respuesta no tarda en llegar.

«¿Ciberamigos? Te lo repito una vez más: no sé por qué, pero sigo aquí.»

Jueves, 3 de octubre de 2013

«Hola, Iván. Perdón por no responder antes, acabo de llegar a casa. Mi día, como el de ayer, un poco estresante por todo. Ya sabes, los problemas no desaparecen. Sé que me dirás que todo irá bien... pero ahora no lo está. Cuéntame, ¿cómo quedó el tatuaje que tenías que acabar esta mañana?»

—¿Qué hay para cenar? —me pregunta Jesús, sobresaltándome. No lo he oído entrar en casa y, corriendo, guardo el móvil al final del sofá—. ¿Con quién hablas?

—Con... con Bibi.

Me observa, entrecierra los ojos. Me acusa con la mirada. Me crujo los dedos. «Uno, dos, tres...» ¿Me habrá notado algo raro? ¿Sabrá que le estoy mintiendo? «No tienes nada que ocultar, Aisha.»

En el fondo, sé que no es así... pues yo creí ver en mi marido otra piel, la del hombre con el que estoy hablando a escondidas desde hace semanas, desde que retomamos el contacto tras el inesperado reencuentro en el colegio. No es correcto, he de sentirme culpable, pero lo que me siento es sola. Infravalorada. Refugiarme en él me viene bien. No dejo de hacerme preguntas, claro.

Tampoco quiero oír las peligrosas respuestas.

—Voy a ducharme y cenamos —rompe el silencio finalmente. «Treinta.» Yo cojo aire—. Espero que hoy esté buena la cena, ayer se te quemó la carne y daba asco.

—Tranquilo —respondo con ironía—. Todo está en orden.

—Cada día te alejas más.

—Compartimos el mismo sentimiento —escupo—. Estamos empatados.

—Paso de discutir... A veces pienso que no vales nada.

—¡Ni tú!

Casi me asesina con la mirada y yo le lanzo un beso, irónica.

«Jesús, 5 - Aisha, 2.»

Ya ni me aprecia en casa. En realidad, en ese aspecto nunca lo ha hecho, pero antes no quería verlo. Tampoco me hace reír ya con sus chistes machistas, ni con sus bromas fuera de lugar.

La idea de no tener un hijo me desborda. Me encantaría ser madre, conocer a fondo el sentimiento que proporciona la maternidad. Adorar a un ser que nace de ti, sobre todo ahora que mi empatía hacia Pablo, mi alumno y sobrino de Iván, ha crecido.

El móvil... Compruebo de reojo que Jesús ha subido y lo saco de debajo de mis pies. Al leer el último WhatsApp, río bajito.

«El tatuaje era una mierda. Pero como todo un profesional, le he dicho que ha quedado brutal. Era un espanto. Con respecto a ti, tranquila cariño, todo irá bien. Con él o sin él. Ésa es tu decisión.»

Tecleo.

«Bueno, tú has hecho lo que te han pedido. Y con respecto a mí... Tengo que dejarte, él ha llegado. Hasta mañana. Un beso.»

Pasan dos extraños minutos en los que Iván no responde; la pantalla me chiva que está en línea, sin escribir. El tiempo se me agota, porque cuando Jesús baje no podré seguir con los mensajes, ya que es algo poco habitual en mí y tendría la mosca detrás de la oreja al verme pegada al teléfono. Lo debo estar haciendo bien, porque aún no me ha pillado en un renuncio. Me trago el chicle que mastico al leer la propuesta. «No debes. Di que no», me impongo.

«¿Te apetece quedar mañana? Es viernes y no entro hasta las doce a trabajar. Invéntate cualquier excusa en el curro y nos vemos un rato. Pasa de todo. La última vez, te lo prometo. ¿Acaso tú no tienes ganas de dejar de escribir por un puto día y contármelo todo a mí directamente? No te arrepentirás.»

Suspiro y me dejo caer hacia atrás. Me retuerzo en el sofá. Podría hacerlo, claro que sí. Lena me debe tres horas, justo las que me está pidiendo Iván.

Dentro de mí hay sentimientos confusos y necesito verlo, que estemos solos y no a través de una fría pantalla.

Necesito saber por qué, estando con mi propio marido, lo he visto a él.

Necesito saber por qué extraño sus piropos y atenciones.

Me da miedo, me preocupa el encuentro, pero no puedo negarme.

También quiero verlo, sólo verlo, una vez más y descubrir qué me pasa, analizar la forma en la que me atormento cuando se trata de Iván Lago. Aunque debo controlarme, hay límites que no debo cruzar, pese a que mañana descubra que lo necesito.

«La última... será la última», me repito sin cesar.

«De acuerdo... A las nueve de la mañana en tu casa. Espérame.»

## 14. Infiel

Viernes, 4 de octubre de 2013

—Hoy llegaré tarde —me avisa Jesús justo antes de que salgamos de casa para ir a nuestros respectivos trabajos... Yo «supuestamente»—. Cena con tus padres o con tus amigas, yo tengo trabajo. Ah...

—¿Sí? —pregunto, siguiéndole. Alcanzo mi maletín y el bolso y me llevo un café recién hecho a la boca. Necesito una buena carga de energía, no he dormido nada.

—Mañana me voy a Barcelona a ver a mi familia y volveré la próxima semana, el domingo por la noche. Sobre las once.

—¿Una semana completa? ¿Así, sin más? ¿Y el trabajo? —Salimos y él cierra la puerta. Me paro, pidiéndole explicaciones que no tiene. Bien. Saco mis conclusiones—. Bueno, ¿y yo? Vale, esa parte la entiendo. No estoy invitada...

Jesús se esfuerza por ser amable, veo sus intentos de ser suave. Finalmente, lo suelta y siento como si me lanzara un cubo de agua fría.

—Aisha, no nos engañemos. No estamos pasando nuestros mejores días y he pedido una semana libre en el banco, como soy el director... —explica egocéntrico—. La idea surgió ayer; hace tres noches que no me dejas tocarme y creo que necesitamos un poco de espacio.

«Que no lo dejo tocarme...»

Él no me echa de menos en otros aspectos que yo valoro más que un polvo desesperado. No creo que sea la forma de solucionar los problemas, sin

hablar y manteniendo sexo en cualquier parte de la casa, como dos cerdos, sin escrúpulos.

La idea le surgió ayer... ¿y no ha tenido tiempo para contármelo?

No, claro que no, estuvo muy ocupado decidiendo qué coche nuevo comprarse. Si pienso con claridad, aunque sea precipitado, decido que es lo mejor: distanciarnos y ver qué sucede esta semana.

—Bien —mascullo—. Estoy totalmente de acuerdo. Yo también necesito días para pensar las cosas, contigo lejos. De paso, mándale saludos a tu familia.

—Esta vez no tiene nada que ver con ellos.

—Ya...

Percibe la ironía en mi voz, lo sé, pero no la cuestiona, igual es que no le importa. En su familia nunca me han aceptado del todo, siempre me han culpado de distanciarlo de ellos, ya que dejó su vida allí para iniciar una aquí, conmigo.

—Hasta luego —me despido, preparando mi marcha y colocándome el casco de la moto. Él ya se ha subido a su coche y, con la ventanilla bajada, se pone las gafas de sol y se va—. Que tengas un buen día... —digo, pero nadie me oye.

De camino a casa de Iván, voy lo más lenta posible para asimilar que nos vamos a volver a ver y que esta vez las cosas están peor que nunca en casa. Él y su forma de tratarme me hacen imaginar cosas imposibles para una mujer casada como yo; aun así, nada me detiene y voy a buscarlo.

Quiero charlar con él, encontrar la paz que me da cuando estamos juntos, que me escuche y me haga reír. Que me llene de vida y de nuevas ilusiones. Lo siento como muy mío... Es un sentimiento que me cuesta entender. Hay tanta conexión simplemente cuando chateamos... Me pregunto si puede ser, si es posible que se forme algo tan grande a través de un frío teléfono, pero precisamente ahí encuentro lo que me falta en casa. Atención o un «buenos días...», «qué tal todo...», «estás preciosa...»

Miro su puerta mientras apago la moto. Antes de quitarme el casco, Iván abre. Hoy va de blanco, corto. Bien peinado, con coleta y sus musculosos brazos sin ocultar. Me fijo en lo extraño que es que no esté tatuado, teniendo

en cuenta que le encantan los tatuajes que él mismo plasma en otros cuerpos.

—¿Pasas? —me invita agarrotado.

Me bajo con cuidado, sin exponer demasiado mis piernas. Llevo un vestido ceñido de color gris, elegante y un recogido sencillo en el pelo para desempeñar mi serio papel como profesora.

Antes de volver a mirarlo, me invento un ejercicio de relajación, ya que algo en mi interior se está agitando. Llego a su lado, me da dos besos y me empuja con suavidad hacia dentro. Ahí nos quedamos frente a frente. Hoy no hay el abrazo de dos personas que están emocionadas por verse, pese a que lo estamos. Los dos sabemos que debemos contenernos, pues se nos está yendo de las manos.

Sus mensajes diarios son vitales para mí, se han convertido en una adicción, y si me faltan, la tristeza me embarga. No es bueno, aunque me niegue a reconocerlo.

—¿Qué te ocurre, Aisha?

Me coloca un rebelde mechón de pelo detrás de la oreja un rebelde mechón de pelo que se me ha soltado. Encojo los hombros.

—Has dormido poco, ¿verdad? —Parpadeo y asiento en silencio—. Tienes ojeras y bastante marcadas.

—Eres muy observador.

—¿Qué pasa contigo? —arroja con suavidad.

Sacudo la cabeza, dudando si ser o no tan directa nada más llegar. Aunque él conoce mi vida y mi día a día de sobra, no quiero aburrirlo.

—Ya no sé qué hacer.

—Yo lo tengo claro. —Me aprieta el hombro. No puedo evitar sentir cómo su tacto se funde en mi piel, debilitándome—. ¿Un zumo fresco en el jardín?

—Por favor.

Camino a su lado, ocultando mi asombro. Todo está preparado para el desayuno; la sombrilla nos protege del sol para que podamos aprovechar un agradable rato solos.

Me siento, esta vez a su lado, y pruebo una tostada con Nutella.

Iván me sigue, sonriéndome con esa sonrisa suya tan chispeante y

particular. Su cabello está más rubio, supongo que por lo mismo que el mío: el sol veraniego nos lo aclara un poco.

—¿Sabes si él ha vuelto a hablar con Sonia? —interrogo sin cautela—. Conmigo no habla, simplemente me dice dónde y con quién se va. Ni me pide opinión.

—No me consta que se haya puesto en contacto con ella.

Sus palabras logran tranquilizarme y continúo.

—Estoy evitando por todos los medios que mi familia se entere, pero Jesús mañana se va a Barcelona y lo hará sin mí.

Iván chasquea la lengua, negando.

—¿Estás segura de que te quiere? —Se limpia la boca con una servilleta y, al ver que no bebo, me acerca el zumo. Está exquisito, es natural. Apuesto a que lo ha hecho—. Según me cuentas, no parece esforzarse por arreglar lo vuestro. Promete hasta que la mete. ¿Te basta con eso?

Vaya, qué ejemplo tan acertado.

—No sé nada. Ya no sé qué creer —confieso sinceramente.

—¿Qué excusa has dado hoy?

—Mi compañera me debía horas... Y él, en fin...

—No lo sabe.

Afirmo, mirándolo.

—Tienes el pelo más largo —me dice. Vuelvo a asentir. Su mirada es intensa, tanto que me desarma—. Odio que tu sonrisa no brille como en aquella foto.

—No quiero hablar de ello.

Me incorporo para recoger los vasos y platos, Iván me acompaña y se coloca detrás. Me muerdo el labio, conteniendo el aliento. Se pega a mi espalda y hunde su nariz en mi nuca, sujetándose por la cintura. Inmerso en la cercanía, va deslizado las manos por mi vientre plano y baja hasta el abandonado triángulo de mi intimidad.

No sé ocultar un jadeo, el cual me delata, propiciando que él se pierda. Ya su mano recorre la cara interna de mi muslo, con la agonía de querer conquistar más.

—No puedo olvidarte, ¿lo sabes?

—Iván...

—La última —implora taladrándome los sentidos—, será la última vez que nos veamos.

Estoy a punto de negarme, hasta que suplica.

—Sólo hoy, me muero de ganas de estar contigo. Soy gilipollas, tendría que odiarte por lamer las heridas de otro... por no protegerme de ti...

Retiro la comida, me doy la vuelta y observo sus ojos. ¡Oh, Dios santo! Están tristes, irreconocibles. Le beso el derecho, el izquierdo. Sus párpados se aprietan y escupe un sonoro gruñido.

—Me has estado esquivando.

—Lo siento —murmuro.

—¿Realmente querías hacerlo?

—No.

—¿Entonces? —Me coge la mano y me la acaricia.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Por supuesto —dice y me presiona los dedos.

—Me confunde hablar contigo, me gusta y... Estoy casada... pero soy una mujer de carne y hueso. Estoy confundida, por él ya no siento lo mismo, pero no puedo equivocarme.

—Casada, no prisionera. Una pareja no se basa en que el hombre tenga el control de la relación, ¿cuándo puñetas os vais a dar cuenta? Él está haciendo lo que le da la gana, ¿y tú? Tú pasándolo mal.

—Eres cruel al decirme esto.

—Soy realista. Y mírame cuando te hablo, por favor. —Me acuna la cara atormentado—. No tienes por qué vivir encarcelada... Joder, Aisha. Puedes tenerlo todo, lo sabes.

—Basta.

Descansa su frente en la mía cerrando los ojos. Mi cuerpo se ablanda, se viene abajo. Yo también quisiera cerrarlos y bucear en otra realidad paralela.

—Dime, ¿no me has echado de menos? —pregunta con angustia—. Porque yo a ti mucho, y no es justo. También tengo corazón, uno que han dañado más de una vez como a la mayoría, pero ¿y qué? No por ello voy a cerrarme a nada. No quiero vivir teniendo miedos.



¡Joder! Claro que sí. Lo echo de menos, no debo pero así es, y me abandono como pide. Tiro de su melena y se la suelto, alborotándosela, sumergiéndome en ella. Nuestras bocas se mezclan, se reclaman y estallan. Me subo a horcajadas a su cintura y me apoya contra la mesa. Lentamente, baja la cremallera de mi vestido y, sin dejar de explorar cada rincón de mi piel, me lo quita. Una vez lo consigue, lo tira al suelo, girando su lengua en la mía, friccionando el piercing.

Ahora estoy expuesta frente a otro hombre que no es el mío.

—Iván —gimo al rozar mi pezón—. No me hagas esto.

—Tú también lo quieres. —Con el temblor delatando sus nervios, me tumba en la mesa y gruñe al observarme—. Me has marcado y te necesito como si fueras una droga. Simplemente te necesito.

«Yo también.»

—Ven conmigo, Aisha. Déjate llevar.

Le sonrío temblorosa, permitiéndole que me coja en brazos y subamos hasta su habitación. Me deposita en la cama con sensibilidad, tragando el nudo que parece haberse formado en su garganta. Mira mis zapatos de tacón y, sonriendo, me los arranca. Conoce mi pasión por ellos.

Empieza a desnudarse, a transformarse en el hombre caliente y exigente que es en la intimidad. Se coloca la protección en su abultado miembro. Hoy me pican los dedos, yendo en contra de mí misma, por lo mucho que lo deseo.

—Aisha, quiero hacerte el amor, sin morbo, en mi cama.

Me agarro a las sábanas, poniendo mis nudillos morados por la tensión que acumulo. Él se aproxima, roza mi sexualidad y cierra los ojos al apreciar la humedad que arde entre mis piernas.

—Si no quieres esto... —se interrumpe, manteniendo una breve distancia.

—Te deseo —exploto—. No quiero irme.

Me enredo alrededor de su cuerpo y me ciño jadeando. Con el dorso de su mano derecha me cosquillea la mejilla. La mía va a su pelo, mi perdición. Por fin voy a enloquecer sin tener que contenerme.

Voy a tocarlo, a hundir mis uñas en su pecho, a tocar ese piercing que tanto me gusta.

—Ya voy —gime.

Me embiste lánguidamente, abriéndome para él. Lo acojo sin esfuerzo, descargando un ronroneo pleno, doloroso.

—Me encantas —susurra.

Me sujeto a su cuello y me pierdo en sus ojos, que se están cegando por la pasión. Me contoneo sin querer, desesperada, pero Iván niega, sé que lo quiere suave, con el disfrute de los preliminares que más lo caracteriza.

—Me haces perder la cabeza. —Besos y más besos en mi piel—. No sé qué me pasa contigo, Aisha.

Con caricias leves se deshace en halagos con mi cuerpo. Su dedo traza líneas por cada curva de él, que tiembla y lo desea de una forma irracional. Me lame el cuello, la mandíbula, el contorno de los labios hasta llegar a profundizar, indagando en mi interior.

Estocadas sensuales, suaves y calientes marcan el ritmo, llenas de pasión, cargadas de magia o no sé... de algo fuerte, intenso, que vibra en mi pecho. Me da miedo tocarlo. Una acometida tras otra, me hacen contraerme.

—He conocido a alguien estos días —confiesa.

Se mece despacio, entra y sale y repite nuevamente la acción. Gruñe, se controla. Lo acojo húmeda, atrapándolo al intensificar en mí. Pero yo añoro ver y sentir cada célula de su piel. Ahora más que nunca...

«A alguien», me retumba en los oídos.

—Tranquilo —musito sin querer oír nada más. Me ha dolido—. Quiero tener el control.

Con rapidez, me concede su lugar y queda debajo de mí. Nuestras pieles se unen, con los ojos perdidos en el otro. La conexión es asombrosa, especial. La electricidad quema cada poro de nuestra piel.

Ardo cuando mis pechos y su torso se frotan, me alzo seductora, cabalgándolo sin alejarme lo suficiente. No quiero perder el contacto. Con el dedo índice, exploro desde su cuello hasta su vientre. Casi sollozo, porque es como si me faltara. Ya lo echo de menos y todavía no me he ido. Y volver es imposible tras esto.

Entrelaza nuestras piernas, fricciónándose los tobillos. Una punzada de dolor se clava en mi vagina, entrecortándose la respiración. Muero con el

compás frenético, acalorado, de cada invasión. Me lanzo hacia delante, hacia atrás, círculos, arriba, abajo. Con el dedo diseño un camino de fuego por su ombligo. Le arranco un aullido y me coge del pelo.

—Pero no causa las mismas sensaciones en mí —continúa entre gruñidos de placer—. Igual... necesito intentarlo. Olvidarte. Esto no es sano, cariño. Estás en mi cabeza a todas horas.

«No lo oigas.»

Levanto la mano y tiemblo, no la controlo, no puedo. Pero él se echa hacia atrás, clava los talones en el colchón y arquea su cuerpo. Me retiro más, ansiosa, impaciente. Arrastro mis manos por sus músculos... Acaricio su pecho, y me recreo rodeando su piercing. Sigo con su cuello. Él cierra los ojos, dejándose llevar como yo.

—No puedo más —suplico, volviendo a su boca, rendida. Me contraigo, me estrecho y lo humedezco con mi deseo, lubricada. El anhelo se torna insoportable—. Iván...

Se agarra a mis caderas. Se coloca a mi altura y me marca un ritmo rápido, apasionado. Le acompaño trotando sobre él, con mis pechos abrigados en sus satisfechas manos, que los aplastan y los acarician.

No dejamos de tocarnos, devorarnos, fundirnos. No hay control, somos dos fieras hambrientas. Su pene se hunde en mí, me marca. Me entrego sin reservas, recorriéndolo con frustración. Se tensa cada vez que mis dedos se pierden en él. Queremos esto, es innegable. Nuestras respiraciones son superficiales, aceleramos la colisión. Ya tiemblo, dejándome ir entre gritos apenas audibles.

—Ah... Iván...

Lo envuelvo con mi esencia mientras aún me sacudo y terminamos juntos de gruñir, gemir y jadear. Estamos sentados de cara, rompiéndonos por dentro. Me araña, lo chupo con violencia y bajo a su pezón.

—¡Aisha! —grita acabando.

Los últimos balanceos son tórridos, con el sensual y prometedor vaivén de su cintura, que se contonea como mi pelvis. Estoy sin aire, sin fuerza. Al salir de mí, se estremece; el vacío nos aplasta. Tira de mi cuerpo y me recuesta en su pecho.

Estamos sudando, temblando aún. Después de mucho tiempo, me siento completa... satisfecha... Me acurruco aterrorizada por la amenaza; mi mente me dice que no puede ser.

Mi corazón me grita que Iván se ha clavado en él. Quiero negármelo, decirme que no siento nada por este hombre. No puedo defraudar a nadie, a mí misma cometiendo esta torpeza.

—¿Quién es ella? —rompo el silencio—. ¿La has conocido en un inter...?

—No, en un bar de copas la misma noche que te fuiste de aquí. Se llama Estela y es camarera.

Cuando me fui... sólo hace unos días que se conocen. Ese dato me llama la atención y quiero saber más, por puro masoquismo. Porque me enfada que esté con otra. Queda claro que lo de Sonia y él no es nada... pero hay más mujeres.

Dejo un beso en su pecho y me abrigo debajo de su mentón. Iván me achucha con fuerza, me pega a su costado.

—¿Le has pedido hacer un intercambio?

—No, Aisha, cuando quiero algo serio jamás pienso en meterla en ese mundo. Y he creído que Estela podría ser...

—Suerte, te lo mereces.

—Aisha, quiero que sepas que empecé esas experiencias porque me sentía solo, era una manera de mantener mi vida con intensas sensaciones. Si te replantearas las cosas, lo abandonaría... No me hace falta.

—Chis, por favor.

Me estalla la cabeza, hay una maldita espina en mi pecho. Me cuesta reconocer que son celos, pero es la pura verdad. He sido infiel... El juego terminó hace dos meses y yo he vuelto aquí, al peligro, cosa que no debía hacer. Pero ¿y qué hago? Mis sentimientos han cobrado vida propia, sin ofrecerme otra salida.

—¿Te apetece un baño? —me pregunta. Digo que sí—. Como me gustaría que no tuvieras que irte.

—Y a mí haberte conocido en otro tiempo.

Sonríe, removiéndome el pelo con mi kamikaze revelación.

—Siempre supe que lo dirías —susurra. Levanto la cabeza y le sonrío; es cierto, me acuerdo—. ¿Baño?

—Me encantaría.

Me apoyo en su frente y él me roza la nariz.

—¿Eres feliz Aisha? —Ya estamos con temas incómodos. Me aparto y me cubro el cuerpo con la sábana—. ¿Por qué te resistes tanto?

—Porque le quiero.

Gruñe.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué estás aquí? —Me besa el cuello, que yo arqueo, y se pone detrás de mí, envolviéndome con sus piernas. Descansa la barbilla en mi hombro. Cierro los ojos; yo también me he hecho esa pregunta—. Piénsalo.

—Iván...

—Ven.

Me arranca la sábana y me carga en su hombro. Pataleo riendo, gozando con sus juegos. Me mete en la bañera vacía y abre el grifo, echándome el agua en la cara. Empiezo a toser con gárgaras.

—¡Oh, te vas a enterar! —le grito, quitándole el grifo y empapándolo incluso fuera de la ducha—. ¡Cuida...!

¡Hostia! Caemos al suelo, por el agua que chorrea en las resbaladizas losas. Nos revolcamos, besándonos posesivamente, inquietos. Luego se aparta contenido.

—No quiero sexo solamente, Aisha. Ni que pienses que te utilizo.

—Pues míname —susurro cansada.

—Es lo que trato de hacer, pero no me dejas.

No lo dudo, y si tenía una sombra de incertidumbre al respecto, él la borra al comportarse conmigo como todo un perfecto caballero. Me llena la bañera y, aunque se mete conmigo, no me toca. No al menos íntimamente. Se dedica a masajearme el cabello, a relajarme y contarme sus cosas, sus inquietudes.

Lo ha pasado mal en el amor y ha seguido adelante. Es independiente, aunque familiar. Sus padres están separados. Él es el mayor de dos hermanos. Nos conocemos poco a poco...

Yo le cuento por qué dejé la página web y lo que me agobia defraudar a

mis padres y hermanos. Lo duro que es no poder demostrar quién eres.

Nos confesamos...

No puedo dejar de mirarlo, de embobarme y sonreírle como él hace conmigo. Es especial estar a su lado, resucita en mí nuevos sueños. A veces creo que él podría ser el amigo, amante, esposo y padre perfecto con el que toda mujer sueña.

Para otra...

—Tus zapatos de tacón. —Me sonrío. Adoro que me los ponga. Es sensual, sobre todo cuando, al encajar en el hueco, me estudia a través de sus pestañas—. El día que te pongas unos que yo te compre... significará que te rindes. Mía.

Suelto una risita. Me acaricia los pies y yo me tenso, ahogándome de puro estremecimiento. Al salir, me invita a dar un paseo, pero no podemos: si nos ven... Sus ojos están tristes en mi despedida; yo trato de disimular que mi voz no puede salir de mi garganta.

—¿Ahora qué? —me pregunta tenso, acercándose por la nuca hacia él.

—Lo sabes...

—¿Estás arrepentida?

—Iván...

—Quiero saberlo, Aisha.

—No nos conocemos desde hace mucho —pronuncio en voz alta mi mayor temor—. Son sólo dos meses...

—¿Lo crees? Hablas más conmigo que con él. Sé cada uno de tus movimientos y tú conoces los míos. —Me colapsa, porque no miente—. Mírame cuando te hablo. —Lo hago—. ¿Cuándo se decide que quieres más de una persona? No le des valor al tiempo, a la edad. Son tonterías.

El tiempo corre en nuestra contra y él, que es consciente, me abraza, me besa desesperadamente, tratando de retenerme. La cosa empeora con la bajita súplica de Iván mientras me acorrala con su cuerpo, en el que advierto tirantez.

—Él no estará estos días, pásalos conmigo... Y me quedaré contigo, hablo con Estela y me invento cualquier excusa. Piensa bien la respuesta.

—No puedo... —susurro contra su boca. Se vuelve más apasionado, loco

e irracional, como pocas veces lo he visto—. Iván...

—Piénsalo.

Sábado, 5 de octubre de 2013

Otro día, un sábado caluroso, y mi respuesta se convierte en una realidad, de la que he intentado huir toda la noche mientras compartía la cama con Jesús. Sin tocarnos ni rozarnos... A mí me avergüenza mirarlo; he estado con otro hombre y ahora comparto un mismo espacio con Jesús, el más íntimo que tenemos y, aun así, sigo pensando en volver a hacerlo.

—Revísame la maleta, no quiero olvidar nada —me ordenó anoche, y yo obedecí sin rechistar—. ¿Vas a seguir enfadada?

—No me apetece hablar...

—Estoy de ti hasta los huevos —dijo saliendo de la habitación.

No volví a verlo; sí lo sentí horas después meterse en nuestra cama, donde mi valor, mi insomnio y yo nos hacíamos compañía. Él no se acercó y yo me dediqué a intercambiar mensajes con Iván, a escondidas... dejando en punto muerto mi matrimonio.

Hoy he amanecido como un robot: he desayunado, me he duchado y... me he resistido, pero ha sido inútil. Vuelvo al mismo lugar de ayer, erróneamente quizá. No me lo cuestiono.

Iván se mesa el cabello al verme.

—Has venido —masculla, carraspeando.

—Sí. —Cojo su mano y hoy soy yo quien tomo la iniciativa. Acaricio su mejilla—. Gracias por no dejar de hablarme en toda la noche... Me calmas.

Apoya la palma de su mano en la pared, bruscamente, a punto de dar un puñetazo. ¿Qué le pasa?

Está agobiado, pero no por ello deja de ser cariñoso.

—Le he dicho a Estela que tenía que viajar el fin de semana.

—Y yo a Jesús que necesitaba pensar lejos de casa.

Cierra la puerta a mis espaldas y me arrima a él, cogiéndome de la nuca. Siento su otra mano en mi estómago, deslizándose suavemente mientras me mira, derrochando sinceridad por los ojos.

—¿Qué necesitas hoy? —me dice aspirando mi olor. Contengo la respiración.

Delineo las facciones de su rostro, exhausto y prudente. Con mi lengua, recorro mis dientes, intentando controlar mi impulso, mis ganas, el deseo que se está formando en mí por el hambre que tengo de él.

—Lo sabes —gimo dejando de luchar—. Todo está mal y tampoco he dejado de pensar en ti.

Me aprieta contra él con más fuerza y desesperación. Hoy está más profundo y melancólico que en la despedida de ayer, cuando no sabía si volvería a verme.

—Me estoy haciendo daño, Aisha.

Mete la lengua en mi boca, en toda su plenitud. Me asfixia.

—Lo siento, pronto desapareceré de tu vida, déjame un poco más... sólo un poco y no volveré —prometo mezclando las manos en su pelo y sintiéndome una egoísta por su confesión—. Hazme sentir deseada, mujer. Trátame como si no existiera otra.

—Ni otro —advierde ronco.

—Ni otro —repito segura. Hoy sólo estamos él y yo—. Nadie puede saberlo.

—Ante todo soy un caballero.

Interpreto su frase como una burla y vuelvo a asentir. Lo sé y por eso he acabado aquí, acudiendo a él una vez más.

Dejo caer mi bolso al suelo y levanto las manos contra la puerta, abriendo las piernas. A su merced, aunque sin cederle el control del todo; no creo que ningún hombre lo merezca.

Iván se arrodilla y me coge la pierna derecha; me empieza a quitar el zapato de tacón, que acaricia, y luego sube sus manos por mi tobillo.

Me quedo sin aire al notar que me besa la planta del pie, y lo repite con el otro. Sube poco a poco, arrancándome gemidos de puro deseo, y cuando sus dedos se deslizan y me sube el vestido con firmeza, siento que la necesidad de él me ahoga. Quiero estar aquí como jamás he pensado, aun siéndole infiel a Jesús.



## 15. Sentimientos

Domingo, 6 de octubre de 2013

—Buenos días, dormilona.

Me río debajo de las sábanas. Estoy en su cama, donde decidí pasar la noche con Iván. Igual tendría que estar arrepentida, pero no es la sensación que recorre mi cuerpo. Hay tranquilidad, paz... felicidad.

—¿Duermes aún? —pregunta frente a mi silencio.

No hablo, quiero dormir un poco más a su lado. Al no responder, es justo lo que hace. Me conoce.

Se coloca detrás de mí, agarrándome por la cintura. Me pego a él, lo busco y pocos minutos después el sueño me atrapa.

El sonido de un móvil me desvela. Giro la cabeza a mi derecha y aquí está el hombre que me ha vuelto completamente loca. ¿Qué nos sucede? El primer impulso es besarlo, despertarlo y darle las gracias por el día que me hizo pasar ayer...

Es otra rendición a la que me lleva.

Me incorporo de la cama, intentando no hacer ruido. Me enrolló la sábana y abro mi bolso, que está colgado de la silla. Iván es un hombre muy ordenado, ya que él mismo es el que se ha encargado de colocar mis cosas.

Saco el teléfono. Me alarmo. Es un WhatsApp de Jesús... Lo único que sé de él es que llegó bien a su destino, y por un mensaje tan escueto como el de hoy.

«Tu hermano me ha llamado, le he dicho que tuve que salir por un

problema en el trabajo, en la sucursal de aquí. Mantén mi versión y dame días sin hablar. Solo. Espero que estés bien...»

¿Lo estoy? El mundo se me viene encima. Soy miserable, una persona vomitiva. ¿Cómo he podido caer en las redes de la tentación? «¿Qué haces aquí, Aisha?» No debí venir, ¡no debí!

¡Le estoy engañando sin perdón alguno!

¡Es mi marido! Me agobia vivir en una constante lucha conmigo misma. Pero tengo que huir, como Iván me dijo... Esto no es sano. Sé que, por lo menos, merece una explicación por mi parte. Me duele tanto tener que irme. Dejarlo así, pero no tengo el valor de hacerlo de otra manera o sé que no me iré.

Iván no quiero hacerte daño. Lo que esté ocurriendo entre nosotros está yendo demasiado lejos. Por favor... te pido por favor que respetes estas palabras. Tu promesa... No me busques, no me llames. No podemos seguir así.

Te echaré de menos.

Lunes, 7 de octubre de 2013

Lanzo los zapatos de tacón, me arranco la ropa y subo a mi habitación. El trabajo me ha dejado exhausta y es que, con los días, tengo cada vez más claro que ser profesora no es mi verdadera vocación. Me encantan los niños... pero busco el refugio en ellos porque no tengo los míos propios. Tampoco ahora querría tenerlos.

Miro la hora, son las cuatro de la tarde. He intentado desesperadamente no pensar. No sé nada de Jesús, mucho menos de Iván. Desde que ayer respondí a mi marido y dejé la nota a... no he vuelto a saber de ellos. ¿Y a quién echo de menos? Me da terror descubrirlo.

Cuando creo que estoy a punto de caer en un profundo sueño, debido a mi noche en vela, llaman a la puerta. ¿Quién será? No espero a nadie, ni deseo tener visitas. Anhele un poco de soledad, amueblar mi cabeza que se ha desordenado y ha formado laberintos en los que, sin desearlo, me pierdo. Perezosa, me levanto de la cama.

Sobre la mesilla auxiliar hay un camisón grueso, elegante, y una fina bata. No quedará mal si abro de esa guisa. Me cuesta hasta vestirme, aunque

finalmente lo consigo. ¿Bajar?

Más pereza aún, no tengo fuerzas.

Menos mal que al llegar abajo sigo viva. Espío por la mirilla. ¿Mi madre y Bibi? Joder, vienen a investigar y yo ahora tengo un ánimo de puta madre para darles explicaciones o fingirme la esposa orgullosa de Jesús.

—Cielo, ¿cómo que se ha ido sin ti? —Mamá entra, sin dos besos. Mi amiga se encoje de hombros.

—Hola —digo irónicamente—. El trabajo, no hay más.

—De este modo la gente habla —prosigue, inspeccionando la casa con la mirada—. Procura no salir demasiado y hacer una vida de casada.

—Lo sé.

—¿Por qué no te vienes con nosotras? —propone Bibiana—. Vamos al centro y tomamos algo. ¿Qué te parece?

—Venga... Dejádme vestir.

Tres horas más tarde estamos sentadas a la orilla de la playa, hablando de cosas que no tienen sentido: «aparentar frente a la gente», «no darles el gusto de que te vean mal...» son las frases que repiten.

Me planteo que de ahí nace el problema de Jesús. Su obsesión es fanfarronear de una vida perfecta... No tiene nada que ver conmigo.

«¿Qué hago aquí?», me pregunto.

Justo en frente hay una pareja dándose mimos, besos. Intento evitarla, esquivar cierta melancolía. Juego con la arena entre mis manos, con mis piernas, contenida. ¿Por qué Iván no ha preguntado siquiera nada? Le dejé la nota, sí, pero su respuesta es un silencio.

«Es que le has pedido, estúpida.»

¿Y si dejo de pensar y actúo en consecuencia con lo que quiero? Sin presiones, sin imposiciones. Jesús no está y yo estoy agonizando por correr a los brazos de Iván. Es una locura, sí, pero sin arrebatos ni pasión... ¿qué sería la vida?

Cierro los ojos, con el aire dándome en la cara. Bato las pestañas a la claridad. Veo este precioso paisaje que me deslumbra, pero otro se presenta delante. Uno que no quisiera rechazar hoy.

Rápidamente me levanto.

—¿Adónde vas? —pregunta Bibi.

—No me encuentro bien... A casa, y posiblemente esta semana esté ausente. Iré a visitar a Jesús.

—Oh, qué bien —dice mi amiga—. Te veo en el colegio, entonces.

—Sí, sólo ahí. —Me despido con la mano—. ¡Os quiero!

Decido mandarle un mensaje a Jesús para que no haya contradicciones.

«Yo también necesito mis días; si te preguntan por mí, diles que estoy yendo a verte.»

Una hora más tarde llamo a la puerta de Iván. Traigo una maleta con lo justo y necesario para pasar unos días. Sencilla, como es él y su vida. Sin un pasado turbio, sin cuentos para no dormir. No quiero pensar, sí vivir y sentir. Que sea lo que tenga que ser. No puedo con una vida tan marcada que da repelús. Organizada... pautada... ¡teatral!

Cuando la puerta se abre, es él quien lo hace.

La sonrisa de Iván desaparece, su rostro se endurece. Reconozco su fachada, la que conmigo no ha utilizado hasta hoy. Oigo voces que provienen de dentro. Él cierra la puerta y sale, incómodo. Lleva una gorra puesta al revés, con la visera hacia atrás, unos vaqueros rotos y una camisa gris que le queda de infarto.

—¿Qué quieres ahora, Aisha?

Ve mi maleta y se pelliza la nariz, enfocando al vacío.

—Me pediste una vez más, la última dijiste, y no fue así —susurro—, hoy la que te pide un poco más soy yo.

—¿Cuánto? —No tiene ánimo.

—No lo sé... Hasta el domingo...

—El día que él vuelve —me acusa—. ¿Y después qué?

—No me juzgues, sólo quiéreme.

—Putamierda, Aisha. —Me aplasta la cara y choca su nariz con la mía. No sé si es una sutil amenaza, pero no quiero que me deje escapar—. El problema aquí es que la que no me quieres eres tú. Escúchame, ella está dentro con unos amigos.

Suelto un quejido.

—Anoche nos vimos —continúa rompiéndome—, pero le pedí tiempo.

Tengo escrúpulos, no fui capaz de tocarla... porque por la mañana era a ti a quien tocaba. No quiero dañarla, pues me importa.

Respiro, aunque no sé si debo. Ella le gusta, mucho. Su voz es segura y no miente. Su tono al mencionarla tampoco.

—Decídete, si me pides que me fugue ahora mismo contigo, lo haré. Pero piénsalo bien. No puedo más. No soy tu juguete.

No estoy acostumbrada a estos impulsos salvajes. Sus manos me lastiman, pero sus ojos me imploran. Se me doblan las rodillas, casi desfallezco. Mi corazón habla.

—Vámonos a un hotel, finge estar de vacaciones... —imploro y acaricio su mano con el dorso de mis dedos. Chirría los dientes—. Yo tengo que acudir a clases, pero él...

—Está lejos y no te echará en falta —termina captando mi indirecta—, y en cambio ella puede venir, como hoy, a verme y saber que le miento. ¿No?

—Sí...

—Eres muy egoísta, Aisha.

—Lo siento. —Me muerdo el labio al tocar su gorra. Hoy está más casual que nunca—. Llévame contigo...

Me da un fugaz beso y me suelta. Rebusca en los bolsillos de sus pantalones caídos. Parece que localiza lo que quiere, sonrío y me da una llave, señalando el garaje que está pegado a su casa.

—Ahí está mi coche, espérame.

Ahora le sonrío yo, con la vista nublada.

—No juegues, por favor —me pide—. No vuelvas a escaparte.

—Te necesito...

—Como yo a ti, cariño —confiesa con pesar—, como yo a ti.

Me aparto, frotándome la nariz.

—Venga, entra —me ofrece con la mano en el pomo—. No te vayas.

—No...

Lo veo desaparecer y en vez de entrar en el coche, pongo la oreja cerca de la ventana, escondida para que nadie me vea. La voz de Iván retumba de pronto.

—Chicos, necesito que os vayáis. Me ha surgido un imprevisto.

—¿Qué? —oigo a una voz masculina.

—Cosas mías, estoy muy agobiado y... Venga, no seáis malos.

—¿Y yo? —Supongo que esa fina voz es de Estela.

—Todos... Déjame pensar unos días, sal, diviértete y te llamo cuando esté preparado. —Hace una pausa larga—. Saldré de Ibiza... Cuídate, por favor.

Sus amigos forman un silencio incómodo, que yo capto en seguida.

Sé que es una forma de coaccionarme, la última frase de Iván, dejando puertas abiertas con Estela; no la deja porque yo no he cortado ningún lazo con Jesús, más allá de no saber el uno del otro. Y no quiere que yo tenga libertades que él no.

Pero no me siento capaz de tomar decisiones.

Sólo quiero olvidar... en sus brazos. ¿Podré?

Sábado, 12 de octubre de 2013

¡Puedo! Joder... quiero llorar por el universo que se ha abierto ante mí. ¡Quiero gritar a pleno pulmón lo feliz que estoy! Esto es el cielo. Cinco días, los cinco más maravillosos que jamás haya vivido. Nos entendemos tan bien que da miedo. Ayer volvimos a casa de Iván, tras estas minivacaciones a su lado... Nos hemos olvidado del mundo encerrados en un hotel, creando más momentos, como jamás esperé debido a que debemos ocultarnos y no hemos podido salir.

Pero todo es tan fácil con él pese a que nos estamos embarcando en algo, sin saber dónde ni cómo vamos a acabar. Con sus mimos ha sanado heridas... con sus cuidados y atención.

Estamos desenfundados en cualquier sentido.

—¿Estás lista? —me pregunta mientras me preparo en su habitación. Me recojo un moño en alto, revuelto, y doy un salto.

—Claro —digo abotonándome el pantalón—, ¿bajamos?

—Sí. Estás preciosa.

—Gracias —susurro tímida.

Se adelanta con rapidez y antes de entrar en la cocina me echa una mirada profunda que me proporciona escalofríos.

—Mi socio me va a matar —comenta con una media sonrisa y me da un

beso intenso. Embelesada, me cuesta retirarme—. Me ha llegado un mensaje diciendo que no le pillaba el punto a un nuevo tatuaje para hacérselo a una cliente. Le he pedido que lo anule hasta la próxima semana.

—Te gusta tu profesión, ¿verdad?

—Pasa. —Abre la puerta y me coge en brazos. Damos vueltas, me mareo pero no dejo de reírme—. En mi casa y contigo, no quiero otra cosa.

—¡Loco!

—Ven conmigo.

—¡Pues suéltame!

Envuelta en torno a su cintura, entramos en la cocina. ¿Qué ven mis ojos? Sobre la encimera hay ingredientes para hacer una tarta de queso. Le he comentado estos días que soy un poco desastre en la repostería... No me aguanto y le planto un beso antes de que me suelte.

—¿Preparada? —Me pone un delantal verde y él, uno azul. ¡Me encanta esta complicidad!—. He pensado que es un buen momento para hablar de más cosas —dice, mirándome de reojo—. Estos días no quería fastidiar...

—¿Cuántas relaciones has tenido? —le contesto con una pregunta.

Nos ponemos manos a la obra, nunca mejor dicho. Rozamos nuestros brazos y reímos, como dos estúpidos quinceañeros. Un efecto que él provoca en mí. Hoy voy vestida a su rollo, con unos vaqueros de cadera caída y deportivas. Me hace mucha gracia ser más baja que él, puede ser intimidante cuando quiere... Pero no, es un amor.

—Serias, tres —empieza—. La primera me marcó, pero no fue la que más daño me hizo. Un día me quería y, al siguiente, me odiaba... Entonces conocí a Miriam y me abrió los ojos.

—¿Cómo?

—Siendo lo que no era Bianca. —Rompo los huevos y me quedo con las yemas. Nerviosa, histérica a medida que habla—. Cariñosa, atenta... Me lo dio todo y llegó a ser mi vida.

—¿Entonces...? —Me quedo sin voz. Una punzada de algo me araña por dentro. Algo que son... ¿celos?

Sé que me está mirando, yo me centro en el postre.

—Cuando me tuvo ciego de amor, aquella dulzura desapareció. Me puse

en contra de mi familia, dejé de hablar con mis amigos... Nada me importaba, la quería y no necesitaba a nadie más.

—¿Y... qué pasó?

Iván coge el azúcar, la mantequilla y abre los dos quesos.

—Me dejó por otro.

—Iván...

—No pongas pucheros. —Deja a un lado lo que estamos haciendo y me coge de la mano. Aprieto la suya, triste, mucho—. Así es el amor, unas veces se gana y otras se pierde. Dejé a Bianca por Miriam...

—Y...

—Sufrí por las dos, pero la vida me ha enseñado a no cerrarme al amor. Porque me niego a no sentir, a ser frío. No quiero. Si me caigo, vuelvo a levantarme, aunque cueste y tropiece lleno de dolor por el camino... pero viviendo con pasión.

Adoro su positividad. Su fortaleza. Lo han dañado muchísimo, se le nota. Hoy se deja ver con más transparencia aun.

Me remueve su historia.

—¿Cómo lo hiciste, Iván?

—Con el apoyo de mi familia, a la que suelo visitar muy poco. Me gusta ser independiente. Y gracias a Martín —señala los ingredientes y sonrío—, mi amigo, mi cómplice, el único que sabe que estoy aquí... porque quiero convencer a una mujer para que no se vaya de mi lado.

—Iván...

—Con él monté mi propio negocio —continúa acariciándome. Creo que no es consciente de que lo hace con tanta ternura—. Me pierden los tatuajes, ya has visto mis nuevos modelos.

Asiento; ayer, mientras hablábamos en la terraza del hotel, Iván inventó varios diseños para incluirlos en su repertorio. Es un gran artista.

—Allí logré olvidar. No tengo un horario fijo, hago lo que me da la gana.

—Y hubo otra chica...

—Sí, pero no cuajó —explica sin más, haciendo una mueca y concentrado en mis reacciones—. Discutíamos mucho y todo esto sin vivir juntos.



Yo desconozco ese mundo. Antes de conocer a Jesús tuve relaciones esporádicas, no me atrevía a llevar chicos a casa, mis padres repetían que al único que aceptarían sería al hombre con el que yo decidiera compartir mi vida. E hice mi elección.

—¿Nunca has vivido con una mujer?

—No —reconoce. Me pone de cara a la encimera y se coloca detrás, siguiendo con el postre que tenemos pendiente. Al sentir su aliento en mi oreja, me encojo. Se ríe—. Espero a una mujer especial... pero ya son treinta tres años... Va siendo hora, ¿no crees?

—Iván...

—¡¡Lo sé, Aisha, joder!!

Se suelta y da vueltas por la cocina. La tensión ha estallado. Me quedo helada, no me acostumbro a que pierda su buen humor. Lo dejo sin molestarlo, entiendo que necesita expulsar lo que calla.

—Déjame imaginar que esto es real, ¿¡quieres!?! —Le doy la espalda, enchufando la batidora. Me parte verlo mal. «Uno, dos...»—. Cuando salgas por esa puerta no sé qué va a pasar; de hecho, cuando te vas a dar tus clases, temo que no vuelvas.

—Iván... —Estoy temblando, no me atrevo a darle la cara y odio la angustia en su enfadada voz.

—Mírame cuando te hablo, por favor. —Me destroza hacerlo—. Y cuando regresas sonriente, por fin respiro. Es una mierda vivir con esa sensación, pero tengo la esperanza de que abras los ojos como un día yo los abrí con otra persona. Aisha... no quiero perderte.

—¡Abrázame! —grito asustada.

Con las manos mojadas y sin medirse, me estrecha con fuerza. Me vengo abajo, porque me da mucho miedo soltarlo. Es tan reconfortante.

—No quiero que te vayas.

«Ni yo... pero él sigue existiendo.»

Un silencio incómodo se interpone entre nosotros, que ninguno hace por romperlo. No estamos en una situación fácil, sé que para él tampoco lo es. Aun así, no quiero echar a perder las horas que nos quedan juntos y lo envuelvo con dulzura, le pido perdón sin palabras. ¿Qué va a pasar?

Ya por la noche, con la calma de vuelta entre nosotros, menos tirantes, jugamos con nuestras piernas a rozarnos, en su jardín, contemplando la luna y la tranquila noche. Tengo su camisa puesta y la ropa interior debajo. Bueno... sólo las braguitas.

Entonces él me emociona. Me hace flotar...

—Hace dos días le he hablado a mi familia de ti, sin dar tu nombre, claro... Quieren conocerte.

—Iván...

—Lo sé. —Me coge en brazos y me lleva a la cocina. Ya me empiezo a acostumbrar a sus carreras sorpresa conmigo a cuestas. Ahí hay doce rosas rojas—. Anoche me dijiste que te encantaban...

—¿Vas a cumplir esos caprichos nocturnos?

Me río jugando, sabiendo bien lo que digo por las noches. No sé si tocarlas o no, estoy hecha un flan. Me siento muy pequeña. Yo a él no le he regalado nada y no es justo.

—Parece que sí —responde por fin, dándome una. La huelo—. ¿Te gustan?

—¿Lo preguntas?

Percibo el temblor en mi voz y, otra vez, me sorprende alzándose en sus brazos; me sienta sobre la encimera y me hace cosquillas en la planta de los pies.

—Háblame de ti más —le pido sonriendo.

—Ya sabes que tengo treinta y tres años, soy el mayor de dos hermanos...

Me habla, me cuenta y yo a él, esta vez sin dejar nada en el tintero. Creo que no quedan secretos entre nosotros; la noche es larga, intensa. Terminamos en la cama después de un baño... donde yo lo espío hasta que casi amanece. Iván hace igual; no cesa de contemplarme con una mirada que me deja sin palabras.

Al observarlo noto cómo se me ilumina la cara.

—¿No duermes? —se burla y me hace cosquillas en el vientre.

Me revuelco como una niña pequeña por lo mucho que disfruto.

—Buenas noches —me interrumpe de pronto y me empuja a su pecho.

Yo cierro los ojos, siendo consciente de que los minutos vuelan y el tiempo se nos agota.

Un miedo puro se me instala en el cuerpo... No quiero.

«No me dejes ir.»

Domingo, 13 de octubre de 2013

Al amanecer, su cuerpo está atado al mío. Me estiro sonriéndole, pues me hace gracia sentir su extensa erección contra mi muslo. Es como si lo lleváramos haciendo mucho tiempo. Tanto que no me parece anormal.

—Quiero hacer algo —le propongo.

—¿Mmm?

Sigue adormilado.

La que esconde chocolate líquido esta vez soy yo. Me suelto y rebusco debajo de la cama. Casi en el filo, se lo muestro con una sonrisa llena de malicia. Está desnudo, tras nuestro relajante baño de la noche anterior.

Le cojo la punta y le embadurno el glande. Preparo sus ingles. El día anterior descubrí el cajón donde esconde el vibrador, y hoy nos acompañará. En cuanto lo ve, me empuja contra él.

—¿Qué vas a hacer? —cuestiona presionándome.

Lo beso, sin lavarme los dientes, porque a su lado no existen los prejuicios, me acepta tal y como soy, y me agacho. Saco la lengua y lamo su miembro, a la vez que pongo mi sexo en su cara. Como el famoso número sesenta y nueve. Muevo la pelvis y me meto el consolador en marcha. Creo que moriré de placer. Iván grita cuando succiono su virilidad.

Esto es cerdo, morboso, introduciéndome el aparato y succionando el chocolate, que se funde entre mis dientes, mientras resbala por la piel sensible de su hombría.

—¡Por Dios santo! —grita al acabar.

Me relamo los labios. Lo sé... sé jugar mis cartas.

—¿Desayunamos? —ronroneo.

Tras la locura llega la calma entre jugueteos; nos ponemos cómodos y bajamos a alimentarnos. Es la hora del desayuno, que hoy le preparo yo, ya que estos días en el hotel no he podido consentirlo como merece por todo lo que ha hecho por mí. Durante días ha renunciado a sus amigos, a su trabajo...

por estar a mi lado. He de recompensarlo.

—Voy a afeitarme —anuncia enigmático tras terminar las galletas rellenas de chocolate. Río—. ¿Me ayudas?

—Nunca lo he hecho...

Le cambia la expresión, pero no menciona el porqué y vamos hacia su habitación. Me sienta en la encimera del lavabo y me da las armas para perfeccionar aún más esa cara, si es que se puede. Qué nervios me entran y, a la vez, qué placentera sensación... la de estar en casa.

—Si te corto... —me burlo.

—Me las pagas.

Su amenaza surte un efecto cardiaco en mí. Mientras lo afeito, él y sus manos hacen travesuras alrededor de mi cuerpo. No se está quieto y yo no puedo dejar de retorcerme. Me calienta.

—Quédate —me pide serio, temerario. Detengo la cuchilla llena de espuma—. No niegues que me necesitas. Sé que no has pensado en él, lo he visto en tu mirada al hacer el amor, estabas conmigo... No como la primera noche.

—Iván... tengo una vida y yo lo...

—No lo digas —me ordena y se calla. Yo sigo con mi tarea, manoseando su pecho, su cuello—. Chis... tengo algo para ti.

—Te deseo.

—Y yo, mierda. —Más sereno, añade—: Aisha, no quiero que esto acabe. —Cierro los ojos; me duele recordar que no soy libre. En mi vida no hay elección—. No te vayas.

—Convénceme.

—No me tientes, cariño. —Serio, me pide que me detenga—. Ven.

Estoy flaqueando, lo siento.

Apenas me acuerdo de Jesús; estar con Iván es perderme en otro mundo, en el mío... en el nuestro. En lo que yo, desde mi adolescencia, había deseado cuando empecé a tener uso de razón.

Lo confirmo cuando tras llevarme a la sala enciende el ordenador y me enseña una página web. Es nueva, creada para mí.

—¿¡Qué dices!?! —pregunto alterada.

—No dejes tus sueños atrás por nadie —murmura de mala gana.

—¿Y él...? —Me vengo abajo.

—Que se joda. —Pongo los ojos en blanco y disimulo la carcajada. ¡Qué macarra!—. No tiene por qué saberlo.

Lo abrazo, lo beso de la forma más sincera que sé.

Cielos, ¿puede ser así de maravilloso esto? Quiero detener el tiempo, congelar esta semana.

—Espera, toma —carraspea mientras se separa de mí, y saca de debajo de la mesa una caja—. Para que empieces esta misma noche.

¿Qué es...? Quiero llorar y me aguanto por vergüenza.

Unos zapatos de tacón negros, preciosos, me esperan para iniciar mi página web. No sé cómo lo consigue, pero pasamos la mañana haciéndome fotos, luego las colgamos mientras, sentada encima de él y frente al ordenador, reímos ilusionados, recordando el tiempo en el que yo hacía aquello. Iván me está enseñando a quererme y valorarme de nuevo.

—Y ahora —anuncia—, prepárate.

—¿Para?

—Locuras, Aisha —susurra detrás de mí, con la barbilla apoyada en mi hombro.

—¿Y si nos ven...?

Se encoge de hombros y me guiña el ojo derecho.

¿Qué me voy a encontrar?

Un par de horas más tarde no doy crédito a lo que ha montado, pero colaboro y me apunto. Esto es fantástico. ¡Sí, por fin aire libre, puro!

¡Una excursión en barco! ¿De dónde ha sacado la idea? Aquí estamos; mientras él nos lleva por las preciosas playas de Ibiza, le doy un trocito de la tarta de queso que nos sobró ayer. Está riquísima, con el enfado nos salió mejor... Conocí el carácter de Iván, ¿y qué decir?

Hasta su manera de pelear me gusta. ¿Qué me hace? Me toca y mi mente navega a contracorriente. Lejos de todos, cerca de él.

—Estás impresionante, este biquini blanco te queda espectacular.

Bajo la mirada, nuestros cuerpos acompañados por simples prendas. Lo abrazo por detrás y beso su espalda. Cómo muero por tenerlo, por sentir la

plenitud a la que me transporta cuando su erección empuja contra mí. ¿Qué diablos me está pasando?

—Hoy te haría el amor con morbo... no como anoche.

Su franqueza me deja helada. Termina riéndose de mí, ¡no me extraña! Creo que tengo la cara como un tomate maduro.

Menuda tonta estoy hecha.

—Bueno, aquí hay rocas —señala. Asiento y frunzo el ceño—. Hemos parado... Tomamos un baño, ¿no?

Le sigo el juego, ignorando su comentario anterior. Me quito la parte superior del biquini, agarrotando a Iván. ¿Que por qué lo he hecho? Porque por primera vez en la vida no me avergüenzo de mostrar parte de mi cuerpo desnudo en la playa.

Estamos solos, él y yo; con Iván no quiero ocultarme en ningún sentido. Su semblante se vuelve divertido cuando me ayuda a bajar por las escalerillas. La marea no es alta aquí, nos cubre hasta la barbilla. Pero él decide salir y apoyarse contra la roca grande que está detrás.

Se lame el labio. Me río.

—¿Qué te hace tanta gracia ? —pregunta, ronroneando.

—¿A qué estás jugando?

Es evidente que se ha excitado, que sabe que lo he provocado. La ansiedad se manifiesta en su lujuriosa mirada. Callada, salgo del agua y me arrimo a su cuerpo, dándole la espalda. Sus brazos me ciñen por detrás, me levanta un poco, de modo que su traviesa boca queda a la altura del lóbulo de mi oreja y su miembro, presionando mi trasero.

—Me gustas tanto, Aisha —susurra en mi oído—. No sólo me gustas, me complementas.

Mi cuerpo empieza a vibrar con sus palabras.

—Quiero hacerte el amor aquí —insiste posando sus labios en mi cuello.

Mi pulso se acelera a mil. Arqueo el cuello, permito que me bese y me chupe. Sabe que lo estoy deseando tanto que me tortura. Los mordiscos son sensuales, calientes, presionando mi sensible piel.

—Dime que no te gusta y pararé. —Su voz es deliciosamente ronca. Misteriosa. Me tiene retorciéndome, loca—. Ven, sube. Tengo algo para ti.

La gota de sudor que desfila por su frente me da la pista. Sexo, puro y duro. Al llegar, me tumba en el paraíso que hay en el barco, justo en el centro. Es una especie de cama, no muy grande. Viene, camina lento y pausado, se para entre mis piernas.

Frota un dedo por mi intimidad mojada.

Húmeda también por el deseo que me trastorna.

—Me desarmas —murmura.

La melena cae como a él tanto le gusta. Salgo de mis cabales con su sonrisa, con la tirantez de su prenda de baño. Quiero ser así de libre, por lo que me incorporo y arrojo mi braga a su cara.

—Un regalo para que siempre me recuerdes.

Me junto los senos.

Mis pezones se erizan y quedan erectos, suplicando.

—Túmbate y abre las piernas, por favor.

Acato su ruego y deslizo mi dedo medio por la zona tan delicada. Lo creo impresionado por mi atrevimiento. Anclado en el lugar, observa cómo gimo en apenas susurros.

—Tócame —suplico.

—No, déjame ver cómo lo haces.

Me tumbo por completo con la pasión nublándome y me toco, lo hago como exige. Sensual, me curvo al ver lo excitado que se pone cada vez que mi dedo patina por mi cavidad. Disfruta al verme gozar.

—Aisha... quédate, por favor. —Ahora en círculos y me pellizco los pechos—. No me dejes sin ti.

—Cállate —imploro—. Acércate un poco.

Se sitúa frente a mí y, con la pierna derecha, rozo su pene. Gruñe.

—Bájate el bañador. —Me desenfreno con mis toques—. Te necesito, Iván.

—Pero no tanto como yo a ti.

Lo baja y se coloca en la misma posición. Grande y grueso, lo rodeo con mis pies y los muevo de arriba abajo. Lo masturbo con ellos. No me paro a pensar en esta extraña manera de acariciar, jamás lo había hecho. No paro, froto, asciendo y desciendo con maestría.

—Señor... —gruñe.

Jadeo introduciéndome un dedo. Dejo caer la cabeza hacia atrás, gimo, resoplo y meto y saco el dedo. No ceso en su masajeo. Su hombría está empapada, caliente. Extiendo mi humedad, su fluido.

Pero se aleja y se coloca el dichoso preservativo que saca de una de las mochilas que hemos traído repletas de tonterías que no usaremos; ha sido divertido prepararlas.

—No te vas de mi cabeza ni estando en tu cama —confieso.

—Ni tú de la mía —afirma y se arrodilla entre mis piernas. Me prohíbe tocarme. Mi humedad aumenta. Dos dedos de golpe y adentro. Al sentirlos, me incorporo bruscamente y me tropiezo con sus rasgos contraídos.

Me besa y se lanza sobre mí. No podemos más; penetrándome y abriéndose paso dentro de mí, es intenso, agonizante. ¡Ah! Casi me rompo en dos por la postura: la mitad de mi cuerpo sobresale del colchón y el de Iván contra el mío. Mi cabeza casi roza el suelo, pero aun así sus labios se niegan a renunciar a los míos.

Me llena, me mimaa y acaricia como si nada más en el mundo existiera para él. Me relaja con las manos en mi cadera, me seduce.

Mi clítoris se hace pedazos...

Hoy hacer el amor con él es diferente, con miradas cargadas de sentimientos ocultos. Se adentra y retrocede, un placer exquisito...

Un miedo mayor.

—No termines con esto —me pide entre beso y beso.

—Iván...

La audacia y la soltura me poseen y lo siento explotando. El pánico me invade al abandonarme con él. Temblores, gemidos y gruñidos estrangulados nos acompañan al unirnos en uno solo.

—No te arrepientas, Aisha.

El ambiente está caldeado, diferente. ¿Mágico? Seguimos entrelazados, con los espasmos que duran una eternidad.

—Yo no lo hago, quiéreme... —musita—... como tú me has pedido.

Cierro los ojos abrumada por los últimos acontecimientos; sus manos fluyen por la curva de mi espalda y mi ansiedad aumenta.



—Hagamos más locuras —susurro, cambiando de tema.

—¿Eres capaz? —Asiento—. No me conoces bien, a veces no controlo los impulsos, sino mírame, aquí. —Pero al ver que me entristezco, añade—: Mírame cuando te hablo y prepárate, allí enfrente nos esperan.

¿¡Cómo!?! ¡Hay gente!

Lo miro con cara de pocos amigos al adivinar su plan. No, qué va, no será capaz... Cómo me va a meter en este lío...

—¿Preparada?

Me va a dar algo, la adrenalina consume mi alterada sangre.

—¡Sí! —grito emocionada ante este nuevo mundo.

«¡Qué vergüenza!»

Poco tiempo después nuestro insólito plan está en marcha.

Suelto una carcajada, con el paladar rebosando de sabor a jamón. Hace mucho que no me siento tan libre, tan yo misma, sin fingir para que alguien esté contento. Iván me mete en medio de la multitud presente en la fiesta del yate en el que nos hemos colado como dos niños pequeños.

La playa de Ibiza está llena, es domingo y, tras estos días a su lado, he redescubierto a la Aisha que sonreía, la que tenía metas, la que estaba libre de problemas. Estoy muy cómoda, sin remordimientos... Aunque presiento que en cuanto me vaya me destrozarán sin compasión.

Ahora no quiero pensar en ello porque nada me importa. No sé qué me sucede cuando estoy con él que me transporta a otro mundo. Hemos disfrutado todas las noches hablando, viendo películas, sin tener por qué complementarnos sólo con sexo... que también lo ha habido.

Feliz, me ha hecho sentir feliz.

Hoy esa misma felicidad sigue desprendiéndose en mi piel, no puedo evitarlo. Cuando él me mira, algo se remueve en mi interior, algo grande, fuerte. Algo que me aplasta al pensar en que me besa o me toca... Y que rasga mi alma si pienso que me olvidará con otra.

—¿Iván? —oigo a mis espaldas. Me suelto de la mano de éste, que se gira a la misma vez que yo. Nos encontramos con Sonia.

—Putá mierda —masculla Iván.

Presiento que me quedo blanca como la pared. En teoría, aquí no

tendríamos porqué haber encontrado a nadie conocido. Está a dos horas de casa y es una fiesta de gente adinerada, en la cual nos hemos colado, cansados de condenarnos a la oscuridad, a escondernos.

El primer instinto de Iván es colocarme detrás de él. Protegerme.

—No es lo que parece —se excusa fríamente.

—Cariño —suelta ella.

—No finjas, lo sabe todo.

Se ve a leguas que a Sonia no le gusta saber que yo conozco el pacto que se traen entre manos cuando intercambian. Hasta donde sé, Jesús no tiene ni idea de que Iván no es su pareja y ella sabe que ese detalle cambia las cosas. Está al descubierto.

—¿Qué hacéis juntos y aquí? —pide ella, sin esconder su enfado—. Ayer hablé con Jesús y está hecho polvo; me contó que se ha dado cuenta de cómo se ha equivocado con su mujer y que hoy le tenía preparado...

—¿Qué? —consigo decir—. No me llama desde que se fue...

—No ha querido porque necesita hacerlo personalmente. —Nos empuja hacia la zona abierta y nos apunta con el dedo—. ¿A qué estáis jugando? Iván, la semana pasada me dijiste que querías dejar los intercambios porque habías conocido a ¿Estela? Y así ha sido, te has apartado de ese mundo. Por lo menos hasta hoy.

—No te metas en nada —le advierte Iván—. No es cosa tuya.

—Eres mi amigo y sé que no estás bien. Lo que no esperaba es que tuviera que verte con una mujer casada, Iván. Con ella. —Parece preocupada, triste—. ¿Cuántas veces nos hemos dicho que el sexo era un juego en los intercambios?

—¡Basta! —grita él, sobresaltándonos a las dos—. Es mi vida y no tienes ningún derecho a cuestionarla.

—Pues lo siento. —Sonia me mira y en voz baja me amenaza—: Elige, Jesús o Iván. Le contaré todo a tu marido, no voy a permitir que dañes a dos hombres que están sufriendo por ti.

La culpa me aplasta frente a mi egoísmo. Jesús se ha marchado unos días, pero no ha roto lo nuestro. Soy su mujer y, por muy mal que estemos, le debo respeto, pero en vez de ello he estado con Iván, no sólo en la cama, sino

entregándome en todos los sentidos. Regalándole mimos, caricias, sonrisas... confesiones.

«¿Qué estás haciendo Aisha?»

Sé que Jesús no ha estado a la altura, pero ¿y yo?, ¿qué he hecho yo? Volver a sentirme mujer estando con otro, refugiarme en un hombre al que no quiero como a mi marido. Hay cariño, sí... Nada más. ¿Ésa es la verdad? ¿Seguro? En cualquier caso, la única que quiero conocer.

¿Cómo he podido ser tan frívola?

Me mantengo inmóvil, avergonzada, con dos pares de ojos puestos en mí. Noto que los de Iván casi me están implorando, aplastando, pero no puedo. Mi vida está en otro lugar. Si mi familia se entera... me quedará sola. Esto es sólo el principio, precioso, pero ¿lo conozco tanto como creo?

A veces las personas mostramos lo mejor de nosotras mismas cuando queremos conseguir algo, ¡y cómo nos transformamos una vez que lo hemos logrado! Cambiamos, somos otros.

—Me tengo que ir —digo rozando su mano, sin mirarlo a los ojos—. Ya estoy eligiendo, te pido que no hables... No volverá a suceder.

—¿Podrás mirarlo a la cara y callar?

—No quiero perderlo.

Ésa es mi única explicación, no tengo otra. Corriendo, tropezándome con los tacones, salgo del yate, huyo de toda esa gente y voy hasta la parada de autobús. Me iré a casa y esperaré su vuelta. Cargaré con esta culpa, sin confesar mis deslices. Pero Sonia tiene razón, ¿seré capaz?

—¡Aisha!

Trato de esconderme, dándole la espalda a la desesperación de Iván.

—No me sigas, por favor. Es lo mejor para ambos.

—¡Eh! —grita; me alcanza y me gira. Me coge la cara. Su mandíbula está tensa y me reclama—: ¿Qué soy para ti Aisha? ¡Estos días te lo he dado todo!

—¡Lo siento!

Me quiero alejar porque, por muy loco que parezca, lo que deseo es abrazarlo, besarlo. Y no puedo. Él no me suelta, me tira del cabello y me exige que lo mire a los ojos. Me siento peor, hay tanto por decir en ellos.

Tanto dolor por mí, que me desgarró al pensar en el daño que le estoy

haciendo.

—En mi casa te tengo sorpresas, una colección de zapatos de tacón para ti. Ideas nuevas, tu sueño —escupe con amargura—. ¿¡Qué más quieres de mí!?

—Iván...

—¡Vete con él! —Me suelta al fin con una expresión llena de asco—. Ve y que te folle, y que luego se vaya y vuelva. ¡Sigue arrastrándote así!

—¡Basta!

—Claro que sí —me dice alejándose, caminando hacia atrás—. No más de ti ni de mí, Aisha. No volveré a jugármela con alguien que valora a un cerdo por encima de un hombre que...

—¿¡Qué!?

Niega, se gira, acelera los pasos y se pierde entre la gente. Mis piernas se mueven con la intención de seguirlo, de gritarle que para mí él también es importante, pero opto por obligarme a no hacerlo, esconder las lágrimas e irme a casa.

«Lo tienes que olvidar.»

A las diez de la noche aún no ha llegado Jesús, lo espero en nuestra cama, más confundida que nunca y con un pellizco en el pecho. Quiero llorar, no sé si por la culpa, la pérdida o por el miedo a reconocer que no siento lo que debo por mi marido. Me asomo a la ventana y las luces de un coche apuntan a mi puerta.

«Está aquí...»

Me coloco bien el camisón y, tocándome la alianza, me siento en el filo de la silla. Cuando él entra, mi corazón no se dispara por la emoción, más bien por ser descubierta. Le he sido infiel... sin haberme arrepentido hasta ahora.

—Cariño —dice, arrodillándose a mis pies y cogiendo mis manos—. Lo siento, lo siento mucho. Me he comportado como un...

—Yo también lo siento —susurro acariciándole el cabello—. Perdóname. Perdóname.

Me coge la cara y me besa, me busca y yo trato de hacer que me encuentre. No sé si lo consigo, hoy sus besos me saben amargos. Me cortan

por la frialdad que desprenden los míos. Me urge confesarle lo que me está sucediendo; tenía razón, mirarlo a la cara y callar será insoportable.

He de sincerarme. Al apartarse, él tiene tan claro como yo que soy hielo. Mi llama se está apagando y quizá nunca vuelva a encenderse.

—Dame días, tiempo —implora con ansiedad, alcanzando la maleta. Saca unos billetes de avión—. Para nuestras vacaciones, el próximo mes iremos a Portugal y allí...

—No estoy bien, Jesús, yo...

—Chis, no digas nada —implora—, por favor, todo irá bien.

—No he sido sincera...

—Por favor, calla. Empecemos... podemos.

Realmente quiero creerlo, sobre todo cuando sus manos me acogen y me arrastran hasta la cama sin que yo me debata. No me toca, no lo soportaría. Esta vez no me desnuda, hoy me abraza, se coloca justo detrás cuando nos cubre con la manta y me dice que me quiere.

—Mucho, Aisha, te amo.

—Yo...

—Lo sé.

Me mima y me acaricia, demostrándome ternura, y casi puedo oír su llanto, sentir su dolor. Percibo cada una de las sensaciones que le pedí hace meses, que fuera humano, pero se negó y hoy... intento aceptarlo, asimilar todo lo sucedido, hasta que se me cierran los ojos...

He sido cobarde, ¿hasta cuándo podré soportarlo?

Lunes, 14 de octubre de 2013

El sonido del móvil me despierta. Ya es lunes, el doloroso domingo de ayer se cerró, ¿para no abrirse? Tengo que trabajar, ¿es la alarma? No la reconozco como tal. Me muevo como puedo, por el peso de Jesús sobre mí. Lo miro por encima del hombro y se me parte el corazón.

¿Cómo hemos llegado a ignorarnos tanto? Ahora es imposible disimular lo mal que estamos, lo agobiada que me siento a su lado, mis pocas ganas de despertarlo y reclamarle que me desee... porque... porque..., ¡reconócelo!, he perdido cualquier tipo de anhelo hacia él.

Alcanzo el teléfono en medio de la soledad y unas lágrimas se me

escapan, desolada al leer el mensaje de Iván Lago.

«Lo he intentado pero todo ha sido en vano. Supongo que no es el momento, pero me has hecho sentir como nadie ha podido desde hace mucho. Por última vez quiero ser sincero. Es fuerte lo que vas a leer, para mí es una podrida mierda, quizá precipitado; sin embargo, es lo que siento. Te quiero y tú lo quieres a él; en los sentimientos no se manda. No tienen fecha ni tiempo para decidir cuándo es el momento de querer a alguien, como ya te dije una vez. No se controla nada cuándo es demasiado tarde o pronto. Y no todos podemos seguir ganando. Me voy seis meses a trabajar a Londres la semana que viene, sé feliz con ese hijo de puta, así lo has decidido.»

Presiono contra mi pecho el teléfono, sus palabras, como si fuera él mismo el que está contra mi corazón, apagando el sollozo que quiere escaparse desde lo más profundo de mi alma.

«Despídete.»

Debo cerrar este capítulo. Con sigilo, le respondo.

«Lo siento... No hubiera elegido que todo esto empezara y acabara como lo ha hecho. Quiero que sepas que eres una persona muy importante para mí. También te quiero... supongo que a mi manera. Me duele.»

Dejo de escribir; no es prudente dejarme llevar y no quiero que el desgarrador llanto que amenaza con tronar explote. Pero Iván quiere más.

«¿Estás sola?»

Jesús se mueve y yo me alerto. Sigue durmiendo.

«No y sí... Dilo.»

Me rompo, no sé por qué me duele tanto perderlo.

«Me voy solo... Si necesitas algo, llámame. Me has hecho pedazos, pero sé que tienes miedo y por ello te cierras. Cariño... A pesar de todo, te sigo necesitando a mi lado. Lejos estaremos bien, piénsalo.»

¿Me está pidiendo que lo deje todo y me vaya con él? Está loco, yo no podría... Yo amo a Jesús... y... Suelto un quejido profundo, duro, y lo despierto; se incorpora cuando yo estoy borrando los mensajes.

—¿Qué te pasa cielo? —pregunta descolocado.

—Nada...

—Aisha, ¿lo sabes verdad? —Incrédula, me seco las lágrimas. Empiezan

a caer las tuyas—. ¡Lo siento!

¿Qué sé según él?

—Sí, maldita sea. —Llora como nunca lo ha hecho, abriéndose en canal para, por primera vez, mostrarme sus sentimientos—. He estado viéndome con otra mujer, una clienta del banco, desde días antes de tu cumpleaños, cuando te propuse el intercambio. Lo siento... No sé cómo he podido. Después de estar con ella llegaba aquí, y todo era tan seco. Peleas, malas palabras. Ella me escuchó y me entendió. Por eso mi comportamiento variaba.

—¿Q-Qué?

—Las cosas entre nosotros se empezaron a enfriar sexualmente y ella...

—Te dio lo que necesitabas —acabo la frase llorando.

—Estoy arrepentido. En Barcelona me he dado cuenta de cuánto te quiero, te he fallado, lo sé... Dime que no es tarde, que podemos superarlo.

Las noches se volvieron buenas porque lo intentaba, pero cuando amanecía ella lo esperaba. Con su vuelta a casa, lo nuestro quedaba en nada. Ahora lo entiendo. ¿Por qué lo permitió si conmigo no le hubiera faltado nada? Ya... qué más da. Tampoco quiero seguir viviendo en una constante mentira. Ha llegado el momento, nuestro matrimonio se rompe... Ya no tengo ganas de luchar.

—En ese caso, dímelo tú —le pido con un hilo de voz—. Jesús...

—No, cariño, por favor. —Me ha leído como pocas veces sabe.

—Sí. ¡Lo siento! Yo también he conocido a alguien, no había pasado nada entre nosotros hasta el viernes pasado y...

Como una fiera, me cubre con su cuerpo y, consternado, llora contra mi boca, implorando mis besos desesperadamente.

—No me digas nada más —suplica, golpeando el colchón—. Nos hemos equivocado los dos. Ya pasó, ya pasó.

Nos ahogamos con las lágrimas. Los sentimientos que he intentado disfrazar con falsas excusas salen a flote. He querido evitar a Iván, no pensar en él. Le contestaba, lo necesitaba, se creó un vínculo desde aquella noche que, posteriormente, se reforzó con el contacto diario telefónico, completándolo con la intensa semana que habíamos pasado.

He intentado imponerme no sentir por Iván, pero eso no significa que no lo hiciera, sino que me negaba a verlo. Porque yo tenía mi vida, con un hombre al que adoraba. Por el que daba mi alma.

Todo se torció y me sentí sola... Iván no era un consuelo, Iván no era un amigo, aunque su confianza me ayudó a abrirme, a quererlo. Él se ha convertido en mucho más. Me ha acompañado en los peores momentos, calmándome, queriéndome.

¿Cuántas veces le he dicho a Bibi que es absurdo enamorarse de alguien con quien hablas a diario pero al que no ves? Y sin embargo me ha pasado; esto, sumado a lo que me dio en los intercambios, me ha hechizado por completo... sobre todo en estos días que he sido la reina de su casa.

¡Deja de estar ciega, no quieras seguir estándolo! Me he enamorado.

Giro la cara, confesándome que lo quiero.

—Jesús —sollozo asumiendo mis sentimientos, con su boca pegada a mi sien y húmeda por las lágrimas—. No pasó... No ha pasado, porque tú has buscado en otra lo que yo te daba, porque tú no la deseabas como a mí. Sexo, lo que te unía a ella era sólo puro sexo...

—Aisha...

—Ahora no la necesitas porque no había nada más. Yo te lo daba todo. — Me suelta, sujetándome la cara. Está descompuesto. Sé que mis ojos no mienten—. Pero yo no encontraba en casa el cariño, la atención que necesitaba... No se trata de sexo, Jesús. Me dio lo que demandaba de ti y era sentirme valorada, querida. Él me...

—¡No!

—No sé cómo ha pasado, ¡no lo sé! —Me enfrento al dolor que refleja su rostro—. Lo siento pero ¡tú has tenido la culpa! ¡Tú me echaste a sus brazos!

—¿¡Quién es!?

—¿Importa? —susurro destrozada—. No voy a volver a verlo, no quiero defraudar a nadie más. ¡No quiero seguir dañándolo!

Se queda con la mirada perdida; entonces suena mi móvil. Los dos nos lanzamos a por él, pero se adelanta y se queda helado al leer el mensaje. Tengo su número guardado como Elena, pero supongo que es obvio. Descubre que le miento.



—¡Zorra! —dice lanzándome el móvil—. Su pulsera y en mi cara. ¿¡Qué te ha dado para que me rechaces a mí!? ¿¡Quién es!? ¿¡En casa!? ¡Has pasado los días con él, por eso les has mentado a todos!

—Te fuiste... me dejaste sola... —susurro y recupero mi teléfono.

«Cuando me recuerdes, mira la pulsera y no olvides lo que significaste para mí. Los zapatos de tacón están en casa... Tienes las llaves colgadas detrás de las flores.»

—¿Me culpas a mí? —me recrimina caminando de un lado al otro—. ¿A mí, cuando eres la culpable de todo?

—Sí —susurro aborreciéndolo. Lloro sin consuelo—. Culpable de haber querido complacer a mi marido, de haber entrado en sus sucios juegos sexuales. Culpable de buscarlo a él cuando tú me echaste de casa, ¡sin querer afrontar los problemas! Culpable de resistirme a los sentimientos, de llorar en los intercambios.

»¡Culpable de encontrar lo que tú me robabas mientras te tirabas a otra! ¡Culpable de anteponer tu felicidad a la mía! De querer salvar nuestro matrimonio a un precio que tú me impusiste. ¡Sí, culpable de humillarme como nunca lo había hecho! De hacer lo que fuera por ti... por ti, que no lo mereces ni lo has merecido nunca.

—¿No te arrepientes? —Me encara enrojecido.

—Sí, de haber dañado a otra persona que no lo merecía —arrojo sin piedad alguna—. Porque él sí ha sabido escucharme, entenderme. Decirme qué guapa estaba, algo que tú no eras capaz de apreciar. ¡Soy culpable de creer en el sexo con amor y de ser una desalmada buscando una relación cuando ya tenía una... o lo que sea esto!

Me levanto de la cama y abro el armario; saco las maletas para marcharme de casa. Jesús cierra las dos puertas, lastimándome por el brutal golpe. Me apresa entre sus brazos, que tiemblan como mi cuerpo por lo que he descubierto esta noche.

—Vamos a intentarlo —me dice más calmado. Yo me paralizó—. Sé que me quieres, se puede quedar en algo pasajero... Prometo dártelo todo, no reclamarte porque yo también he cometido errores.

—Me he enamorado —repito con impotencia llorando—. Para mí no es

un cuerpo, no es la apariencia. Lo he visto otras veces sin que haya pasado nada entre nosotros, porque tú estabas en medio, te adoraba... por mi obsesión por ti. Y por esa amistad que me ha dado... ¡le quiero!

—¡Pasará! Aisha, vamos a dañar a tu familia, a todos... —me presiona. Me derrumbo de nuevo—. Quédate, podemos volver a ser felices.

¿Cómo me puede estar pasando esto? Es una pesadilla. Ahora que lo veo tan vulnerable me confunde y no sé lo que siento. Quiero a Iván, ¿y sigo amando a Jesús? Algo tiene que quedar... por poco que sea. Lo suficiente para salvarnos.

—No sé —susurro.

Creo en el amor para toda la vida y yo elegí a Jesús para compartirla. Aunque ahora esté rota sin ver a Iván... todo volverá a ser como antes.

—Matarás a tus padres del disgusto.

Coge el teléfono, bloquea y borra el número de la supuesta Elena... de Iván.

«Jesús, 6 - Aisha, 2.»

—Se acabó —me apunta—. Te haré olvidar.

## 16. Inevitable

Sábado, 19 de octubre de 2013

Han pasado cinco días desde las confesiones y sigo sin soportar que me toque o que me haga el amor. Iván se cuela en mi cabeza misteriosamente y me lo prohíbe... Yo rechazo a Jesús llorando. Él calla. Hoy mi marido hace un nuevo intento por recuperarme y entro en el local de moda donde me espera Jesús, que me ha pedido que viniera. Al llegar veo a todos nuestros amigos. ¿Una fiesta sorpresa?

¿A cuento de qué?

Me río con ellos, saludándolos, disfrazando mis pocas ganas de estar ahí. Sé que es un inútil intento de mi marido para que nuestra tensión vaya disminuyendo; confieso que no puedo.

—¿Te pides una copa? —me alienta, cariñoso.

—Sí, voy por ella.

A veces se dice que te das cuentas de lo que quieres a alguien cuando lo pierdes, y es su caso. Hemos estado al filo del precipicio, por nuestros deslices, por mis sentimientos por otro, y está intentando enmendarlo.

¿Es posible? Todo lo que reclamé tiempo atrás y no obtuve, ahora me lo está dando y presiento que es demasiado tarde. Mi corazón no se acelera con sus abrazos ni ternura. Mi cuerpo no se rinde como antes ni yo me ablando con mimos sin sexo en medio de la noche.

—Un... —Me callo al ver quién hay sentado a mi derecha. Él también me ha visto y, sonriendo, gira la cara—. Nada... —termino por decirle al

camarero.

No lo esperaba, no estoy preparada para volver a verlo. Mucho menos para hacerle frente. Me mata, me destroza este duro amor.

¿Qué hace aquí? Camino hacia atrás, ampliando la escena. Iván está acompañado por una mujer rubia, muy bonita, que le canta bajito la balada que está sonando. Hiervo por dentro, las ganas de llorar me amenazan duramente. Quiero a ese hombre, reclamarlo y que suelte a la chica que lo mira embobada. No me extraña, yo estaría igual. ¡Lo estoy!

¿Cómo he de actuar?

Sigo jugando a engañar con mis sentimientos, pero ya es imposible mentir. Ha venido a vengarse, se ha reído al verme y no se ha sorprendido. ¿No me quiere? En pocos días se irá. ¿Qué está pasando?

—¿Cariño todo bien? —Jesús me envuelve con su mano—. ¿No te has pedido nada?

—Eh... no.

—Vamos, cielo. Te lo pido yo.

Anclo mis tacones en el suelo. Jesús sonrío sin entender el porqué, y cuando menos lo espero, me encuentro en la barra. Alejo mis ojos de la pareja que se besará acaramelada o que hará yo qué sé...

«Que pare este dolor, por favor.»

De pronto, oigo que Jesús saluda a Iván, ya que parece que él los ha invitado. ¿¡Por qué no me ha avisado!?

«Tierra trágame.»

—¿Y Sonia? —pregunta Jesús—. ¿No ha venido?

—No. —Iván es cortante—. Ya sabes.

¿Le está dando a entender que están en pleno intercambio? Confirmando que Iván sabía perfectamente que hoy nos íbamos a ver, ¿me está poniendo a prueba? Él no sabe el daño que me hace, lo que estoy soportando por poner tierra de por medio.

—Aisha, cielo, ¿has visto quién está aquí? —me llama Jesús—. Los invité anoche. Bueno, en realidad a Sonia... Ya sabes.

—Ya —digo y lo miro—. Hola.

—Hola. —Iván se aproxima y me da dos besos lentos. Me rasga el alma

—. Gracias por la invitación —continúa, cordialmente.

—Disfruta —añade Jesús.

Me pide una copa, no sé exactamente de qué, y me lleva a la pista de baile. No quiero bailar, sólo deseo irme a casa y dormir. Enterrarme entre mis sábanas y llorar, gritar. Arrancarlo de mi pecho. Él duerme con otra mujer, que ocupa el lugar que yo podría, calmando sus necesidades.

Yo cubro las de otro porque así lo decidí...

Me siento una mierda, tocando fondo. Extraño sus besos, sus mimos. Sus buenos días telefónicos, sus «¿qué haces?», «¿cómo te ha ido en el trabajo?» Anhelo esa voz ronca que me estremece.

—Qué raro, ven —comenta Jesús y me coge de la mano—. Iván nos llama.

—Yo...

Me callo y me dejo guiar por mi marido, que se cuela poco después en uno de los reservados del local. Dentro está Iván de pie y la chica a su lado sentada y tomando una copa. ¿Han echado la cortina? En cuanto sus ojos se cruzan con los míos, se me encoge el corazón.

Él tampoco parece estar bien.

Aprieto la mano de Jesús con las dos mías. No, no puede ser capaz.

—Me apetece un intercambio —murmura Iván, sin mirarme—. Jesús, la quiero a ella esta noche.

—No —contesta éste, descolocado y enfadado—. Ya no entramos en esos juegos. Aisha no está cómoda y yo...

—Pregúntale a ella, ¿no te parece? —lo interrumpe Iván.

Creo que voy a desmayarme. Lo está retando.

—¿Cariño? —No soy capaz de pronunciarlo—. Haré lo que me pidas.

Iván, sin esperar mi respuesta, camina hacia mí y me observa al rodearme con pasos lentos. Mi respiración se altera y no soy capaz de levantar la mirada del suelo, el cual quisiera que me tragara.

—El último —susurra Iván, cerca de mi oreja—. Me voy en unos días y hace tanto que no nos vemos. —Posa su mano en mi hombro y Jesús me suelta y se coloca enfrente—. ¿Puedo?

Cohibida, me quedo callada y cruzo las manos delante de mi cuerpo. He

roto a temblar, sin poder disimularlo. No por el frío... es él y su toque. A Iván también le afecta, ya que su mano se sacude.

—Jesús, será la primera vez de Estela en un juego como éste —Tienta a mi marido, que traga, puedo oírlo sin mirarlo. Entonces, me fijo en ella. No, su cara no refleja el horror de la mía en el primer encuentro. Se abre de piernas, lo está deseando... Cierro los ojos. Esto tiene que ser una pesadilla —. Aisha, si no hablas, daré por hecho que quieres.

No sé si a Jesús le pone esta situación, porque no habla. Compruebo que no se ha movido, que me estudia fijamente y, cuando Iván resbala un tirante de mi vestido por mi hombro y mi brazo, pego un bote. Sus dedos fluyen por mi piel de gallina y con la mano libre me exige que lo mire.

Me desgarras.

—¿Puedes subir las manos? —Lo obedezco, muerta porque me toque y, como Jesús está delante, la culpabilidad no me aterra. El vestido cae a mis pies, me quedo en braguitas, sin sujetador, e Iván, con los nudillos de su mano derecha, me recorre el vientre.

Gimo sin querer.

—¿Cielo? —insiste Jesús y da un paso hacia mí.

—Tienes a Estela —ladra Iván, en un arranque de locura.

—Que espere. Me gusta más esto, si mi mujer acepta, por supuesto.

Voy a vomitar. Jesús se coloca al otro lado y ahora son cuatro manos las que se ocupan de acariciarme moderadamente y mimar mi cuerpo. Las de dos hombres que significan un antes y un después en mi vida.

Jesús aguarda reservado por la curva de mi espalda, donde se deshace en cuidados con la yema de sus dedos. Iván, marcando terreno, me empuja hacia él por la cintura, alejándome de mi marido. Mis senos desnudos se pegan a su sólido torso, arrancándonos un quejido, y nuestras bocas se rozan. Lo miro a los ojos, temblando.

—¿Por qué me haces esto? —consigo articular sin voz.

—Niégate —me reta con el mentón contraído, dañado.

Abro un poco los labios y pruebo brevemente el suyo inferior. Los dos soltamos un gemido y no puedo; si me niego, se irá y no volveré a verlo. Hoy es mío... aunque ella esté aquí, pero Jesús está accediendo y no me importa si

mi marido toca a otra.

Iván mete su enorme y ahora áspera mano por los mechones de mi pelo y repite el movimiento de su boca contra la mía. Se me escapa un sonoro y desesperado suspiro al recibir su aliento. Estamos solos, por un momento nadie nos importa, y me sube a su cintura al cogerme al vuelo apasionadamente. Lo envuelvo por la cadera con mis piernas, sin alejarme de su boca, y ciño tímidamente mis manos alrededor de su cuello. Esta vez el gruñido lo ahogamos en la garganta del otro. Sé que él siente mi deseo, que está agonizando con mis pechos expuestos tan cerca sin tocarlos. No me resisto y... por donde empieza su pelo, entierro los dedos. Dios mío... lo quiero demasiado.

—Detenlo, demuéstame qué sientes... —me implora con apenas un hilo de voz y me empuja por los cachetes del trasero. Me pego a él, muerta de miedo—... o voy a matarlo Aisha.

Por mi costado, retoma las caricias y rueda con sus nudillos por mis costillas, acercándose a la parte inferior de mi pecho derecho. Nos quedamos sin respiración, obligándonos por la pasión a volver a rozar levemente nuestros labios, por la comisura, con sensualidad... deleitándonos al darnos suaves y fogosos bocaditos, con los cuales manifestamos nuestra tensión... el hambre que sentimos por el otro.

—Cariño —nos frena la voz de Jesús—, ésta sí eres tú.

Está gimiendo y con valor aparto mi boca de la de Iván. Mi marido está con el pene fuera, masturbándose. La chica, al fondo, tampoco ha podido contenerse frente a esta erótica y elegante escena. Pero cuando Jesús intenta meter su mano entre mi cuerpo y el de Iván, para llegar a mi sexo, las arcadas me sacuden.

Iván chirría los dientes y se le escapa un quejido.

Sus ojos están fuera de sí... y a mí se me empaña la mirada, no soporto las manos de Jesús en mi cuerpo. Ya no. Por eso cada noche lloro rechazándolo. No lo soporto. Me da asco. ¡Duele!

—No puedo —musito y de un empujón me bajo de Iván y me aparto de Jesús. En seguida, busco mi vestido con torpeza y me lo pongo sin atinar con los tirantes—. Lo siento...

—¿Por qué pides perdón? —arroja Iván. Sin embargo, no le doy el gusto de gritar a los cuatro vientos lo que siento. ¡No debo!

—¿Te encuentras bien? —pregunta Jesús—. Cielo, no he debido... Si necesitas descansar...

—Voy al baño —me excuso.

Interrumpo el beso que pretende darme y me lanzo a la salida. Huir es la única palabra que tengo en mente. Entro en el servicio de señoras y me siento en un banco que hay; me sujeto la cara.

¿¡Qué acabo de hacer!/? He caído tan bajo... Me tiembla cada centímetro del cuerpo, con sacudidas interminables. Quiero romperlo todo, empezar de nuevo. Pero me ata tanto el qué dirán, lo que puedan pensar y a quién dañaré con mis decisiones.

«Pierdes a Iván...»

—Aisha, ¿qué está pasando?

Es Bibiana, que ha entrado y me ha seguido. Se sitúa a mi lado y me frota la espalda. Me relaja, quiero descargar el peso que me está matando lentamente.

—Me he enamorado de otro, Bibi. —Cierro los ojos tras oír su jadeo—. Del primer hombre con el que hice un intercambio.

—Aisha...

—No es sexo, es amor. Estoy asustada, pensé que sería algo pasajero al amar a Jesús, pero es que ya no lo amo. Lo quiero, pero tampoco sé si son los años y el cariño... Él no se va de mi cabeza y está aquí. Estoy a punto de flaquear y pedirle que sigamos viéndonos.

—Pero cómo... quiero decir... no puedes hacer eso. ¿Y Jesús?

—¿Y yo? —Abro los ojos, permitiéndole que perciba mi sufrimiento—. Amo todo de Iván, sus defectos y virtudes. Estoy enamorada y no soporto seguir fingiendo que en casa las cosas marchan... Me da pena destrozar a Jesús, pero esto se lo ha buscado él.

—Prefiero no saber más. —Se levanta y me deposita un beso en la coronilla—. No me hagas partícipe de esto, conoces desde hace muy poco al tío ese y estoy segura de que no te conviene.

Sola, me quedo sola encerrada entre estas cuatro paredes. No puedo hacer



otra cosa que golpear la puerta con rabia. Estoy muerta de celos, de envidia... de amor; no supero que hayamos terminado. ¿Por qué?

Si él alegraba mis días, ¿por qué Jesús tiene que ser parte de mi vida?

Un portazo me sobresalta y no creo lo que veo. Iván cierra la puerta del baño, encerrándonos a los dos. Da un paso hacia mí y yo otro atrás, no quiero que me toque, porque cuando lo hace yo pierdo el sentido y he de mantener la cordura. La poca que me queda.

—¿A qué viene esa cara? —me recrimina sin expresión alguna. Por primera vez, no sé qué piensa—. Quise dártelo todo y lo rechazaste, ¿ahora qué quieres?

—¡Nada!

—No me mientas —me amenaza.

—¿Qué has pretendido? ¿Por qué has venido? —le recrimino—. Vete con ella, ¡corre! Ya lo he entendido, me has querido dar en las narices y lo has conseguido.

—Era mi último intento para que recapacitaras, Aisha. ¿Te das cuenta hasta dónde estoy llegando? —masculla agrio—. ¡La estoy utilizando! ¡La he metido en esto hoy por ti! ¡Por tenerte! ¡Lo he intentado con ese cerdo delante por la desesperación de perderte! ¿Cómo has podido permitir que él te tocara en mi presencia? ¡Duele hasta reventar por dentro!

Lo veo venir y no sé dónde meterme. Pero es como un huracán, con la potencia de hacerme reincidir en sus brazos, de arrasar mis defensas y pisotearlas. Me subo a su cintura y, tirándole del pelo, lo beso.

Lo beso desesperadamente, como no debo.

Como hace tiempo que no puedo hacer con Jesús.

Iván gime y me estrecha, clavándome los dedos en la espalda. La respiración se nos entrecorta en medio de este necesitado beso. Fuera no existe nadie, sólo estamos él y yo. Lo deseo, lo adoro y he aprendido a quererlo. No sé qué hacer con todo esto que oculto dentro, ¿por qué tengo que sentirlo? No debo... No puedo...

—En mi casa aún siguen tus regalos —me susurra chupeteando mi boca—. Escápate conmigo.

—Iván —gruño persiguiendo su boca y sus besos—. Tengo miedo...

yo... te quiero.

Se le corta la respiración. Da un grito hacia ninguna parte.

—¡Lo sé! Lo he visto en tus ojos —vocifera desesperado—. Y yo a ti, pero ya no sé si creer lo que dices o lo que me dice tu mirada —clama. Me muerde el labio y recupera el control—. Demuéstramelo y vente conmigo.

—¿Y ella...?

—Que se joda todo el mundo, Aisha.

Su mano se aferra a mi espalda y empuja contra mí tiernamente. Al estar entre sus brazos mis dudas se disipan, me duele el pecho al pensar que lo perderé. Entonces, me avasallan mis tabúes.

—Te quiero —susurro—, tengo miedo.

—¿Por qué? Soy yo, cariño. —Me acurruca contra su pecho—. Nada va a cambiar; si sintieras algo por él, no estarías diciéndome que me quieres. No querías que te tocara él. Tu cara era de asco. Escápate conmigo.

—¿Por qué no puedo ser libre?

—Lo eres —dice y juega con mi pelo—, ¿no lo ves?

—Me asusta empezar de nuevo y nos conocemos desde hace tan poco tiempo como para huir y dejar mi vida atrás...

—¿Te estás escuchando? —me acusa—. Estás siendo egoísta.

Es verdad. Me retiro y miro hacia arriba, a sus ojos. Está mal, a punto de tirar la toalla. Me quiere, no lo dudo. Lo creo, por encima de lo que mi mente desconfiada quiera pensar. Es como si mi mundo cobrara sentido, veo el reflejo de mí en él y es justo lo que deseo. Amarlo, entregarme a él con todas las consecuencias.

Mi corazón late fuerte, desgarrado por este hombre que ha logrado hacerme sentir tantas cosas a raíz de creer perderlo.

Se la acaba de jugar por mí, frente a Jesús y a ella...

¿Y si esa mujer que está fuera logra meterse en su corazón? Lo pierdo... Si fuera tan fácil... ¿Y por qué callo? Iván merece saber que ha conseguido desplazar a Jesús de mi alma y casi de mi vida. Porque, aunque viva con él... no lo siento.

Ahora lo confirmo, frente a Iván: ya no quiero a Jesús.

Siento cariño por los cinco años que hemos compartido. Pero ese hombre

ha quedado en nada... ¿Cómo no ha visto la complicidad y la tensión que había entre Iván y yo? Es más que sexo, ¡es amor! ¿No lo ve?

—¿Qué piensas, Aisha? —rompe la calma, cansado.

—Que te amo, que cuando sonríes te adoro más. Que si me dejas, no sé lo que haré. No estoy en la mejor posición. —Le acaricio los ojos y la cara, que se le contrae con el cosquilleo de mis dedos—. Te amo... ¿Y por qué? Por tratarme como a una mujer, por darme mi lugar. Por quererme y mimarme.

Vacía sus pulmones.

—¿Entonces? Cariño, vámonos ahora mismo. ¿Qué importa el tiempo? Es lo que sentimos y yo estoy loco por ti. Hay amor Aisha.

Me tiembla el alma, rozo la locura. Despacio me sondea los labios. Los dos gemimos aspirando el aliento del otro. Le sonrío y le arranco una sonrisa. El frío cala en mi cuerpo, esta relación es un sinvivir.

Me siento triste. ¿Cómo vamos a afrontar esto tan grande que tenemos sin dañar a los demás? De pronto, un golpe estalla en seco.

—¡No! —El grito de Jesús me taladra el oído y en segundos he caído al suelo, destrozándome la espalda. El baño se empieza a llenar de gente—. ¡Hijo de puta! ¡En mi cara antes y...! ¡Estaba ciego!

¡No! Jesús le da un puñetazo a Iván en la mandíbula y la emprende a golpes contra él. Iván me mira, yo asiento diciéndole que estoy bien, y entonces la guerra estalla.

—¡Cerdo! —arroja Iván—. ¡No has sabido cuidarla!

Dejo de verlos, sólo oigo gritos y golpes. Al momento, Bibi se arrodilla a mi lado y me examina. Mira mis labios y arruga la cara.

—Se lo he dicho... —No puedo creerlo. Ella se lo ha contado a Jesús—. Lo siento, es por tu bien.

—¡Déjame!

Me levanto como puedo y, antes de poder acercarme a la trifulca, la chica que estaba con Iván me zarandea del brazo.

—¡Déjalo en paz! ¡Cínica!

La ignoro y me meto en medio de ambos, que son separados por el público que se ha colado en el baño. Los dos me miran, el veneno les corroe. Veo que Estela intenta tocar a Iván y él la rechaza.

—¡La quiero! —me señala con el mentón—. Aisha, ¡acaba con esto!

—Iván...

—Me has dicho que me amas. —El silencio se hace patente en el baño y yo me siento sucia, miserable. Lo quiero mucho. Lo que acabo de confesarle es sincero, puro. Pero el pánico me delata, no me permite gritarlo a los cuatro vientos delante de tanta gente. ¿Soy capaz de arriesgarme?—. Entiendo. Eres una cobarde. ¡Vete! No vas a seguir destrozándome.

—¡Espe...!

Jesús viene a buscarme y me arrastra fuera del baño. Mi cuerpo deja de sentir, se sumerge en una burbuja donde ni siente ni padece. Nada me parece real, todo esto no puede estar sucediendo.

—Te has comportado como una zorra arriba. ¡¿Cómo has podido dejarte tocar en mis narices por tu amante?! —escupe—. Vamos a casa, eres una cualquiera. ¡Una...! ¡Con él! ¿Cómo lo has consentido Aisha? ¡Te dije mil veces que era un juego! Aisha... ¡Cielo!

La tensión se funde en mi cuerpo y termino en el suelo. Se me escapa un lamento, veo turbio. Me caigo contra la superficie.

Al despertar, ya estoy en mi casa, postrada en mi cama. Jesús me mira desde la orilla de ésta, con algunas magulladuras en el rostro. Me tapo hasta el cuello, no quiero esto. Ahora vendrán peleas y reproches. Jesús se coloca detrás, se adapta a mí, y me susurra al oído palabras cariñosas, dejando atrás lo sucedido en el baño.

Me mantengo alerta, ya que creo que es una estrategia.

—¿Me quieres cielo?

—Basta, Jesús —pido sin fuerzas.

—Dímelo.

No, ya no puedo volver a decirle te quiero. Está lejos de mí, aun abrazándome como lo hace. La distancia entre nosotros es abismal. Hemos echado cinco años de nuestras vidas por la borda al entrar en un juego peligroso del que hoy no me arrepiento. Porque, gracias a ello, sé qué clase de persona es y he podido conocer a Iván...

—Aisha...

—No dejo de pensar en él —sollozo y hundo la nariz en la almohada—.

He dejado de quererte Jesús. Lo siento mucho... —Me inundo de lágrimas—. ¡Lo siento tanto!, pero no daría marcha atrás, no quiero enmendar los errores de otra forma.

Ahora es él quien hunde su nariz, pero en mi pelo. Aferrándose a mí, desolado, tembloroso. Me sorprende que no me grite o me insulte, que lo acepte. Lo estoy partiendo en dos con mis confesiones.

—Te miente, te muestra su mejor cara. No es real, al principio todo es bonito. Cariño, no te dejes engañar. Quédate conmigo, te confundió en aquellos encuentros con un buen sexo, nada que yo no pueda darte. Te perdono, lo dejo atrás porque te quiero demasiado. Lo he entendido.

—No se trata de eso.

—¿Qué te da?

—Da igual... —lloro—. No quiero hacerte más daño.

—Ya estoy roto. Me has jodido la vida, ¿no lo ves?

«Soy culpable.»

—Castígame, si quieres... —pido, como única salida. Una vez pueda expulsar su rabia, mi alma estará liberada.

—¿Qué?

Me levanto de la cama, con pocas fuerzas, y me quito el pijama. Alcanzo una fusta que siempre hemos tenido de adorno en nuestra habitación, lejos de verla como un objeto erótico. Me arrodillo frente a él, con las manos detrás de la espalda.

—Aisha...

—Libérame de una vez... Despacio, por favor.

En un principio creo que no va a acceder a ello y, tras varios segundos, me llega el primer golpe. Crudo, duro. Grito desgarrada y le sigue otro y uno más. Cuento mentalmente, intento evadirme. Me imagino a Iván, él no me haría esto. Imagino su sonrisa, su voz. Pero el dolor es tan punzante que caigo hacia delante y Jesús sobre mí.

Los dos lloramos mientras se amolda por detrás, azotándome.

Busca encontrarme de nuevo, penetrarme. Pero ya no le pertenezco y mi cuerpo se lo hace saber al rechazarlo.

—¿Piensas en él?

Me callo, no puedo ni hablar. No tengo voz, sólo un quejido que se queda en nada. Se retira y yo, liberada, ruedo sobre mí misma. Nuestras miradas se encuentran y hay tanta repulsión en sus facciones que me estremezco. ¿En qué me he convertido?

—No quiero verte más esta noche —arroja—, mañana solucionaremos esto.

—¿Y si no...?!

—No empieces, por favor —me advierte saliendo—. O todo el mundo sabrá qué clase de mujer eres.

—¡¡No!!

Me paso la noche llorando, escuchando Culpable,<sup>[3]</sup> de David Bisbal, una canción con la que una parte de mí se siente identificada; sólo hasta cierto punto, ya que yo no tengo el valor de gritar basta, de frenar esta vida en común que ahora aborrezco.

Cojo el móvil y rota, sin fuerzas, le escribo a la persona a la que tanto daño estoy haciendo. Al hombre que ha apostado por lo nuestro dejándose guiar por su corazón y que yo rechazo una y otra vez.

«Perdóname, tienes razón. He sido una cobarde, la has dejado por mí. No te ha importado gritarlo a los cuatro vientos. Has destrozado tu relación, tu calma y yo... no he sabido corresponderte. Te has enfrentado a cualquiera, te he dejado dañado. Quiero que sepas que no he jugado contigo. Iván, te quiero, te adoro, ¡pero a la vez tengo tanto miedo! No he sabido plantarle cara a esta situación, a él; era mi deber y no el tuyo. Dime algo, por favor.»

La canción sigue sonando, y su letra me taladra.

No me responde y yo ya no sé qué hago bien o mal. Me duele el cuerpo, los latigazos fundidos en mi piel. Me duele el alma, me destroza pensar que él es toda mi felicidad y que yo no lo afronto con la misma valentía por temor a equivocarme...

Domingo, 20 de octubre de 2013

—Levanta. —Jesús me zarandea. Me quejo, me duele la espalda y me noto la cara ardiendo e hinchada por el llanto—. Es la una y media y tu familia nos espera.

—Tenemos que hablar —digo ronca.

—Luego.

Me lanza un jersey y un pantalón míos a la cama, que no me pienso poner, y se da media vuelta. Miro el teléfono, esperando obtener la respuesta de Iván. No hay ningún mensaje pendiente.

Estoy saturada, con mucho dolor físico y mental.

En un rato debemos estar en casa de mis padres, para la comida; haré lo imposible por dejar caer que entre Jesús y yo no van bien las cosas. Que poco a poco entiendan que nuestra idílica relación se está resquebrajando. Supongo que de este modo será menos dolorosa la separación para ellos. Ir cortando lazos, pero de manera sutil. Que sepan que no soy lo feliz que finjo ser.

Es hora de acabar con las mentiras. De poner un punto y aparte en mi vida. De encontrarme y pensar en mí.

—Vamos a seguir intentándolo —dice Jesús. Me sobresalto—. Quítate las tonterías de la cabeza, él no te quiere, cielo, ¿me has entendido?

—¡Déjame en paz...!

Ya en casa de mis padres, la tensión es inevitable por nuestros comportamientos. Jesús no disimula su decepción, es superior a él. Yo tampoco hago nada para que cambie de parecer.

—¿Con quién hablas? —me pregunta y me arranca el móvil.

—Con una amiga —explico, resoplando.

—Más te vale.

Mi familia se percata de la tirantez entre nosotros, una que hace mella sin reparos. Está acosador y agobiante. No deja de controlarme el teléfono y yo sigo a la espera de una contestación de Iván...

¿Y si me precipito huyendo habiéndolo perdido?

Quizá ha decidido pasar página y olvidarse de mí. Me doy asco, la mujer egoísta sigue dominándome por encima de mis propios sentimientos, de unos que son verdaderos y honestos.

¿Voy a seguir siendo tan cobarde y esperar a que él dé un paso para yo dar el siguiente y plantarle cara a mi familia?

—Y cámbiate, ese vestido es muy corto. Estás provocando —insiste frente a mis padres y mis hermanos que lo miran con malas caras.

El tenedor de mi padre cada vez choca más fuerte contra el plato.

—Debajo de la rodilla no es corto —replico en voz baja, mirando la ensalada de pasta—. Y, por favor...

—Cámbiate —repite autoritario—. Eres mi mujer y me debes respeto.

—¿Qué coño te pasa? —interviene mi hermano Saúl. Mi madre le echa una mirada reprobatoria, ya que nunca le ha gustado que nadie se meta en medio de una discusión de pareja—. No le hables así y menos en nuestra presencia.

—Yo sé por qué lo digo —comenta Jesús más tranquilo.

—No nos importa —interviene Eli, mi hermana—. Relájate.

—Ella está enamorada de otro. —La bomba de Jesús estalla en la sala, que se queda en completo silencio. Todos me miran sin dar crédito. En teoría éramos felices—. Trato de ser cariñoso, de darle lo que necesita. Pero no olvida al cerdo que se metió en medio de un matrimonio y me robó a mi mujer. ¡Y anoche se vieron! ¡Los pillé en los lavabos, como si fuera una sucia...!

—¿¡Aisha!?! —pregunta mi padre.

—Hacedla entrar en razón, por favor —recalca Jesús.

«Uno, dos... cinco.» Pero no quiero contar, quiero oír a mi corazón, guiarme por él una puñetera vez en la vida, sin importarme los demás. Mis sentimientos son claros, no hay dudas. Hoy sé que no las ha habido desde el 4 de octubre, el día que me dejé llevar de verdad, haciendo lo que sentía sin importarme el mañana.

—Quiero el divorcio —me planto, levantándome de la mesa—. No aguanto más vivir en una mentira, estando con él y pensando en otro.

Mi madre jadea.

—Él también me engañó, pero por puro sexo. Yo necesitaba algo diferente, ternura, comprensión. Un hombre, no el típico macho.

—¿Qué gilipollez estás diciendo? —dice mi padre alterado—. Cierra la boca. Nadie tiene por qué enterarse —masculla—. Aisha no estará bien visto. Jesús lo tiene todo, estatus, clase, te trata bien. Su posición es idónea para ti.

Suelto una carcajada amarga.

—Me aguanto por aparentar, ¿no? ¡Qué cínicos! Así he sido hasta ahora.

Me armo de valor y me enfrento a todos. Ha llegado el momento, es



inevitable. Lo es cuando vivir con otra persona a la que has dejado de querer convierte tu día a día en un infierno. Su sola presencia me altera. Decido arriesgarme; quizá me quedaré sin nada, pero lo prefiero a no intentarlo con Iván... El hombre con letras en mayúsculas, mi sueño hecho realidad. Aunque ahora debe estar aborreciéndome, haciendo una maleta y planeando no volver a saber nada de mí.

—Aisha —dice mi madre—, piensa en tu familia.

¿Y en mí, quién piensa en mí? El único que lo ha hecho es la persona a la que le he dado una patada cuando se sujetaba a mi mano.

—Estamos en el siglo xxi, ¿lo sabéis? No hay que aguantar por el qué dirán, echando a perder nuestras vidas con hombres que se creen machos y superiores con respecto a la mujer. Aquí todos somos iguales, con los mismos derechos. Iván me ha enseñado a verlo así —murmuro orgullosa de él—. Y yo hoy decido que quiero ser feliz, ¿equivocándome? Puede ser, pero si no arriesgo, no ganaré. Yo sé lo que quiero y lo que me sobra en mi vida, y lo último es este hombre sin escrúpulos.

—Por aquí no aparezcas con otro hombre —ordena mi padre y el resto de mi familia calla, actuando de forma tan conservadora como siempre.

—Entonces adiós, aquí no hay espacio para mí si se me prohíbe ser feliz.

Miro a mi madre y a mis hermanos, les lanzo un beso y, cuando voy a marcharme, mi hermana corre hacia mí, quedándonos solas en la sala. Supongo que el resto espera que me convenza. ¡Qué equivocados están!

—¿Estás segura de tu decisión?

—Eli... no sé si es lo más acertado o no, sólo sé que pienso en perderlo y me sangra el corazón —susurro llorosa.

—Eso es amor.

—Me he enamorado —repito cogiendo mis cosas—. Y voy a luchar por lo que siento, y es tenerlo a mi lado. Despertar con él... darle lo que me pedía.

—¿Te espera?

—No lo sé... —reconozco suspirando.

—¿Y vas a arriesgar tu vida, tu matrimonio y tu familia por nada?

Esto es justo lo que me detenía, la vocecilla que me gritaba en mi cabeza

que podía estar dando un paso en falso. El corazón le ha ganado la batalla.

—No me importa, Eli. Intentarlo merece la pena... lo amo.

Pero descuartizando mis esperanzas, él me contesta al mensaje de ayer.

«Se acabó porque tú así lo has decidido. No puedo estar destrozándome con una mujer que no es sincera, que me dice que me quiere y después se va a la cama con otro. ¿Sabes lo que es no dormir pensando en qué estarás haciendo con él? Lo siento... ya no estoy aquí para ti.»

## 17. Intercambio...

—Aisha, ¿por qué lloras? —me consuela mi hermana.

—Lo he perdido.

Le muestro el mensaje. Oigo la puerta de casa abrirse y aparece Bibiana. Se acerca a nosotras y, en silencio, lee el texto. Luego ambas se miran con tristeza, con compasión.

La que era mi mejor amiga toma el mando.

—Entra y recupera a tu marido. —Eli afirma con la cabeza también, posicionándose con mi amiga—. No cometas más errores.

«Ya no tienes nada que hacer, Aisha. Sé fuerte.»

Camino hasta el sofá y cojo mi bolso y la chaqueta; me la pongo, sacándome el pelo que se me enrosca atascado. Las dos se quedan intrigadas y quietas. Están desconcertadas con mi actitud. Al otro lado, sale Jesús, mis padres y mi hermano.

Mi hasta hoy marido me abre los brazos de par en par.

Yo niego, andando en dirección contraria. Prefiero volar sola.

—Se acabó —digo abriendo y cerrando la puerta tras de mí.

—¡Aisha! —grita—. ¡Volverás! ¡Zorra!

Nadie sale en mi defensa, pero ya no me importa.

¿Me iré agachando la cabeza?

Doy la vuelta, ya que quiero encararlo, demostrarle que he cambiado. Abro de nuevo y su cara resplandece cuando cree que acepto estar otra vez a su lado. Me río y escupo a sus pies. Mis padres jadean.

—La vida es larga Jesús. He de verte arrastrándote.

—Pero...

—¡Púdrete en el infierno!

Sin más preámbulos, me marchó. Ahora nadie dice nada, no se pronuncian, impactados por mi comportamiento, y sé que él se arrepentirá toda su vida de haberme dejado marchar.

«Jesús, 6 - Aisha, 100.»

Y nada me importa, porque soy libre. ¡Libre!

Cojo un taxi y llego a casa. Me preparo una maleta rápidamente, con lo necesario para empezar una nueva vida. Dejo allí mis recuerdos, mis pesadillas. Me llevo lo que he aprendido, lo bonito. Una vez estoy lista, voy de camino al hotel más cercano a la casa de Iván.

Suelto allí mi equipaje y, con mi moto, sin entretenerme lo más mínimo, me aventuro hacia su casa. Pego dos veces en la puerta, tres, y a la cuarta es Sonia quien me abre. Contengo la respiración, mendigando bocanadas de aire porque me ahogaré con la impotencia de haberlo echado de mi vida. Mis pulmones se quedan vacíos.

¿Se han acostado? ¿Ahora es ella quien lo hará olvidarme?

—Estoy trasladando mis cosas aquí, me quedo con su casa de momento. Es un buen amigo —aclara y me invita a pasar. Le digo que no—. Aisha, no tengo nada en tu contra. Sólo piensa bien qué vas a hacer.

—Le quiero.

Levanta las manos y las deja caer al vacío.

—Está en la playa —confiesa sin oponerse.

—Su lugar preferido para pensar —comento sin voz—. ¿Puedo pasar?

—No te estoy mintiendo.

—Ya lo sé —digo mordiéndome el labio—. Quiero coger algo.

Se echa a un lado y me cede el paso. Justo antes de entrar, me detiene por el codo. Nos miramos como dos antiguas rivales.

—No le hagas daño, no lo merece.

—Lo sé. —Agacho la cabeza—. Gracias.

Voy a luchar por él. Lo tengo claro. Me recorro su casa como una desquiciada, hasta llegar a su habitación. Allí, debajo de la cama, sé que tiene

mi colección de zapatos, pero no descubro los que él, con ilusión, me tenía preparados.

Voy directa a los negros, con los que hicimos mi primera reseña de moda en la web que me regaló. Con los que pactamos que el día que volvieran a mis pies sería suya, no sólo en cuerpo, también en alma.

Me rendiría.

No estoy preparada para este fracaso. No quiero un final de esta historia que aún no ha empezado. La más preciosa que jamás me han ofrecido y que yo he estado a punto de echar a perder. Cojo los zapatos con la mano izquierda y hago el recorrido de vuelta, frente a una Sonia sorprendida que sigue perenne en la puerta. Me despido y con mi vehículo no tardo en llegar, ya que me bebo el poco tráfico.

Sé dónde está exactamente, él me lo contó la semana que me abrió su corazón. La noche está desierta de estrellas en este pleno octubre. Hay luces en la playa; gente, poca. Veo la silueta de un hombre con las manos en los bolsillos al otro lado, en la arena. Pisa tierra firme, absorto en sus reflexiones. Está apoyado en una piedra, casi sentado y con la mirada perdida en el suelo. Cierro los ojos y absorbo el aire de Ibiza.

Me cala en profundidad. Me armo de valor, poniéndome los tacones que no pegan nada con mi vestimenta, pero me da igual estar hecha un desastre. Su desastre. Camino despacio hacia él, sin hacer apenas ruido.

Está tan concentrado en sus pensamientos que no se percata de que me apoyo a su lado.

—No me dejes, Iván, por favor, no me dejes—susurro. Él se sobresalta y repara en mí. Su expresión es dura, sombría. Sé que si no me la juego, lo perderé, y le abro mi corazón—. Me negaba, no quería ver más allá de lo que podría hacerle sentir a los demás, a mi familia... Me aterrorizaba reconocer que una persona pudiera volcar mi vida cuando en teoría estaba tan bien construida. Una vida a la que yo estaba atada, no era libre.

Dudando, arrastro mi mano por su pierna. Rozo la suya que ahora saca del pantalón. Rezo porque no me rechace. Sus dedos están congelados, tensos. Al chocar con los míos, mi alianza brilla en medio de la noche. Los dos miramos el obstáculo y él chasquea la lengua.

Sin tener que pensarlo, me la saco y la lanzo a lo lejos, al mar, para que se la lleve y borre los nombres que están grabados en ella. Ese pasado.

—Quiero intentarlo. Perdóname, por favor —imploro y me pongo delante de él. Aprieta los labios con el ceño fruncido. Él está dolido, e impone una barrera—. Me he quedado sin nada, pero si me das la oportunidad, lo tendré todo contigo...

—¿Tu familia? —adivina apagado.

—No lo han entendido, Jesús los ha puesto en mi contra. Lo han creído, supongo que por el interés... El poder y el dinero son muy golosos. —Soy fuerte y no me vengo abajo. Ellos han sido egoístas y yo ahora quiero mirar por mí, y si he de perderlos a ellos... no me importa—. Me cegaba, Iván. Me imponía las creencias que me habían enseñado toda la vida. Tú me brindaste tu amistad y, aunque desde el primer momento te vi atractivo, yo...

—Lo querías a él —escupe con amargura.

—Creamos un vínculo, una amistad. Y cuando quise poner tierra de por medio, me di cuenta. Te echaba de menos y a Jesús, de más. Aun así...

—Cállate.

Se frota la frente y el puente de la nariz. Es un témpano, ¿real?

—Quiero intentarlo —repito y hundo los dedos en su pelo suelto, húmedo por la neblina, el rocío de la playa. Gemimos al unísono—. ¿Es tarde?

—Me voy seis meses fuera de España —me recuerda afónico.

—Lo sé... —gimoteo—. ¿Puedo ir contigo?

Me levanta el mentón; hoy parece más alto. Lo miro a los ojos, me sonrío y abre los brazos. Me tiro sobre él, en su abrigado torso que resguarda con un jersey fino. Aspiro su olor. ¡Lo adoro! Le beso el cuello, la nariz, los pómulos, donde tiene un par de rasguños, la frente. Memorizo su cara.

Él repite mis movimientos, mi recorrido, con ansiedad.

—No me hagas daño —susurra y yo niego, echando las manos a su cuello, apretándome contra su cuerpo—. Ten claro lo que estás haciendo.

—No me dejes tú. —Lo achucho—. No tengo dudas.

—No te arrepentirás Aisha. —Me besa—. Te quiero.

—Y yo —susurro estremecida.

No se resiste más y, con su boca, pide mi rendición. Me entrego en

cuerpo y alma, permitiendo que se agiten las mariposas en mi estómago, sin enmascararlas. Siento esas cosquillas que confirman lo idiota que he sido.

Sí, estoy enamorada de este hombre y no me arrepiento. Ya no quiero esconderlo. El beso se alarga, sus labios no me quieren soltar y los míos se derriten con su temperatura, con su pasión. Iván Lago, mi hombre.

—Te quiero pedir algo —dice tenso y mirándome a los ojos.

—Lo que quieras —gimo.

—Un intercambio, quiero que esta noche estés con otro hombre —dice chupándome el labio por última vez, para dejarme helada y él con rostro compungido.

Intercambio...

Un guantazo me hubiera dolido menos. Doy un paso atrás y me separo. Evalúo sus facciones, pero no miente. Está serio, me lo está pidiendo de verdad. No lo tolero, me duele. No consentiré ser la mujer que un día fui por mantener a un hombre a mi lado, aceptando sus miserias.

—¡Me dijiste que cuando querías algo serio no...!

—No te confundas Aisha. No te vayas, ¡escúchame! —Me quedo paralizada. Permito que me coja la cara y suspira—. Necesito que pruebes a otro hombre, a uno tierno, a uno que te trate como yo. No viviré en paz... No puedo soportar recordar que fuiste de él y que te regaló a mí con su comportamiento. Quiero desechar de mi mente que no te enamoré yo... sino su desamor.

Me froto los ojos.

—Castígame entonces.

—¿Qué?

Avergonzada, me obligo a callarme, el impulso me ha ganado. Iván, enfurecido, me da la vuelta y me tantea la espalda, el trasero. Sabe muy bien qué hace y dónde toca. Gimo dolorida. Él suelta un grito al infinito.

—¡No! —continúa y me aúpa el mentón—. ¿Por qué, joder?

—Iván...

—¡Quisiera matarlo!

—Fui yo —balbuceo—. No lo busques, ¡quiero enterrarlo!

Me coge en brazos, se sienta en la piedra y me mece. Me relaja la espalda.

Me promete curarme luego, masajearme... quererme. Otra vez me pide que lo mire. Sus ojos están vidriosos.

—Ningún hombre tiene derecho a castigar a una mujer, aunque haya hecho algo realmente malo. Aisha, no somos vuestros dueños ni tenéis que ser nuestras sumisas.

—Yo...

—No permitas nunca que te vuelvan a hacer esto. No le cedas a nadie el control de tu vida. El poder de castigar o no no lo tienen los seres humanos.

¡Joder! Respiro profundamente, dejando escapar un leve quejido.

—¡Por eso te quiero! —Me rompo—. Porque no me tratas como a un objeto, porque me respetas y me das mi espacio. ¡Porque tienes miedo de perderme! Porque me quieres sin transformarme.

—Y si me dejas, así voy a quererte.

—Ahora no estoy preparada para... —No soy capaz de decir en voz alta la palabra—. Estoy en medio de reorganizar mi vida. De empezar una nueva. No me llesves al inicio de todo esto, por favor.

Me mira de pies a cabeza y descubre que llevo puestos sus tacones, los que él me regaló. Su tristeza desaparece fugazmente. Una sonrisa preciosa y blanca florece en su boca. Risueño, me coge en brazos y corre por la playa conmigo. Me río, tonta, feliz. Me tira en la arena y con su cuerpo me resguarda. Hay gente y curiosos que nos observan, pero me da igual. ¡Quiero esto!

—Ya soy tuyo —pronuncia antes de besarme. Me sorprende que no diga «ya eres mía», por la posesión que a veces impulsa a los hombres—. Tuyo, Aisha.

—Mío, Iván.

Sé que algún día nos tendremos que enfrentar a un intercambio de parejas para cerrar por completo esta etapa. Para sanar heridas y dejar atrás sus dudas y las mías, pero no tengo miedo. Sé lo que quiero y sé que, cuando cicatricemos nuestras heridas, seremos libres.



## Epílogo

Domingo, 4 de octubre de 2015

¡No me lo puedo creer! Más de quinientos comentarios en la última recomendación de moda de mi página web. No doy abasto, quiero contestarles a todos y me temo que será imposible. Son las nueve de un domingo, no uno cualquiera. Iván y yo llevamos casi dos años juntos, aunque hoy, realmente, es para mí nuestro aniversario, ya que fue el día que marcó un antes y un después en nuestra relación, hace dos otoños. Dejo el sándwich a un lado y sonrío al oír la puerta.

—Cariño, ya estoy en casa —me anuncia desde la sala. Riendo, no salgo de mi despacho, sé que lo ha dicho tan alto por la compañía que trae. Asoma la cabeza y sonrío—. Hola.

—Hola... —Se me cae la baba al verlo de chaqueta. Estoy más acostumbrada a que vista informal, con vaqueros rotos, mientras trabaja—. Estás muy guapo.

—No tanto como tú. Ese vestido rojo es espectacular y te queda fantástico. —Por fin, viene y me da un sonoro beso que se prolonga por segundos. Mmm, esto es el cielo—. ¿Cómo te ha ido?

Me acaricia la cara.

—Muchísimos comentarios, amor —le cuento ilusionada y me siento sobre el escritorio. Dejo un hueco entre mis piernas. Se acopla—. Me piden más consejos. ¿Ahora qué?

—Mañana podríamos ponernos a ello. Estás preciosa, cariño.

Me toca con el pulgar el labio inferior, que hoy está pintado de rojo. Me roza el cabello, que he decidido dejar suelto. Ya me llega cerca de la cintura y a él le encanta recogérmelo por las noches. A mí, secar su coleta tras los largos baños.

—Nos esperan —murmura apenas audible—. ¿Estás segura?

—Sí... ¿y tú?

—Estamos de acuerdo en que queremos dar carpetazo a cierto asunto de una maldita vez.

Trago saliva.

—O sea, que no quieres.

—Ya me están matando los celos —confiesa y me rodea por la cintura—. Si no nos hubiésemos conocido con aquellos juegos, jamás accedería a esto. Siempre he pensado que quien comparte a su pareja es porque no la quiere de verdad.

—Ya... —Le beso la barbilla—. No dejes de pensar en mí, por favor.

—No tengas miedo.

—No lo tengo. —Nos abrazamos para despedirnos—. Te amo, Iván.

—Y yo, cariño. Cualquier cosa... por favor.

—Lo sé.

Ambos salimos, nos besamos brevemente con rostros contrariados y cogemos caminos muy diferentes. Yo, hacia la habitación de la derecha, y él, hacia la de la izquierda, donde se hospeda su familia cuando vienen a visitarnos aquí, a Londres, donde decidimos fijar nuestra residencia.

Lejos de Ibiza.

De mis hermanos tengo noticias de vez en cuando, cada equis tiempo; de Bibi, nada, decidió conservar la amistad de Jesús, ese fantasma de mi pasado, con el que, por fin, he podido romper cualquier vínculo, tanto personal como legal. Aunque él no lo ha superado... Hace una semana, la familia de Iván vino a pasar unos días con nosotros, en casa. Se sienten cómodos aquí, ya que les encanta Londres y nos visitan asiduamente. Esto es lo que pasó...

—A comer —nos anunció su madre, asomando la cabeza—. Tortolitos, os he hecho tortilla de patatas.

—Mmm... —Me relamí los labios—. Es como volver a España.

Mi suegra se rio y me guiñó un ojo. Me encontraba cerca de la mesa de mi escritorio, sentada junto a Iván y contemplando cómo creaba un nuevo tatuaje. Estaba concentrado, sin levantar la vista.

Yo le hacía cosquillas en la nuca y le aguantaba el papel.

—Aisha, ¿ya no volverás a ser mi profesora?

—No, cielo —respondí a Pablito. Marta, la hermana de Iván y madre del niño, puso los ojos en blanco—. Ahora soy tu tita, ¿mejor, no?

—¡Sí!

—Anda, vamos a lavarte las manos —lo llamó mi cuñada.

Tras varios minutos, Iván terminó y se me quedó mirando. Esperaba mi opinión, como tantas otras veces. Su diseño eran unos tacones plateados.

—¿Qué me dices? —Arqueó la ceja.

—Pues que me encantan, ¿por qué plateados?

—El color del compromiso.

—¿Cómo? —Me senté sobre sus rodillas y él empezó a acariciarme la espalda... a estremecerme. Me arqueé—. Iván...

—Como el color de un anillo de compromiso de oro blanco.

Los dos nos reímos.

—Me gusta —ronroneé.

—Más me gustas tú... —tonteó.

—¿Venís a comer?

No nos quedó más remedio que levantarnos y detener nuestro acercamiento. Ya tendríamos tiempo cuando se fueran. Pobres, sólo habían venido para una semana y al día siguiente ya se iban.

—Voy a apagar mi ordenador —le dije.

—Te acompaño.

Dos pasos me separaban de mi mesa de trabajo. En la pantalla del portátil se proyectaba el buzón de correo, por si me llegaban cosas nuevas, debido a la web que crecía y crecía. Los diseñadores me mandaban prendas, zapatos, incluso maquillajes para que los recomendara y reseñara... Me tensé; después de mucho tiempo, un mensaje directo de... me sobrepasaba.

Miré a Iván, que se colocó detrás de mí y puso las manos en mis hombros.

—Ábrelo... —me animó. Serio.

De: Jesús del Río

Enviado el: 04/09/2015 14:09

Para: Aisha Romero

Asunto: No puedo más...

Cielo, sé que esto es una locura. Han pasado dos años, hemos hecho los trámites, pero no puedo seguir viviendo así. Tu recuerdo me acompaña por las noches, mi cama está vacía y, aunque he intentado reemplazarte por otras, no eres tú. Perdóname, me cegué y fui un idiota... Te fuiste con él y no lo supero. ¿Cómo pudiste abandonarme por otro? No miraste atrás, te perdí. Regresa, no habrá reproches. No te haré más daño. Ya no soporto el que tú me causaste. Tus padres son mi gran apoyo y prometen olvidarlo todo si regresas. He perdido el trabajo... casi mi vida.

Me estoy volviendo loco, loco. Perdóname.

Mis ojos se perdieron en la pantalla sin creer que el arrogante Jesús se estuviese arrastrando de esa manera. Mis padres... ¿se podían comportar de forma más cínica aún? Sabían que era feliz, pero no le daban el beneficio de la duda a mi elección, a mi relación con Iván. Valoraban más las apariencias.

—¿Estás bien Aisha?

Sentí que los dedos de Iván se agarrotaron en mis hombros, pero aun así respetó mi silencio. Como había respetado esa parte de mi vida en la que nunca he querido involucrarlo, manteniéndose en un segundo plano, por mí. Odiaba lastimarlo.

—Ven aquí —le pedí. Sus ojos se mantuvieron cerrados por un largo período; al abrirlos, yo le sonreía—. Ya ha llegado la hora, cariño. —Iván asintió, a duras penas, captando mi doble sentido—. Empecemos a cerrar las puertas que siguen abiertas del pasado.

—Te amo —suspiró y me besó.

El beso fue desesperado, urgente... por lo mucho que nos queríamos. Nos quedamos sin respiración. Al apartarnos, estiré los dedos y me dejé llevar por las basuras que todavía guardaba dentro y que tiraría, de una vez, muy lejos.

De: Aisha Romero

Enviado el: 04/09/2015 14:21

Para: Jesús del Río

Asunto: RE: No puedo más...

Tengo pocas cosas que decirte ya, pero quiero que queden claras. Hubo un tiempo en que me cegué, no tú, sino yo; era más fácil estar ciega que ver lo que había a mi alrededor, pero llegó el día en el que la venda cayó... Soy feliz, lo soy como jamás lo fui contigo. ¿En cuanto a mis padres? Mándales besos y diles que, gracias a Dios, mis hermanos no siguen pensando como ellos. Con Eli hablo a diario y Saúl vendrá el próximo mes a vernos. Sí, a Iván y a mí. El hombre a quien amo por encima de todo y de todos, como has podido comprobar. Una vez te dije que yo no era nadie para perdonar, ¿quién entonces? La vida, Jesús, la vida se ha encargado de ti sin que yo tuviera que devolverte el daño que me hiciste. No es venganza, es ser justa.

Sin más, que te vaya bien.

PD: No me vuelvas a molestar, separarme de ti fue la mejor decisión que he tomado desde que tengo uso de razón.

Aquel día me abracé a Iván llorando. No por mí, sino porque supe que muchas veces se planteaba qué pasaría cuando tuviera noticias de Jesús. Sabía que vivía con ciertos miedos a perderme.

—Te amo a ti —susurré.

—No tengo dudas. —Me estrechó—. Ahora lo sé.

Hoy estoy bien, soy una mujer libre, rompí las cadenas que me ataban. Echo de menos a mi familia, pero me compensa la de Iván, la felicidad que él es capaz de proporcionarme. Hemos construido un hogar lleno de amor, pasión, sinceridad e igualdad. No concibo un amanecer sin él. Y hoy cerramos el último capítulo de nuestro pasado.

Inspiro, antes de entrar en la habitación.

Me da pánico cruzarla pero me lanzo. Soy fuerte.

—Hola, soy Steven.

—Aisha.

Saludo a un hombre moreno, de ojos oscuros. Es fuerte. Guapo.

Es el día del temido intercambio, pero hay normas. No puede haber penetración, ni besos en los labios; Iván y yo hemos decidido que no es necesario traspasar algunas líneas. Queremos sacarnos la espina que aún

sigue clavada en nuestros pechos, confirmar que nuestra relación está afianzada. Será una única vez que juguemos.

—Tumbate —me pide.

Estoy muy nerviosa, tanto o más que la primera vez. Me tenso cuando las manos de Steven empiezan a desnudarme. A rozarme y tocarme. Es suave, prudente. Tierno. Me recuerda a Iván. Me abre de piernas y yo me quedo sin respiración, me va a probar. No, antes juega con mi sexo, me fricciona con su mano.

—¿Te gusta? —pregunta.

Se me hace una eternidad. Me da apuro, pero no, no me gusta. Sólo siento como si me estuviera raspando, no logra encenderme el cuerpo, avivar mi apetito. Finjo soltar un gemido. Steven se vuelve más activo y con su lengua chupa el botón de mi sexo.

Mi cabeza se traslada a otra habitación, con Iván.

¿Qué estará sucediendo? Me atenazan los celos, quiero acabar con esto. Entonces, la puerta se abre y él aparece, desnudo, con una chica que veo por primera vez. Es guapa, morenaza. Ella se arrodilla e Iván congela sus ojos en mí. Miro sus reacciones, la forma en la que su cuerpo debería alterarse. Está excitado, sí, pero no dudo que pensando en mí.

En medio de las mierdas que nos están haciendo, los dos gruñimos marcando terreno, mostrando disgusto. Él me guiña un ojo. Yo le lanzo un beso. Nuestros acompañantes aceleran el ritmo. Me tenso, no quiero que Iván le regale un orgasmo y tengo la certeza de que él sufre como yo al contemplarme con otro.

La cara de mi chico se crispa.

—Parad —ordena por fin—. No lo soporto —masculla sudando—. ¿Te parece bien, cariño?

—Por favor —respondo llena de amor.

—Podéis salir.

Steven y Clara salen sin decir nada. Iván me mira, yo también a él.

«Por favor, que nada cambie.»

Deja su mano suspendida en el aire y me pide la mía. Se la doy y me levanto. Sin tacones parezco más pequeña y caigo contra su cuerpo, que me

aprieta fuertemente. ¡Diablos!, sollozo. Lo abrazo con un nudo en el pecho por la felicidad que me colma.

—¿Estás bien cariño? —pregunta angustiado.

—¿Cuántas veces vamos a tener que demostrar que nos amamos? — respondo emocionada—. Llévame a la cama. Soy tuya —susurro contra su cuello—. Sólo quiero ser tuya. Hazme el amor.

—Nunca más, no puedo... —repite atormentado—, lo siento.

—No lo necesito... no soporto las manos de otro. Te quiero a ti.

Me separo y en su semblante, en el que antes afloraban sus miedos, ahora despunta el alivio. Esto ha terminado, somos libres. Solos los dos. Lo amo tanto que no se puede ni describir, me complementa.

—Ven, vamos. —Me sonrío.

Entrelazo nuestras manos. Desnudos, temblando y callados, vamos a nuestra habitación. El pasillo se hace interminable hasta que cruzamos estas cuatro paredes. Aquí huele a amor, no a simple sexo. Esto es nuestro, íntimo. Lleno de planes de futuro. Se para frente a mí y me monta en su cintura. Lo rodeo con las piernas, fuerte.

No quiero que me suelte nunca.

Es el amor de mi vida. Es mi hombre. El centro de mi universo.

—Te quiero con locura —jadea y apunta hacia mi cavidad, profundizando poco a poco, despacio. Ambos gritamos, la impresión de estar piel con piel es abrumadora—. Ha sido duro.

Lo sé... Te adoro.

Gimo, apenas soy capaz de hablar.

Temblando, acuno su rostro entre mis manos, bajo la cabeza y, con violencia, pego mis labios a los suyos. Lamo el contorno, tanteo su lengua. No quiero más que esta sensación, esta pasión.

—Sólo a ti —jadeo—. A ti.

Iván se tensa y las embestidas se prolongan, más rápidas, pero siempre suave. Su mano acaricia mi pezón con fervor y, entonces, abre sus labios para mí, dejando la contención a un lado.

Me come, me saborea, tierno y cálido, lleno de dulzura.

—Dios mío, esto es lo que necesito —gime—. Me dolía...

—Chis... ya ha acabado.

Me besa la frente y se desenfrena contra mi boca.

Con embestidas lentas y sensuales se derrite en mí una y otra vez. Lo acojo, emocionada, enamorada. No deja de observarme en ningún momento, ni de sonreírme como yo a él.

Acaricio su espalda, la clavícula, los mechones de su pelo, el mentón.

—Solos —gruñe pícaro.

—O no... —Se ríe y me muerde—. No he tomado la píldora.

—Cariño —gime desesperado.

Queremos avanzar juntos, formar una familia. Ha llegado el momento, ya no queremos poner medios ni protecciones, me lo está pidiendo desde hace meses y hoy estoy preparada. Ahora morimos por llenar aún más, si cabe, esta casa de luz.

—Soy feliz —confieso—. ¡Iván...!

Mi grito se desvanece... Me está haciendo el amor... Bebé, embarazo. La vista se me nubla. Quiero llorar, gritar. En poco tiempo estaremos haciéndole carantoñas a un ser precioso, que tendrá sus rasgos y los míos. Ya me lo imagino.

—Pronto seremos una familia. —Sonríe y se mueve despacio.

—Mmm, sí.

—No hay nada más maravilloso que hacerte el amor —susurra adentrándose, marcándome, poseyéndome y elevándome—, gracias, Aisha.

Chirrió los dientes ocultando los gemidos por la temperatura que emana de mi ser. Sin embargo, otras sensaciones me abordan: vientre hinchado, sus manos en él, ternura. Lo abrazo, mirándolo a los ojos. Subo y bajo. Iván también se mece, lento, sutil... sumergidos en esta mágica noche, y suplica:

—Por favor, quíereme siempre así.

El brillo de sus ojos es intenso, fuerte. Desgarra de lo hermosos que son. Cuando entra en mí, el reloj se para, el mundo se congela. Estoy sin palabras, aferrada a su pelo, entregándome sin reservas.

—Soy toda tuya.

—Te amo —pronuncia desesperado.

—¡Y yo te amo a ti!



Dos horas más tarde sigo embobada con él, en la cama, cubierta por un fino cobertor, la sábana no sé dónde la hemos lanzado. Ahora, la diferencia es que, tras perdernos el uno en el otro, él duerme. Me apoyo en la palma de la mano, ladeada hacia su cuerpo, que me busca en medio de esta fresca madrugada. No dejo de mirarlo. ¿Cómo se puede amar tanto a una persona? Adoro este equilibrio. Sí, ésta es la plenitud completa. Hemos madurado, aunque siempre hemos sabido entendernos. He aprendido mucho de Iván, quizá él no es consciente de cómo me abrió los ojos, de las necesidades que tenía como mujer.

Yo no quería un simple machito en la cama —que también lo tengo—; una vez fuera de ella se requieren muchas otras cosas. Yo necesitaba un hombre que me valorara, que me cuidara y mimara, que se preocupara con la simple pregunta de cómo me ha ido el día, y me hiciera sentir deseada, lo especial que era para él. Un hombre que supiera ser amigo, confidente y amante. Uno que no me privara de poder ser madre. Un hombre que me diera lo mismo que yo entregara. Una relación basada en el respeto, en el cariño y la igualdad. Lo que las mujeres necesitamos es un compañero, no un dueño. Y yo lo he encontrado en Iván.

—¿Qué piensas? —pregunta abriendo los ojos. Me río, echándome sobre su cuerpo. Rodamos y me coloca sobre él, soñoliento, guapo—. ¿Estás bien?

—Claro que sí. ¿De verdad quieres saber qué pienso?

—Siempre.

Suelto un suspiro, halagada y pestañeando. Su sonrisa brilla.

—Lo eres todo para mí, Iván. Ya no podría vivir sin ti.

—No tendrás que hacerlo. —Me besa la frente, la nariz, el cuello. Baja hasta el pecho y hace una pausa en mi vientre—. ¿Será el mes próximo cuando algo empiece a crecer aquí dentro?

Iván apoya su cabeza en mi barriga y yo me fundo en su pelo, masajeándose. Es mío. Casi se me saltan las lágrimas. Tengo muchas ganas de ser mamá, antes era necesario esperar.

Ya no, ya no hay nada que nos retenga.

—Espero que sí —musito ilusionada—. Gracias, mi vida.

Levanta la mirada y curva los labios, regalándome una clara sonrisa. Me

pregunto qué estará tramando, lo conozco demasiado bien para intuir que me esconde algo. ¿Qué será?

—Baja de la cama y míralo —habla por fin, adivinando mis pensamientos. ¡Qué nervios! Estoy desnuda, helada, pero me da igual. Le doy un besito y salto fuera de nuestro nidito de amor.

¡Oh! Me tapo la boca con la mano derecha, impresionada con lo que veo. En el suelo, en la sábana roja, de la que nos hemos desecho para hacernos el amor, para amarnos libres, donde están las copas vacías y la botella que nos hemos bebido para celebrarlo... hay enredados unos zapatos de tacón preciosos. Son de color plateado. Se me encoje el corazón. Me agacho y, temblorosa, leo la nota. Es su letra... Y me formula una pregunta: «¿Quieres casarte conmigo?»

Lo noto situarse a mi lado, nervioso, expectante. No tengo palabras. Porque si alguna vez soñé con una vida perfecta, fue con ésta. Con una persona como él. Acaricio un tacón, el símbolo de nuestro amor y, luego, lo miro, a Iván.

Conocerlo fue mi salvación y lo amaré toda la vida.

—Sí, quiero —susurro, con un nudo en la garganta.

Sus brazos me hacen su prisionera e, impulsivo, se lanza a mis labios, ansioso, cariñoso. Lo beso y un sollozo se me escapa en el interior de su boca.

—Te cuidaré como hasta ahora —susurra muy ronco—. Lo prometo.

—Y yo a ti.

Cierra los ojos y suspira.

—Te amo Aisha.

Le sonrío feliz. ¡Locamente enamorada! Sé que es así, que no me fallará, porque desde el primer día que nos conocimos no me ha abandonado, incluso cuando no lo merecía por culpa de mis miedos. Él era la pieza que faltaba en el puzle de mi vida y hoy, con esta propuesta, se completa. Es hora de seguir aprendiendo a su lado. De crecer... de soñar, de construir nuestra propia familia y ser felices.

—Hazme el amor —imploro, melancólica.

—Lo haré hoy, mañana y... —me besa—... toda la vida.

—Ya no me siento culpable —gimo acunando su cara.

Él hace lo mismo con la mía.

—Nunca lo has sido... o sí —susurra y señala su corazón con suavidad.

Cómplice, acaricio su perfecto rostro y él sonrío añadiendo intensamente—:  
Eres culpable de que siga latiendo. Culpable de que me sienta vivo. La culpable de tener algo por lo que luchar.

Me muerdo el labio conmovida y, contra los suyos, musito:

—Entonces sí, culpable y... condenada a amarte.

## **Agradecimientos**

Al grupo completo que me viene acompañando a lo largo de todo este tiempo. A aquellos que se iniciaron conmigo cuando sólo publicaba en páginas web o blogs, a los que se añadieron más tarde cuando me lancé con la autopublicación y, posteriormente, a los que se agregaron cuando conseguí tener la gran oportunidad de hacer mi sueño realidad al formar parte del Grupo Planeta, para su sello Esencia, y dar a conocer de este modo mi trilogía: La chica de servicio (1. Tiéntame, 2. Poséeme, 3. Y ríndete). Gracias por estar a mi lado.

No quiero olvidar aquí a mi familia, mis amigos y las personas que han apostado por mí: Noelia, Tiaré, M.a Luisa y, por supuesto, Esther, mi editora; gracias por seguir confiando en mí.

## Notas

[1] Sin decirnos nada, Warner Music Spain, S.L., interpretada por David DeMaría. (N. de la E.)<<

[2] Vamos, Warner Music Spain, S.L., interpretada por Pastora Soler. (N. de la E.)<<

[3] Culpable, Universal Music Spain, S.L., interpretada por David Bisbal. (N. de la E.)<<



PATRICIA GELLER nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras con algún relato. La trilogía La chica de servicio es su primera novela, y ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales..